

**TALLERES
GRÁFICOS
NACIONALES**

Este libro es propiedad de la Biblioteca
Nacional de la Casa de la Cultura
Su venta es regulada por la Ley

EL CRISTAL INDIGENA





Oleo de César A. Villacrés

E S P E J O

92 (66.12) 5/10 01/1/2016
10/2/20
10/2/18

AUGUSTO

A R I A S

EL CRISTAL

INDIGENA

BIBLIOTECA NACIONAL	
QUITO - ECUADOR	
COLECCION GENERAL	
Nº 0372 AÑO 1986	
PRECIO	DONACION

0132-K

EDITORIAL
AMERICA
QUITO—1934.

NOTA EDITORIAL

La Editorial América inicia sus labores con la edición del presente volumen. Su propósito es el de dar al público algunos de los libros de los autores ecuatorianos, especialmente inéditos, para que se difundan entre los lectores del propio país y para que sean conocidos, sobre todo, en las naciones de habla castellana, escasamente informadas de las letras del Ecuador.

La Editorial América procurará formar una colección en la cual estén representados escritores de todas las tendencias y de todos los tiempos y, por lo mismo, su deseo es el de ir presentando la novela, la biografía, el ensayo, el libro de poemas, el estudio histórico, etc., ateniéndose con preferencia al carácter nacional

que tales obras representen y buscando en todo caso una selección conveniente y discreta.

Los envíos constantes de libros de autores americanos y españoles que se hacen a nuestra Patria, reclaman, por otra parte, la retribución del canje que ha de satisfacerse con estas ediciones periódicas.

Por el momento ha de limitarse el empeño de la Editorial América a la publicación de tres o cuatro libros anuales y a la ocasional de la revista del mismo nombre que cuenta ya con amistades valiosas en el Exterior y su satisfacción ha de verse colmada con el estímulo de sus lectores y amigos.

Quiere fomentar el viaje espiritual del libro y contribuir, siquiera en modesto contingente, a la formación de la Biblioteca Ecuatoriana, enriquecida ya gracias a generosos esfuerzos, singularmente a los personales de los escritores nuestros.

EDITORIAL AMERICA

1

EN nuestro ensayo *Don Juan de cien años*, habíamos escrito:

La biografía moderna puede presentar dos facetas en su estructura viva y completa. La primera, reclamada por los devotos de la Historia, se cuidará de que predomine la verdad en las líneas del retrato y en el ambiente que le sirva de fondo o de cielo. No han de falsearse las condiciones éticas del biografiado. Se penetrará sagazmente en el estudio de su carácter. Integro e imparcial el aprecio de la obra. Toda pasión se volverá falsedad, absoluta o relativa, en ese relato de la vida, ejemplar o armoniosa, heroica o lúcida, artística o poderosa que debe ser la biografía.

La segunda se ofrece a varias consideraciones. La vida que ha logrado impresionarse en nuestro pensamiento admirativo, que al fin nos conquista y

nos obliga a interpretarla y describirla, puede salir del marco de la Historia. No vamos a relatar escuetamente. Nos sentimos estéticamente apasionados. Interpretamos un gesto de nuestro héroe. Queremos hallar, en el fondo de esa insinuante frase, algo más que un enlace sintáxico, que una imagen de Retórica, que una coherencia de Lógica. Somos los buzos de un alma —mejor si hemos revuelto su tranquila superficie— y vamos hacia el fondo en donde se retraen las perlas, los corales y las esponjas. Por el comienzo: —la vida exterior, la que se refleja en los documentos, la que muestra su semblante en las biografías cronológicas,— hemos querido llegar a la vida esotérica, a la que se guarda en la tersura de una página, a la que no se puede ocultar en una confesión, buscada y oculta en la voz de otro tiempo verbal, o surgida de pronto, como en el escape de los suspiros, como en la ingenua efusión de las lágrimas, como en los actos primos.

Así, ¿desnaturalizaremos la biografía, recargaremos los tonos, nos volveremos líricos o hiperbólicos, iluminaremos el retrato hasta lo indecible?

Siempre volveremos al **eclecticismo**. Concierto. Disposición igual de aptitudes y de gustos. Toda construcción fue armonía en su esencia y en su forma. Seamos eclécticos y armoniosos y para escribir una vida no pensemos únicamente en la regula-

E L C R I S T A L I N D I G E N A

ridad de la fotografía. Estudiémosla biológica, estéticamente. No nos apartemos de la Historia, pero busquemos también ese contenido sin documento, sin fecha fija y sin ubicación sensible, el adarme de amor de las vidas paralelas, el desencanto de los hombres sonrientes, el miedo de los héroes, la tentación de los santos.



2

PUDO venir, si no ignorándose, por lo menos desadvirtiéndose desde su lejana cepa incásica.

La fuerza documental ha de aclarar muchísimo acerca de la progenie del indio admirable, pero más nos place el abandono a la contemplación del sino de Francisco Eugenio Javier de Santa Cruz y Espejo o a la vehemencia de la reconstrucción de su figura de barro indígena, recalentada por el cuasi crisol del mestizaje e iluminada en los ojos curiosos, en la frente de bronce tranquilo, en el mentón de hoyuelo nervioso, por las luces de la inquietud, del descubrimiento.

No habíamos de buscar para sus perfiles la mensura plutarqueana que se dió a la vivacidad del humanismo heroico con su clásico cartabón o al busto egregio con la espátula segura. Ni la voluntad sobria de Livio, ni la desordenada y nueva y progre-

siva voluta de Rolland para sacar, más que los afa-
nes de la estatuaria, de los mismos vaivenes del
pensamiento, de la fiebre de la obra, de la grave
angustia de la creación, la cabeza, ya inolvidable,
de un Bethoven, de un Miguel Angel, de un Tols-
toy. Ni el animar de un Ludwig en el dominio ín-
timo de una vida superior o supeditada para devol-
vérnosla sobre el tiempo, como si la gobernara
igual tensión biológica, pero estuviese ahora desce-
ñida de las circunstancias, desnuda, en su verdade-
ra elaboración, sin los pudores que la sirvieron de
túnica en el tránsito y sin las distancias que no la
dejaron ofrecerse por completo. Ni la humorística
tenacidad de Lucas Ochoa, olvido de la mítica
gracia, andarinesco propósito insinuado en el **Viaje
a Pie**, de recorrer los caminos que no dieron reposo
a la planta de Bolívar: tacto analítico y búsqueda
del grano de locura que no sospecharía el biógrafo
secular acostumbrado a la modosa fórmula cuanti-
tativa.

Los biógrafos del doctor Espejo han levantado
fuerte columna datológica y sus comentaristas lo-
graron señalar íntimos rasgos de su virtualidad y
de su fuerza. Pero conocerle mejor es emprender
con él —sobre todo a través de sus libros,— el ca-
mino que, de alegría en zozobra, marcaba sus pasos
desiguales, anticipados, extendiéndose los unos en
rapidez de acicate, frustrándose los otros por el va-

lladar del prejuicio o la guiya inesperada de las circunstancias (1). Sólo entonces adquiere animación la figura de Colonia y puede destacarse con sus propios caracteres que se nos revelan en doble contraste de índole zahareña y dispersión de conocimiento y gracia, de amargura comprimida y de constante suerte de acertar y de cumplir, como brotada de la rarísima añagaza de un gozo vivo.

No puede haber término de desunión entre la obra y el autor. Al contrario, reflejándose constantemente éste en aquélla, la paridad que les relaciona y les intima, es de substancia. Por lo mismo, aun cuando el escritor trate de ocultar su presencia detrás del libro, el observante dará con las facciones alumbradas en la hora de la creación o en la del moroso apunte del recuerdo. El libro es itinerario, memoria, confesión si se quiere. Al personaje ajeno prestaremos, a veces, el breve perfil de nuestra fisonomía de un instante o para retratar al antagonico nos habremos redefinido en línea contraria. No sale, por otra parte, de nuestras páginas, con vida primaria el espectáculo externo que vemos y examinamos y por más que el paciente captador de su regularidad tratara de inhibirse de su contacto, de

(1) "La biografía más completa que puede escribirse de Espejo es la que se haría con los datos que ha dejado en sus propias obras".— Isaac J. Barrera: Quito Colonial (Espejo).— Pág. 90.

alejarse sin dejar de comprenderlo, para su reproducción en la vida artística no puede prescindir de la vertiente de algo de sí propio, de la transfiguración. Manera refleja, en sencillo término, de recibir y dar. La visión que suelen devolvernos los espejos está, en cierto modo, azogada.

¿Que hay horas oscuras o indeterminadas en la existencia del doctor Espejo? La fijeza documental no alcanza jamás a despejar todo el campo de la Historia, ni la nota clínica resulta de precisión para la estructura biológica, ni una certeza regular se muestra siempre en el orden de la cronología y de los hechos. Parece, a veces, que sobre el pergamino amarillado y carcomido, el brillo de la arenilla que se desparrama, ensaya, sonriendo, interpretación más ligera que la de la letra. En un ángulo del tiempo florece acción reveladora cuyas raíces vencen al señalamiento de los cálculos temporales o, en labor ubicua, desdoblándose el pensamiento y la energía, regresa el bisembrador con florones diversos que obedecieron a granos distintos, echados sin embargo con la misma diestra de la parábola....

* * *

El indio cajamarquino Luis Espejo emprendería viaje a estos lares a la diestra del religioso betlemita Fray José del Rosario, sin sospechar que lleva

ba consigo el ápice de Eugenio y que de su nombre y de su raza habría de levantarse el propugnador de una de las obras más acabadas de la Colonia, así en la perseverancia libertadora, como en la concepción, de primicia pero de fervor y belleza, de las letras y las artes, de la ciencia y el periodismo.

No era el padre de Luis Espejo un indio descalzo, de cotona, cushma y calzón corto, aclaran los documentados estudiosos de nuestro compatriota, sino un aborigen calzado que solía cubrirse con la típica capa de los naturales menos esclavizados, como en el agrado de lucir una prenda que en algo pudiese asemejarse a las que distinguían a los caballeros del medioevo. Luis Espejo llegó a esta ciudad en su primera juventud, al servicio del Betlemita, designado posteriormente para el cargo de Médico del Hospital de Quito. Su progenie, casi de fortaleza cuzqueña, íbase a fundir con la mulatez de María Catalina Aldaz y Larraincar, para el fruto de resistencia y anhelo (1). De la estancia de Cajamarca traería el indio progenitor el cuadrangular aplomo de la vieja civilización y el ojillo clínico aguzado en la previsiva jornada y hecho de lumínica firmeza en el trabajo de creer y esperar. Estructurado co-

(1) "La mulata quiteña María Catalina Aldaz y Larraincar, hija de una esclava a quien concedió libertad el Presbítero don Antonio Aldaz" (Muñoz Vernaza). Es de creerse que el cura colonial dió a la madre de Espejo, con la liberación, la herencia de su apellido.

mo en fuerte unidad se nos aparece siempre el antiguo dominio de Quito y el Cuzco, hasta el punto de que, por una fantasía ilimitada, creemos imaginar el socavón de gustoso tránsito que debería haber unido a la vieja cuna de los Shyris con el historiado recinto de Tupac Amaru. Igual frondosidad en la paciencia incásica para el tallado de la piedra, igual empeño para pulir el monumento y, en otros días, parecida visión o entusiasmo idéntico en las escuelas pictóricas, aun cuando la de esta ciudad se haya distinguido mucho más en la perspectiva y el colorido, sobre la cuzqueña que tiene, no obstante, para ser admirada, la minucia lujosa del encaje místico; el recuerdo, casi instantáneo, casi fotográfico, del momento popular y la ingenuidad de las figuras, más patéticas y prontas como que son recogidas en plano todavía imperfecto.

Vital impulso del "picapedrero" cajamarquino y oscuro regazo de la quiteña María Catalina Aldaz y Larraincar, para la ruta soberbia y el cabezal episódico del doctor Espejo, pues así, de índice terco y de algunas filiales llegadas, hubieron de formarse su albedrío y su fortuna. Sentíase venir indio, es decir propio, nativo de raza prieta pero inmacula. Había de oprimirle, más tarde, la humildad de su procedencia, pero algunas de sus más inolvidables actitudes arrancarán de la manera prístina de su

entraña y si le veremos algo carente de la elegancia mixtificada del criollo, en cambio hemos de observarle, hasta en los momentos en los cuales luce su rumboso chapetonismo, en la dureza erguida y el iris puro del cristal indígena.

En el día 21 de febrero de 1474, recibió las aguas bautismales en la Capilla Mayor o del Sagrario, en brazos de su madrina doña Nicolasa Gutiérrez Pinto y el óleo que unje y la sal que anuncia, le fueron dados por el cura don Pedro Valverde (1). Era costumbre en la Colonia religiosa y conventual bautizar a los niños después de pocos días de nacidos, a veces al siguiente, y es de considerar que casi no hay diferencia entre la fecha del nacimiento y la del bautizo del doctor Francisco Javier Eugenio de Santa Cruz y Espejo.

¿Espejo o Chushig, Benítez, Santa Cruz o de Cía y Perochena? Como a Eugenio Espejo habrá de recordarle la Historia y en la memoria que se solidifica irá resaltando en cada día más su breve patronímico, simbólico, por otra parte, de la capacidad de reflejar las imágenes y las figuras.

Se ha dicho que aquel nombre quechua de la lechuzca se aplicó, como un apodo, al padre de Espejo,

(1) En la partida bautismal de Espejo publicada por primera vez en la "Revista Ecuatoriana" (septiembre de 1892) por el señor Carlos Pérez Quiñonez, la madre de Espejo figura sólo como Catalina Aldaz.

en sus días moceriles de Cajamarca, quedando para el hijo sólo en calidad de herencia verbal que se habrían encargado de acrecer y reafirmar los enemigos del escritor quiteño (1). Pero esa misma atribución nominal parécenos de gracia y oportunidad, si atendemos a la posición atisbante del **chushig**, a su grito rápido y sostenido de augurio y, en último término, aun a la virtualidad de la cual le suponían dotado los antiguos, haciéndole compañero inseparable de la lámpara filosófica para que presidiera en las vigiliass de los sabios, con el severo continente de su aristotélico silencio, sus ojos redondos y fijos y su pico vertical, como el de un horario que se hubiese quedado suspenso e indiferente a la fuga del tiempo.

Eugenio Espejo sabíase perseguido del apodo y es seguro que hasta lo volvió de su intimidad sonriente en el burlón repasar de sus raras alegrías y de sus atediados desasosiegos. En una de las páginas de su **Marco Porcio Catón**, al tratar del Sermón de los Dolores del cura Sancho de Escobar, refiriéndose irónicamente a sus caracteres, expresa que fueron tan brillantes como para que no resistie-

(1) "Dió el fraile (José del Rosario) algunas declaraciones en contra de Espejo, y en algunas de ellas dice que el padre de Espejo se apellidó Benítez antes de adoptar el apellido vuelto célebre y que el verdadero era el de Chushig".— Isaac J. Barrera, Quito Colonial, Espejo.— Pág. 109.

ran a ellos "los débiles ojos del ave nocturna de Luciano" y en la conversación de su Despertador preséntase a sí mismo a través de las palabras de Murillo como "un picaronazo muy pícaro de los que no hay ni se dan en Ginebra, hombre perdido de los pies a la cabeza", el cual estuvo "achapando" en día de Viernes Santo lo que los dos interlocutores sostenían en animada plática en la Catedral de Quito, con la maligna curiosidad de "escribirlo todo, todito, con su pelo y su lana" (1).

No es difícil reconstruir la postura furtivamente alegórica del Chushig de Viernes Santo, que revuela por el atrio de la Metropolitana y váse, en regreso de premeditado descubrimiento, a fijar con la letra noctámbula y pugnaz lo que sería leído en la mañana de Cuasimodo

Espejo, Santa Cruz por la devoción familiar al signo cristiano, Chushig o de Cía y Perochena.... Igual para la figura que alentó uno de los espíritus más privilegiados de la época, despertador augural, cortante grito en la tiniebla o luna de aristado marco, reflejadora de las imágenes más distantes y adivinadas, cristal indígena.

Pero en otro día el doctor Espejo para construir el alegato de su estirpe, para llegarse, sin dobladura ni servilismo, a la mesa transitoria pero necesaria,

(1) Espejo: *Escritos*.— Tomo I.—Pág. 396.

para rectificar el nombre de Chushig que será subrayado por su antiguo favorecedor el P. betlemita José del Rosario, buccará en la lejana genealogía de su madre un nombre ilustre, el de una hipotética ascendencia de Navarro con solares linajudos en las ciudades de Cía, Apéstegui y Perochena... Uno de los latinos más americanizantes de hoy, el señor Eduardo Clavery, ha querido descubrir nuevo simbolismo, apoyándose en la viva raíz del latín clásico, en uno de aquellos tres nombres, encontrándole sentido médico y relacionando al fin al iluminado huésped del Hospital y recetador del barrio de San Sebastián, hasta con el vocablo "Cía", coxis, hueso de la cadera, nombre anatómico (1).

Una gran parte de los apellidos, de origen frutal, formarían extensa huerta biológica. Otros de recuerdo topográfico tienen íntimo ligamen con la procedencia lugareña. Los demás, metáforas de

(1) "Notons en passant que le nom de Cía évoque la profession de notre Précurseur. Cía n'étant, en effet, autre que le terme d'anatomie que désigne le coxis, la hanche. (Coxis ou plutôt *coxia*, selon le terme latin classique). Dans un ouvrage postérieur le Marco Porcio Catón (91.786) Espejo plaisante a ce propos et faisant parler son adversaire, déclare que l'auteur du *Nuevo Luciano* ne savait guère que dire du mal des autres (maladecia), faisant ainsi allusion, par un calembour intraduisible en français, à un mal du coxis".— Eduardo Clavery.— Trois Précurseurs (Miranda, Nariño, Espejo).— Imprimerie Fernand Michel. Paris, 1932.— Pág. 94.



E L C R I S T A L I N D I G E N A

apelativo, apodos algunos, construcción otros de curiosas coordinaciones, se han consagrado, acrisolándose, en la elaboración lenta de los tiempos y de las circunstancias. Valen más, en todo caso, el nombre y el ánimo de la obra. Eugenio Espejo, Chushig o doctor de Cía Apéstegui y Perochena, cristal indígena que se facetó como en múltiple milagro, nutrido de la misma tierra incásica, apta para esa transfiguración como lo es la dilecta forma de la arcilla para el primoroso vaso de porcelana.

3

DEL matrimonio de Luis Espejo y María Catalina Aldaz y Larrancair nacieron cuatro hijos: María, muerta en edad temprana, Manuela destinada para recoger el testamento suplicante del Precursor, el cura Juan Pablo y Eugenio.

En vano buscaríamos datos concretos de la infancia de Espejo, paupérrima y acicateada por el deseo de conocer. ¿Escuela de primeras letras? Lo más probable es que su padre se haya encargado de despertar su inteligencia señalada para lueñes viajes, desarrollando su memoria con la población del alfabeto y llamando a la vida del catecúmeno con las inolvidables seducciones de la primicia.

Espejo profesará grande veneración a la memoria de su padre. Así lo dijo en dos misivas dirigidas al Betlemita José del Rosario, mezcla de humildad comprimida y de orgullo satisfecho y de su tes-

Uníon se puede formar la idea de que Luis Espejo era un espíritu de no poca cultura y que casi todo lo debió a la fuerza de su voluntad y a su constancia. La enemistad que le declara, de pronto, su antiguo Protector el Padre José del Rosario parece arrancar, más que de la voluntariosa posición del indio que aspira a superiores niveles, de la verdad de su mérito superante. El Betlemita mismo había, tíetamente, convenido en la templanza de Luis Espejo, cuando respondió a una de las cartas de Francisco Eugenio, en frase fría y lacónica (1).

Vérase, en la barriada de Quito, a Espejo niño con su prematuro silencio de observador y ya dueño de la chispa propincua que había de encenderse en la fecunda elaboración de sus juicios. No se mezclaría en el juego gárrulo, pero su gracia incisiva comenzaría, por ley de naturales inclinaciones, a tomar, como para refinamientos de literato y de crítico, lo mejor de la sal criolla. La forma de quien

(1) "Esta pasión bastarda se sublevó cuando vió que Luis Espejo, un hombre serio, honrado y correcto, en el diario ejercicio había adquirido vastos conocimientos médicos que superaban a los del betlemita. Este rencor persiguió implacable al hijo y le causó más de una hora negra en el curso de la vida del múltiple doctor Espejo. Sólo la necesidad le obligó al religioso español a soportar a Luis Espejo como administrador y cirujano del hospital, por largos años".— Gualberto Avcos, *La Medicina en el Ecuador*.— Págs. 267, 268.

aspiró a la belleza del espíritu estaría, pues, levantándose en la promesa de la levadura.

Trazaría letras sobre la arena y al advertir como el mudadizo curso del viento podía borrarlas, ya se prendería en su voluntad el deseo vago de volverlas perpetuas. Los jeroglíficos del comienzo tienen, en el libro de la vida, mayor importancia de la que pudiera atribuirles el simple catador de las madureces. Y no que se trate propiamente de la vista médica del grafólogo, sino del atisbo escudriñador de quien se propone seguir al hombre desde la edad del silabeo, escuchándole en su balbucir, siguiéndole en su marcha horizontal, explicándose el sentido de sus evasivas, el origen de sus determinaciones. En la vida nifia se esbozan, en formas de yagrosa multiplicidad, los deseos y las fuerzas del ser humano. El no puede mirarse, pero es el momento de predestinarlo. Rousseau tuvo presente esta verdad cuando seguía la ruta de su Emilio. ¡Cómo hubiéramos deseado tener a la vista los primeros rasgos de Espejo! ¡No trazaría, maniáticamente, esas hojitas que pretenden ser periódicos y que pertenecen a los seis o a los siete años de todo escritor de temperamento? Ya nos parece mirar al escolar burión que trata de verter, difícilmente, en los giros de la palabra, los perfiles de la caricatura. Ya le vemos fijando el aviso de dudoso sentido o dando a los imperfectísimos contornos del ensayo minús-

culo la impresión de cualesquiera de sus visiones. ¿No escribiría, en el papel de los quince años, la letra hinchada del auto elogio? Casi nos afirmaríamos en esta certeza y no sólo por la dirección de sus libros de la mayor edad, llenos de parábolas egocéntricas, pues que hasta el paso contrario ha dado en la infantil y fresca ingenuidad del propio reconocimiento, cuando no se ha expandido, con más espontánea medida, en el libro de las *Memorias*. Espejo, tímido de los quince años, iniciaría tal vez un Capítulo del libro de su vida. ¿Dónde hallar sus hojas primitivas? Casi nada nos revelará después de sus días niños, pagándose solo de aquella gloria de relativa sequía de "haber logrado el tiempo".

Estudió al cuidado de los Padres Dominicos, en el Colegio Seminario y en la Universidad de Santo Tomás de Aquino para sus grados doctorales y para el conocimiento, siquiera superfluo pero de visión completa, de la teología.

A la edad de quince años fué su residencia la del viejo Hospital de la Misericordia de Nuestro Señor, fundado en el año de 1565 por el Primer Presidente de la Real Audiencia de Quito, don Hernando de Santillán. Allí hubo de formarse su espíritu médico, como en uno de los senderos de su natural anhelo de saber.

Es curioso ver cómo desde la suerte del Betlemita la familia Espejo se afirmará en el estudio de la

Medicina. Luis Espejo, según su hijo, hace progresos en la Cirugía y es Administrador de la Casa de la Misericordia. Francisco Javier Eugenio alcanza grande progreso en la ciencia de amortiguar las dolencias y dar treguas a la Muerte.

Al amparo de los claustros del Hospital educábase en el silencio y en la resignación, y de aquel habría de brotar más tarde la verdad de la palabra y de esta la tendencia reactiva que animará el vuelo de la forma en escuadras de agresión para reivindicar y acaso para construir. La música mejor viene casi siempre de un pretérito de silencio y sólo el hierro que puede doblarse sin romperse, adquiere la consistencia contorneada que le diversifica en su perdurabilidad.

No era Luis Espejo el simple **Barchilón** de la Colonia y nos place buscarle en la evocación, al lado de Eugenio, guiándole en la ciencia positiva de curar, mientras él resolvía en sus exploraciones literarias, el arte de decir. No de otro modo florece de la letra enredada de nuestro escritor el positivismo biológico y la imagen abstracta del literato que quisiera, sin conseguirlo plenamente, llegar al poético don.

En el Hospital de las Misericordias solía dedicar Espejo doce horas diarias al estudio. Es probable que ya estarían con él sus obras preferidas, su Cicerón, su Horacio, su Quintiliano, su Padre Bou-

hours y su Rollin. Apuntábase la línea tenaz de su autodidactismo, de su sed libresca, de su vehemencia de saberlo todo y sobredorándose de un helenismo reflejado, su prosa castellana de ampulósidades explicativas y nimias redundancias, íbase a dar con aquel ligero lustre de belleza del cual supo manifestarse tan complacido.

Se nos figura como la del gurú indostánico la formación primeriza de Espejo. Silencio, meditaciones, casi inmovilidad, iluminados por esas parciales sonrisas que revelan el lento desarrollarse del secreto. Vida de arúspice, además, de predicciones hondas, de cavilar que fija, impresionando, la vereda para la marcha próxima.

Del Hospital de la Misericordia de Nuestro Señor salió Espejo con la disposición ya casi completa de su arquitectura espiritual. Trepanación de la idea, corte frío y seguro del Cirujano, mezcla sabia de los elementos de la naturaleza para sedativo del cuerpo sufriente. Amputación de los miembros incurables. Tristeza de la materia que se descompone. (Creía, con platónica elevación, en la eternidad del alma). Vida frágil de la belleza corpórea. Avance gradual del légamo de la vida por los Nilos animadores de las arterias. Autopsia. Disección.

Se angustiaría, sin embargo, por recomponer la forma de la existencia y sus gritos más subyugadores serán los que diera en su angustia vigorosa de

durar. Y es que en todo espíritu visionador hay un Goethe en potencia. No acabarse, no morir del todo. Más luz. Quedar en la palabra. Dar al tronco del árbol unánime la vivacidad de la figura. Alargarse, reproducirse, crecer.

Así de los filtros de la farmacopea se desprende un canto igual: no acabarse, durar, suprimir el dolor.

* * *

En 1767, a los veinte años de edad, obtiene su título de doctor en Medicina, después de sus estudios con los PP. Dominicos, los primeros fundadores de la Cátedra de Medicina, primitivamente desarrollada en dos años escasos de prima y de vísperas, sin un sistema de conocimientos anatómicos y fisiológicos, con pobre cirugía que se consagraba casi exclusivamente al oficio de los sangradores y amputadores y con una elemental distribución de Clínica, reducida a menos de un centenar de recetas.

Ya se pedían en aquel tiempo los títulos para permitir el ejercicio de la Medicina por una resolución del Cabildo del año de 1719 y se pensaba en ampliar la ciencia de Hipócrates en forma que superara a la del célebre doctor Gallinazo, el quiteño Pedro Guerrero, para el cual reclama la Historia el sital del Protomedicato.

Los betlemitas, desde el año de 1704, habían contribuído positivamente al progreso de la Medicina en Quito y a partir de 1736, en mayor grado el cirujano Juan Senniérgues, el cual llegó a esta ciudad con esos embajadores de nuevos horizontes mentales, los Académicos franceses.

Examinaron a Espejo los conocidos médicos José Villavicencio, Miguel Morán y Bernardo Delgado. Mas tarde tendría que hacer con algunos de ellos, pues que en las Reflexiones acerca de las viruelas se quejó de las adusteces del Tribunal, dudando, con su modo prevenido, de la competencia profesional de aquellos.

En el diploma de aprobación firmaron el Padre Nicolás García, Rector de la facultad de Medicina de los Dominicos y el Secretario, Dr. Manuel Acebedo.

La licencia para el libre ejercicio de su profesión le fué concedida en 1772 por el betlemita Fray Teodoro de San Francisco, Enfermero Mayor del Hospital de Quito.

Espejo se preciaba de poseer su ciencia como ningún otro. Así lo dirá en El Luciano, en La Ciencia Blancardina, en las Reflexiones, en el Marco Porcio Catón. Pero para robustecer tal idea no ha de vacilar en deprimir a los otros galenos de la ciudad. Los excecará con esa su característica insistencia. Y de tal comportamiento han de originarse muchas de sus

más graves molestias. El mismo Padre José del Rosario, ciego y anciano, ha de cambiar su afectuosa paternidad de otro tiempo por un encono sin disimulo para el médico quiteño, calificado desde entonces con los epítetos de hipócrita y envidioso. El betlemita no podrá tolerar la estatura del hijo de su antiguo "paje" y sólo ha de rendirse momentáneamente ante las declaraciones de Espejo en las cuales no es difícil encontrar la huella del orgullo, sabiamente escondida en medio de la satisfacción que se esforzaba por exprimir, emprendiendo carrera retrospectiva y sacando de su yo de otro tiempo al Espejo pobre, protegido y de ínfima condición, nada más que al hijo de Luis Chushig, nada más que al huésped del Hospital de mujeres, allá por el año 62, cuando dejaba pasar las páginas de Heineccio sobre las formas del estilo, al lado de la forma de alarido del dolor y a la diestra de la forma inmóvil de la Muerte.

Leerá, contraídamente, a los médicos famosos del siglo. Explicará sus teorías. Hasta las tendrá propias. Contribuirá, verdaderamente, al progreso de la Medicina, mantenida en los tiempos incásicos con la trepanación audaz, los bebedizos de la rica botánica indígena, los cálidos y los frescos, el exorcismo y la oración, las lentas succiones del brujo y los masajes circulatorios.

Espejo del Hospital de la Misericordia, Espejo



de veinte años, ya con el dolor larvado y con el breve bisturí de la sonrisa. Cuántas veces asistiría al agonizante de su raza, ya como de antemano colocado en uno de los nichos del Hospital, los cuales fueron cavados en la sucia pared por los padres betlemitas para que se limpiara de alguna manera la capa de dolor y de miseria que se había, trágicamente, aferrado a las paredes (1). En una de sus fugas místicas creería ver pasar por los anchos corredores del Hospital a la Virgen de la Nube o se prosternaría, doblando la rodilla en la cual resaltaba bajo el calzón corto la media lacre, ante las imágenes milagrosas de las Vírgenes de Guápulo y del Quinche, traídas en intercesora romería para la cesación de las graves epidemias.

Sentaría frente al Tribunal de sus examinadores, irguiendo la cabeza, como la de un aguilucho, sobre la gorguera de la gola de encaje.

Pasaría, a veces, en la soledad de sus noches de estudio o en sus largos paseos de turno entre el dolor hacinado, su compañero, su amigo, su homónimo, el chushig, huidizo, misterioso, con su chirrido siniestro de alerta, de augurio.

(1) "Era tal la fetidez que despedía este edificio que don Diego Ladrón de Guevara, Obispo de Quito por entonces, cuando fué a visitar a los enfermos no pudo resistir las emanaciones pútridas de ese ambiente y cayó desmayado".— Gualberto Arcos: *La Medicina en el Ecuador*— Pág. 325.

E L C R I S T A L I N D I G E N A

O se proyectaría, a veces, bajo la media luna, en el tejado, con su figura de meditación y con sus ojos de fosforecencia móvil, dos luciérnagas en la penumbra.

4

EL acendrado ingenio del doctor Espejo había de buscar la pauta del diálogo para que en las opiniones de sus interlocutores surtiera el caudal de su sabiduría. Casi tacharíamos la frase sustituyéndola más bien por la menos presuntuosa de sapiencia. Porque Espejo no fue, ciertamente, un sabio, aun cuando para los días coloniales pudo ser un espíritu sapiente. Sabía, interpretaba, habíase formado, por introspección y experiencia, un rico acervo de conceptos, pero la fuerte y profunda conciencia del saber no podía erigirse en árbitro de su voluntad y en huella de su destino. Contentóse, por lo mismo, con la conversación lucianesca, con la crítica propia del Marco Porcio Catón, con la defensa fatigosa y acerba de la Ciencia Blancardina...

Es admirable, desde luego, el poder receptor del Espejo de la Colonia. Azogado en ocasiones, con

verdadero temblor de nerviosidad, con curioso reverso de retentiva, recoge las imágenes, devolviéndolas en el giro de su prosa extensamente clausulada, con perfiles más de adivinación que de conocimiento, y en otras, como si el cristal indígena se hubiese connaturalizado con la plata moderna para la tersura y la fijeza de su luna, consigue reflejar la faz del pensamiento con luces propias y hasta se diría que ciertas graciosas metáforas, escasas sin duda, se muestran bañadas del iris tenue del bisel, esporádicas y huyentes, perceptibles tan sólo para la vista más aguzada y para la paciencia más antigua o más nueva que gustase de la exploración por entre sus páginas de texto lento y redundante, de recomienzos y fugas hacia la letra del eruditismo.

Conocería Espejo de la añejísima prosapia del diálogo que se marca desde las conversaciones jóbicas en el dolor y en la resignación y en la esperanza y esplende con la fuerza platoniana para concretarse, después, en las disertaciones de Cicerón, casi todas trazadas en su retiro de Túsculo sobre los motivos de la experiencia, y se adentraría profundamente en los diálogos lucianescos de cuyo modelo nos ofrece clara muestra el Despertador de los Ingenios, pero suponiendo como evidentes las influencias antiguas o los gustos de novedad, hemos de pensar, sobre todo, en la configuración de

su espíritu y en la singular aptitud de su momento para los apartes discursivos en los cuales gustó de verter su conocimiento y su ignorancia, su con fiado esperar y su precoz desencanto.

* * *

1779. **El Nuevo Luciano de Quito**, o despertador de los ingenios quiteños en nueve conversaciones eruditas para el estímulo de la literatura, comienza a circular en copias manuscritas, estalla, como cohete de ingenio en el ambiente de prejuicio, e irrumpe, con su charla varia y desigual, en el silencio de la Colonia. La dedicatoria pomposa es de códice antiguo y de reverente actitud: "Al señor don José Diguja Villagómez, Ruiz de Velasco, Vega, Quiñonez y Villena, Caballero de la Real y Distinguida Orden Española de Carlos Tercero, Señor de Villacís, de la Villa y Castillo de Magaz, de la Casa de Velasco nombrada la Velasquita, Patrono del Convento de Jesús María de Valverde, extramuros de Foncarral, de las Obras Pías de la Villa de Auñón, Mariscal del Campo de los Reales Ejércitos, Presidente, Gobernador y Comandante General que fué de esta Real Audiencia y Provincia de Quito, etc. etc."

El ofrecimiento a Diguja respira ese constante orgullo que había de manifestarse como distintivo del indígena estudioso y ese contenido recato, excusa especiosa como la de quien creyera más bien en el error de los otros, modalidad que ha de mantenerse asimismo en la trayectoria del que abandonó sus cuarenta y ocho años sin que frutecieran sus mejores sueños, dándose sólo a la tarea del constructor, tanto más irrequieta cuanto que no pudo serle dada la gloria de ver en la obra triunfadora o esbelta la resistentencia de cimientos que hubo de aportar con fortaleza igual a la del canteón de acerados músculos.

Más tarde tratará de reivindicar la justeza del retumbante apellido empleado para suscribir **El Nuevo Luciano**: Dr. Dn. Javier de Cía Apéstegui y Perochena, Procurador y Abogado de Causas Desesperadas, pero para la expansión de su diálogo bástale solamente el título augural de despertador y el señuelo con el cual penetra en el estado mental de la Colonia con ademanes de sanificador y con impulsos de consejero y de crítico (1).

Y no que le satisficiera la forma del diálogo únicamente por su clásico y amable cauce para la didáctica, sino que la propia verdad de su aislamiento necesitaba repoblarse de voces salidas de su ecu-

(1) "Primer folleto de crítica americana", dijo de "El Nuevo Luciano" Dn. Marcelino Menéndez y Pelayo.

menismo original, arrancadas de la pluralidad de sus ideas, hijas en fin del alterno diálogo que solía entablar consigo mismo, buscándose al serio meditador en el burlón repliegue que se le fué profundizando en gracia de su indomeñable tendencia criticista.

Forma recortada de las conversaciones varias y agudas de Luciano de Samosata, plan idéntico al del Método de Estudiar del Arcadiano de Eborá (1), siempre nos gustará reconocer en **El Nuevo Luciano de Quito**, el pensamiento de nuestro Espejo, sus inquietudes primitivamente artísticas, su visión desigual de los hombres y de las cosas, su nostalgia persecutora que quería vestirse de insólitas virilidades y sus repentinas exclamaciones que parecen surgidas del placer de acertar y que son, en muchas veces, sólo engañosas alegrías de buscar el camino.

Sus dialogantes, Mera y Murillo, son tipos enteramente del solar, y si bien llegan a convertirse en símbolos de caracteres antípodas o de opuestas tendencias literarias, corresponden en cambio a personajes cuya vida puede muy bien ser fijada y

(1) En la "Ciencia Blancardina" se declarará el doctor Mera como escritor barbadifesco para justificar rotundamente el aprecio que todos los comentaristas de Espejo han hecho de modo unánime al reconocer en el "Luciano" la forma propia de Werney o el Barbadifio; el Arcadiano de Eborá.

descubierta y de cuyos paseos eruditos y discursivos queda una huella clara más que en la misma historia saltante y oscura de nuestras letras coloniales en la original animación de las mismas conversaciones del Luciano, aun cuando para buscarla sea preciso orientarse con brújula de minucia resignada en los sostenidos párrafos que formarían escollo definitivo para el báculo moderno.

Las opiniones de Mera son del mismo Espejo en su mayor parte. Sus confesiones, de hallarlas tras difícil paseo, no dejan lugar a duda en la identificación. Insinuadas en el Luciano, de mayor claridad en el Marco Porcio, se vuelven inconfundibles en La Ciencia Blancardina, cuando el ex-jesuita (Mera, Espejo), al dirigirse en tono cordial al jerrundiano Murillo le declara en una de esas confidencias que sólo pueden hacerse al final de los trechos extensos, que le fué preciso estar "bien desconocido bajo el velo del anónimo para oír con toda libertad imaginable lo que sentía el vulgo" acerca de su Luciano, revelándose el autor del Marco Porcio y rindiéndose, en solicitud de perdón ante su amigo, por haberle introducido como "representante o actor, con el papel de la ignorancia" en sus diálogos lucianescos y "como retrato fidelísimo de la última rudeza del vulgo quiteño", en sus memorias para la impugnación del Despertador de los Ingenios, en el Marco Porcio...

En su transfiguración de Mera para los diálogos de **El Nuevo Luciano**, Espejo consigue ocultarse temporalmente, suprimiendo algunas de las audacias inspiradas que le señalaron en el siglo. Mera es, en las más de las veces, templado, parsimonioso, lento. Estalla, eso sí, en su discurso, el surtidor erudito del ingenio quitense, pero sujetándose a ciertas medidas que convenían a la discreción y al contorno del "buen gusto". Y en aquella llegada se aclaran, precisamente, las tendencias de Espejo en las letras y en las ideas religiosas, por cuanto su vena tradicionalista, si es posible mensurarla, aliméntase de clásicas predilecciones por la **Retórica** y se sostiene en la cristiana práctica, a pesar de que en su tiempo se hubiese querido signar con la marca de la herejía a quien no tuvo nada más que una que otra **tintura** de las lecturas de Voltaire y Erasmo, para emplear un nombre que fué de la simpatía de nuestro indio desafortunado y grande.

Mas, en el Mera del Luciano y en el de **La Ciencia Blancardina**, no ha de mantenerse igual carácter, como no se mantuvo en la trayectoria de Espejo, continuamente asaltado por la contradicción, viajero por los vericuetos de la antítesis, amigo del equívoco y prendado del circunloquio por su misma exploración errabunda y maliciosa en busca de "los huecos del gusto".

Advierte Mera en **La Ciencia Blancardina**, con

desenfado de renovador, quizá con énfasis de iconoclasta, la poca importancia de la Lógica como método de pensar y de la Retórica como precepto para producir belleza. Revélase contra los moldes, dándonos una impresión distinta de la de sus periodos oratorios del Luciano en los cuales se decía partidario de la letra aristotélica y de los exámetros de Horacio.

Mera es el mismo Espejo en varias de sus observaciones literarias y en la mayor parte de sus apuntes estéticos, escorzos, casi todos, de sus lecturas de Longino o del Padre Bouhours, trazados con lápiz propio, pero incipiente y tímido para buscar los contornos de la belleza.

Don José Murillo es poeta gerundianista del siglo XVIII. Ha de presentarlo Espejo, para el cumplido objeto de los diálogos, como a "un sujeto estrafalario", personificación acabada del mal gusto, pero ha de arrepentirse más tarde, suavizando su deplorable retrato y restituyéndole alguna cualidad, cuando Mera se rectifica levemente para reconocer en él algún rasgo de ingenio y de razón, aun cuando sus palabras resbalen ya y se pierdan sin remedio en la incredulidad del poeta, sistemáticamente contradicho, mirado con sonrisas y admitido sólo en calidad de contertulio incoercible.

Murillo, en inocente ambición, atribuíase la gloria de haber inventado el verso azucénico, que le

EL CRISTAL INDIGENA

parecería tan bien logrado y personal como el anacreóntico, el sáfico, el pindárico o el alcaico. En ese metro de metáfora blancardina tejió el romance deslizado de la Mejor Azucena de Quito, la Beata Mariana de Jesús, dando en la misma pesadez, en igual desarrollo inerte de casi todas las biografías que de nuestra compatriota se escribieron en la Colonia, como para que se confirmara la suerte de su inigualada pudidicia, como para que la joya de su espíritu brillase en la letra clara y humana de otro siglo que quiere desasirse de las reliquias, pero que ya no tiene fuerza para los pasos ascéticos, sino que se aferra, al contrario a la dicha fácil y quiere pasar, desdeñoso, como que no debiera nada, como que reclamara todo el campo.

* * *

Sobre el Sermón de los Dolores, pronunciado en marzo de 1779 por el Cura de Zámbez don Sancho de Escobar se traba la discusión despertadora que sirve más bien como de pretexto para la crítica del plan de estudios de los PP. Jesuitas y como de mirador para la ojeada retrospectiva en la cual quiere probar Espejo su mirada crítica, sagaz y

prevenida. De los motivos y objetos de la obra, de la latinidad, de la retórica y la poesía, del criterio del buen gusto, de la filosofía, de la teología eclesiástica, de un mejorado plan de estudios teológicos, de la teología moral jesuítica y de la oratoria cristiana, tales son los temas de las nueve conversaciones eruditas, abiertas, como caminos difusos, al ingenio zumbón del doctor Espejo y todos coincidentes con el objeto de su viaje conversador: la revisión y la crítica del estado mental de la Colonia, la censura de los estudios jesuíticos, quizá "para justificar la persecución de que habían sido víctimas", como apunta González Suárez.

Del Luciano se levanta, inconfundible, el egotismo azorado de Espejo, con un disimulo constante de sonrisas. En la penumbra de la época su postura de atisbante sabíase destacada y superior. Comparábase con los hombres de la Colonia, sacando al fin de su propio examen un partido que solía excitar su vanidosa soledad, pintándola en veces de **iracundia o de pesimismo escondido, frente al paralelo que haría de su estatura temporal, de su situación achicada y poco brillante y del alcance de su inteligencia, de los datos de su conocimiento, de la belleza de su espíritu...**

Sin embargo no se formó total vacío en torno de su figura y de las lumbraradas de su pensamiento. Se le respetaba y se le temía, ya por el microcos-

EL CRISTAL INDIGENA

mos de su letra, ya por su decir cáustico, por su frase punzante y su manera incisiva, afilada por la tristeza de oscurecerse y la vehemencia de superarse (1).

Espejo había de cumplir con la suerte para la cual estuvo como predestinado y hasta de buscar evidencia para el simbolismo de su nombre. Quizá no pesaría certeramente el sentido total del siglo en el cual vivió, pero su temperamento y sus manifestaciones, responden a los gustos y a las ideas de la enciclopedia. Espejo fue y aquellos y estas, no por iluminarse profusamente en los reflejos de la imagen, se libran de su posición de superficie, pero se ordenan y se descomponen de vario modo y se fijan o resbalan, duran o se borran, acusadas del perfil del ingenioso receptor y ya desfilan o se impresionan en la memoria lúcida del cristal indígena.

* * *

Espejo cita copiosamente. Ha leído a varios de los griegos y de los latinos y no desconoce a los escritores de su siglo. Ha entretenido muchas de

(1) Aparte de los juicios elogiosos que obtuvo más tarde allende los mares, mereció los de los jesuitas Larrea y Ayllón.

sus vigiliias con la plácida y elevada nobleza de los diálogos de Platón, y ha nutrido su inteligencia y su memoria con muchas de las teorías de los filósofos y los retóricos. Quintiliano y Cicerón acuden a sus recuerdos de cada instante. Longino le llama con sus ideas acerca de lo sublime en el estilo, el Padre Bouhours le dicta sus floridos conceptos del buen gusto, Heineccio le es familiar, se ha detenido en varias de las oraciones de los Padres de la Iglesia Griega. Luce, carente de exégesis eclesiástica, algunas remembranzas bíblicas y sin que su vuelo de distancia le haya vedado de una revisión de los escritores del Siglo de Oro, parece que leyó a los oradores franceses de la época de Luis XIV y que su florecer hubo de guiarle con mayor propiedad a la lectura admirativa del *Fray Gerundio de Campazas* del P. Isla y a la del *Teatro Crítico Universal* del P. Feijoo, prendándose también de la irónica comprensión de Erasmo de Rotterdam, el cual hallaría, para un nuevo elogio de la locura, el Manicomio libre de Kingston, vasto jardín que puede abrirse dócil y curativo, suprimiendo la manía en el espacio, al contrario de los opresores hospicios para cuerdos en los cuales se la crea, en nombre del límite castigador.

No pudo formarse un concepto armonioso de la poesía. Su práctica serial e extraña y en los perio-

dos de su prosa oratoria, el sentimiento hallaría caída de modo escaso. Por lo mismo en la parla rebuscada de su Murillo se sostiene, más bien que un revuelo de poeta, el contento de ridiculizar al conversador gerundiano que buscaba, para la copia con pobres tintas, los esmaltes superpuestos y difíciles de Góngora o la saturación del pensamiento de Quevedo.

Persigue, con íntima satisfacción, la esencia del buen gusto, pero escápasele casi siempre y por más que en la literatura y en el arte quisiera mostrarse desasido de los preceptos, el encuentro del retórico Horacio y la evocación perpetua del oratorio Cicerón le traen limitado por el latinajo y la fórmula. Faltábale de conocer, quizá, en la trilogía de los preceptistas: Cicerón la elocuencia y Horacio la poesía, a Ovidio, el amor, en cuyos poemas se vuelve iridiscente y tangible el humanismo de los dioses y el *Ars Amandi* se ofrece a la seducción de los hombres, a cambio de la infalible isla pónica en la cual se han de glosar *Las Tristes*, después de que la copa de Thulé, inútil ya para la sed ahita, busque para siempre, la disforme carrera del mar.

Al paso de los apuntes de sus preferencias literarias, como la que sentía por el olvidado e irregular poema de Peralta, *La Lima Fundada*, se repiten los nombres de los poetas y de los literatos de la Colonia, casi todos señalados con la subraya de la

desconfianza y sólo alguno raramente recomendado como el del Padre quiteño Tomás Larraín, autor de un soneto puro, síntesis de la vieja tristeza de la fuga del "tiempo malogrado", del remordimiento de pecar y de la oportunidad de rectificarse: contrición e indulgencia a la vez. Exhibe al Padre Aguirre como a un dechado del gerundianismo con el fragmento de un poema ignaciano inconcluído, la descripción del Monserrate, mosaico del hipérbaton: "Este de rocas promontorio adusto—freno es al aire y a los cielos susto—más que de Giges los ribazos fieros—organizado terror a los luceros..." —sin salvar, acaso por desconocimiento, las excelentes muestras del poeta dauleño el cual pudo coincidir con el Despertador, pues que su iniciativa catedrática exploró con abierta curiosidad en las reformas de los estudios de filosofía. Vega, a quien Mera o Espejo llama "su maestro"; los Padres Aguirre, Moscoso, Viescas, Andrade, merecen del Luciano el nombre de ingenios criollos por su facilidad para el apólogo; son encomiados los Padres Garrido, Aguilar, Aillón, pero con los nombres propios o con alusiones que serían justamente reveladoras sólo para los quiteños de la época, duplica la repetida acerbía de sus golpes, cerca del desparramamiento panorámico de Feijóo y al lado del espíritu burlón que hizo temblar el púlpito cultista de Fray Gerundio.

La conversación se reinicia fatigada. Muchas de las memorias librescas han de llegar como al cabo de apurado camino y el mismo Murillo dirá de su cansancio, al recordar a Dion Casio: "cuando el estómago está trabajando, el cerebro no está apto para filosofar".

La lógica, la estética, la retórica, la ética según Cicerón, la metafísica de Aristóteles, la teología y los teólogos, ocupan a los conversadores en disquisiciones interminables, hasta que a la postre llega Murillo en sábado santo, con la noticia jubilosa de que salían de cuaresma y mañana comerían carne. Hay para sabroso aparte en el episodio del Luciano. La nueva es desapacible para el templado Mera, se trata del cansancio del ayuno y "del pasto nobilísimo y nutritivo del chocolate" henchidor de la jícara eclesiástica y como apoyándose en tales sustentáculos terrenos y como acercándose temerosos y provocadores a la hoguera de la purificación, se pierden luego, en su habitual paseo peripatético, a lo largo de los rectangulares claustros de la moral... y la fuente inagotable continúa prodigándose en la rumorosa repetición del tema crítico.

Cicerón, Terencio, Plauto, el Gramático Nebrija... Numa Pompilio latinísimo, Gráculo, Juliano, el Apóstata, el verso azucénico... las cartas provinciales de Pascal... los probabilistas... el poeta Fi-

lovenes.... Séneca y Don Francisco de Quevedo,
....Gracián....

Casi ha naufragado el sábado santo en un mar de recuerdos de lecturas, y los habladores, tal vez con el propósito de un nuevo sistema de estudiar (El Barbadiño, Rollin!) se han olvidado del *ergo* y de los entes de razón, de la lógica y de la retórica y también de la moral que debió ser la pauta de su octava conversación, dispersándose por el mapa de los mundos mentales, como geógrafos errabundos que buscaran el archipiélago del argumento o la quieta bahía de los arribos imaginados....

"Ea, señor mío, al paseo, que es buena tarde y tarde de pascuas", dice Murillo a Mera en la tarde nona, y tomando el hilo de comienzo, ensaña el escarpelo de Mera en "el sermón doloroso de mi señor doctor don Sancho".

Aquí devuélvese en destructora alegría el paso de los interlocutores y en los altos súbitos rebotan, como incontestables, las citas de las Instituciones de Quintiliano y del libro del Orador de Cicerón y el Sermón de los Dolores del Cura de Zámbriza es cruelmente desmenuzado. Brillan y caen, en la desintegración del análisis, las metáforas gerundianas, las antítesis forzadas, los *ex-abruptos* y cuando la frase murillesca reconoce en el doctor Sancho el "espíritu mansueto y pacato de una golondrina" la *sindéresis* de Mera, en uno de sus regresos, le tri-

buta reservados elogios en nombre del buen gusto del cual se declaraba mantenedor y vigilante.

Ha caído la tarde pascual sobre la música oratoria de los Dolores de la Virgen. Espejo sonríe burlonamente y en su posición de atisbo confía en el reflorecimiento de las letras en la vieja y querida ciudad de su nacimiento. En muchas veladas le ocupará la relectura de su Luciano y ha de sentirse orgulloso de aquella primogenitura de su ingenio. Le anotará continuamente y soñará con el bautizo de la imprenta (1). Mas no ha de serle dado el asistir a la confirmación de su Despertador.

Los literatos quiteños, lastimados, perseguirán al observante cuya pluma noctámbula logró fijar tanta memoria diurna y el tono de las pláticas lucianescas se prolongará en prevención y sobresalto.... Cumplida su obra de soplar alerta sobre el sueño gerundiano, habrá de perseverar con su trazo mordaz y sentencioso en el pergamino colonial.

(1) "Consta, sí, por una carta de Espejo, que éste remitió o pensó remitir su obra a Madrid para que se imprimiese bajo los auspicios del Conde de Campomanes".— Marcelino Menéndez y Pelayo: *Historia de las ideas estéticas en España*.— Tomo III.

5

EL de **El Nuevo Luciano** es el **Espejo** de los 30 años. En el doctor indígena estalla la treintena con afán complejo de ascender y comprender. No se dá, como el ingenio desparramado en otras evoluciones, al trazo de la geometría galante o a la percuciente o vaga resonancia de los versos que suelen alentar al amador viril en sus aventuras templadas por el calor de la cima. Inclinado sobre la mesa centenaria en la ordenación de sus cuartillas, dispónese a verter sabiduría infusa, como los hombres del siglo XVIII, en paseo de referencias y de lecturas, pero alumbradas con esa su sonrisa de curiosidad y de análisis, no propiamente la del filósofo cínico, pero sí la de quien, doblegado por la esperanza, no vacila en declararse viajero por trechos de sombra, aún cuando todavía resista al soplo del hálito vernal la candileja de la colonia.

de su prosa densa y circular, motivos epigramáticos o largos períodos de oratoria sobre los descubrimientos científicos de la época, sobre las artes y las letras. Con una sonrisa dudosa correspondería a la venia del criollo y en equidistante contrapeso, su atediado divagar sin pleno amor de complacencias y su esperanza esencial, estrujada de todos los desencantos, elevaríanse en ocasiones como con fuerza de ariete, afilándose en otras como aguijón para hincar en la indolencia del tiempo y buscando, en las demás, la gestación del fermento, que ha de romper el vaso para derramarse en burujas de gracia y de madura alegría.

Desprenderíase de una ventanilla inclinada casi como un oído al camino, el acorde contagioso de un fandango y pese al reclamo de la gloria efímera pero picante y dicharachera de una noche, pasaría el indio quiteño, orgulloso de su terca soledad, apagando en la entraña el naciente deseo y mordiendo en el labio la vocal de la burla.

Habrásé rozado, alguna vez, con el Canónigo de luciente indumentaria el cual marchaba de visita hacia la casa de pro... Y habrásé sonreído el negro esclavillo portador del quitasol de su Señoría, enseñando en el rostro de noche cerrada, la llama picaresca de la boca y el blanco igual de las córneas en los ojos vivaces.

Ni llegaría tampoco al saloncillo dispuesto en in-

genua elegancia y apretado de virtud, en donde la cristalería del clave, herida por los dedos de una criolla, hallaba los giros de la contradanza para el paso airoso del chapetón y de su novia. Aquel, figura de blanco mate, sudaría una gota de sangre de lapizlázuli. El, de oscuro barro, podría solamente ofrendar, bajo el estoque del rival, el rubí diluido de su sangre... Y aun cuando se hiciese llamar de Apéstegui y Perochena, sería delatado en el fulgor zahorí del ojo inquieto y alarmaría con el milagro de su anuncio, dejando temblor desconocido en el alero de la casa señorial...

Y no es que se negara a buscar las cualidades de la belleza. Su misma grande aspiración fué la de volverse, en el tiempo y en la obra, un espíritu bello. Pero el inencontrable contorno del dechado estuvo como alejándole de la fácil hermosura a la que llegan o con la cual se satisfacen los espíritus conformes. Cantaba en su dominio interior, con fuertes voces, un anhelo incontrastable de libertad y, desprendiéndose de los asideros singulares quería consagrarse como holocausto de pluralidad. Así el individualista amor de la belleza no hubiera podido encontrarle en plenitud como para la absorción elegíaca de un Musset o para la deliciosa cantilena, en vida y muerte intercambiadas y perpetuas de una dulce Laura que fuera resumen y esencia de las visiones mas sublimadas.

Entre dos aprecios polarizados de la estética, su devenir autóctono no marcaría la suerte del predestinado para pagarse de una sola y absoluta de las dichas del mundo. Anheló hiperbólico el uno y descubrimiento el otro de lo disforme o desintegrado, del desequilibrio entre el propósito y la realización, que se tradujo en la voluntad satírica de sus páginas.

Hubiera querido adornar su terco alcázar haciéndolo jubiloso y magnífico para el advenimiento de la belleza corporizada. Pero de su pudor o de su timidez se levantaba entonces el designio de vencer para los otros, de utilizarse en el concierto, de ofrecerse. Tampoco dejaría de sospechar que las experiencias íntimas resuenan al cabo en ecos difundidos y comunes, cuando se ha podido dar con el acento en el cual se reconozcan a sí mismas las voces que lleguen con igual sentido o con idéntica queja. Mas sin ser suya la fortuna de trazar la historia de un alma, lejano del afinamiento de la lírica, perteneciale la pluma de puntoso acero para el ensayo sistemático o desparramado entre la infinitud de teorías y de hipótesis y llamábale, con terco ademán, la musa rectilínea de la verdad, detrás de la cual ensayaba su sonrisa de conocimiento y desdén el alfa griega del comienzo, tono exagerado de Menandro y de Aristófanes y la omega de

las postrimerías, letra muerta pero siempre removida por el golpe unánime del caduceo.

Una vez escribe brevísimo ensayo acerca de la hermosura en las "Reflexiones sobre el método seguro de preservar al pueblo de las viruelas" propuesto por D. Francisco Gil, Cirujano del Real Monasterio de San Lorenzo, páginas dedicadas al Marqués de la Sonora. No están allí ni la metafísica de Platón ni la mensura aristotélica, pero ni siquiera la divagación poética y meditadora de nuestro Montalvo, al señalar, en áurea frase, la relatividad de la belleza de acuerdo con el gusto de las razas y al detenerse en la fatalidad de la hermosura y en los rasgos de la inmarchitable belleza del alma, describiendo, en acabado capítulo de novela, la tragedia de la belleza criolla en manos del tenaz monasticón, un basto Casanova de vestido talar y labia convincente.

El doctor Espejo desarrolla florida divagación que corresponde a su ingenio médico. La epidemia variolosa destruye la hermosura femenil "ese don precioso emanado de las manos de un Ser perfectísimo", como afirma recordando a los ascéticos y a los filósofos para concluir en la certeza de que "las gentes hermosas son en quienes se retratan las perfecciones de Dios". Parecele al doctor Espejo de segura fortuna ese conjunto atrayente de la belleza física, aun cuando la mujer careciese de

¡Los treinta años! La edad de trepar por las fuerzas adormiladas la onda vitanda y la edad de disponerse, en el cerebro, como en arquitectura de resistencia, los más graves pensamientos. Mas de la voluntad del sentimiento y de la forma, ya clara y distinta de la idea, reclama ese precoz medio día un ritmo equilibrado. Unense los valores íntimos de igual manera como en la evolución biológica se cierran las epífisis y se completa y se endurece la figura ósea y, asimismo, correspondiendo a la fortaleza de los tejidos en la vida física, el hombre interior—¡mensura de sensaciones, elaboración continua de los centros nerviosos, plenitud tiroidea, riqueza endócrina!— muéstrase como defendido e inmune. Por lo mismo ya no es turbador latido el de una llegada nueva, ni las vehemencias se patinan de cruento anhelo, como en la virtud ruborosa de los adolescentes. Se torna de ácido sabor el fruto logrado y en el gobierno de la palabra, ya sin el balbuceo de la primicia, triunfa el dominio. Entonces el afán de la exploración se vuelve más intenso y el certero goce del descubrimiento alcanza las más remotas latitudes.

En el doctor Espejo las expansiones de la hora meridiana no se confían ni a la llamada de las seducciones femeniles, ni al libro de amor en el cual deben volcarse el ánimo de la ventura conseguida o la inquietud del empeño que se pierde. No quiso

decir nada de la curva de los amores, ni dió tampoco a su contención la válvula de las páginas que, libertándonos de la confidencia, abren nuevo camino al paso rejuvenecido. Resolviase en él, otra vez, aun cuando no con la justeza de la primera edad, la casi limitación del sabio frustrado para los amores de la tierra, que acaba por resolverlo todo en la lenta y diaria elaboración de su pensamiento. Vestido de puridad llégase al modo exterior de las cosas y en ellas, a poco tiempo, su linterna penetrativa ilumina el análisis, cuando no brota de su genial prejuicio el irónico tactear de la forma imperfecta.

No conocemos al Espejo galante y en sus libros, pesados como misales y de apoyar ahora en el fascíto!, no hay ni la memoria nimia de una mujer que hubiese dejado huella en su destino.

Le veríamos, en retrospectiva imagen, girando pensativo por las plazas del Quito "siempre verde", erguido a veces contra el fondo de los grandes paredones de San Francisco, La Merced y Santo Domingo, o buscando el aire abierto, para refrescar en su frente la fatiga de la lectura, en caminata a lo largo de la Alameda, entonces amplio potrero cuya nota uniforme rompía el monótono tono de esmeralda opaca con el ojo de la lagunilla, abrevadero o alberca.

Iría retorciendo en las construcciones mentales

“las prendas mentales, con noble agrado al trato común”. Por tal, señalando el efecto del arado varioloso, prominencias, desigualdades, hoyos, cicatrices, plantea, sin proponerse ciertamente, sin sospecharlo, una definición inmadura de la fealdad. Pero el modo de la observación clínica no excluye uno que otro vuelo contenido de poética frase, como cuando se refiere a la razón del lamento de las mujeres por la pérdida de su belleza “en el fuego de las enfermedades o en la nieve de los años”... De la metáfora primaria y en obediencia a la misión que le fué inseparable, explora el campo de la sociedad, considerando que para las adoraciones civiles del amor nupcial, es óbice funesto el saqueo de la belleza del cual se ocupa el demonio de las viruelas y como hasta para la vida simplemente espiritual de la clausura monástica, de seguirse la máxima de Santa Teresa, ha de reclamarse de las mujeres la hermosura del rostro. Es cierto que la vanidad del hombre o el afinamiento de sus percepciones, volvieron de temática morosidad el aprecio de la belleza, aun cuando en la mayor parte de los casos, el instintivo revelarse del esteta meticuloso diera, por fin, con todas las fuerzas de su estatismo contemplador, en la forma de irregulares contornos, pero de armonía graciosa, la cual se le presentara de repente, para ser admitida sin examen.

Apartándose de su dictamen médico, ha vuelto, sólo por un momento, el rostro hacia la hermosura, estimándola desde luego en el radio de la existencia social, condoliéndose de las mujeres feas que quieren pagar, ilusas, el tributo de su imperfección, "abandonándose por los caminos más vergonzosos" y sin perder de vista, por estas apuntes, al moralista que había en él, anticipa claras ideas de sabia medicina legal abogando porque se aboliera en el Reino la epidemia variolosa como medio único de salvar las vidas indígenas expuestas a toda clase de contagios por la deficiencia de la alimentación y la insalubridad de las habitaciones.

Frente a la belleza femenina la hermosura más-cula se le presenta dotada de otras cualidades y ella es, sobre todo, sanidad y aptitud de vigor, complejidad de facultades, "corpore sano" en resumen para el albergue y desarrollo de aquella mente sana tan amada de los hijos de Lacio. Eúritmia de fortaleza como la quisieron los griegos para que se correspondieran y se compenetraran el gimnasta mental y el físico y para que en el estadio brillase el impulso de la rodela bajo el golfo anchuroso de la frente en donde se podían albergar las mejores imágenes y figuraciones del humanismo. Así, no solo la epidemia variólica, sino cualquiera fiebre maligna, debilitando en el hombre los nú-



cleos vitales, aminoraba o destruía la hermosura intrínseca de su poder para las actividades masculinas, en la agricultura como en el comercio, en las maniobras de la marina, en "la agilidad de las manufacturas", en "la fatiga militar" o en los tantos servicios de la República, como escribe Espejo, dando ya por establecida, en su visión del futuro, la organización democrática de la cual intentó Platón desterrar a los poetas, contentándolos con el salvo conducto de la corona florida...

No logra desligarse de su recuerdo de la Historia y al relacionar su concepto de la hermosura varonil con las erupciones tumultuosas de las viñetas, evoca las leyes duras e inflexibles de Licurgo para la sanidad y fortaleza de la raza lacedmónica o el régimen político de los esparciatas frente a la dulce visión de las Escrituras que solía encontrar belleza en la debilidad, y alejándose de las medidas cruentas cultivaba el lirio anímico o el cardo de la penitencia, forma vegetal del cilicio si se quiere, de contacto destructor de la forma viril.

El doctor Espejo no se detiene a contemplar la belleza, ni como pausa de su destino que había de llevarle a más extensa andanza y al final a un arribo glorioso, aun cuando no llegase en cuerpo y presencia, pero sí en el ardido clamor de sus amigos y apóstoles. Se preocupa de sí, naturalmente sin la premeditación y la propia idolatría de un

Narciso, ni con la introspección angustiada y lenta de un Amiel y más bien con su voluntariosa prisa, con su renovado y diario cavar en la muralla de adoselada tradición—fatiga incásica o muro castellano de la Conquista—para que se filtrase nueva luz, devolviéndose como libertad sobre los rostros de los indios desposeídos.

La belleza literaria de Luciano, la del espíritu curioso e investigador, la del ingenio que supiera darnos el descubrimiento de los otros en resúmenes que se alimentaran, no obstante, de su propio descubrimiento, la belleza de añejísima estirpe de Asclepiades, amor de la salud y de la vida, búsqueda de los filtros aliviadores y de los zumos curativos, rodeada de cierto poder de adivinación, tal como consideraron los griegos a la Medicina, ya estaban en Espejo en regularidad de trabajo y de promesa o en desorden anunciador, si hemos de pensar en su constante tendencia demoledora, equilibrada sin embargo por el diario ademán de la diestra que fecundó en las Primicias el amor a la ciudad de Quito.

Pero no quiso ofrecernos el libro de amor, floración de la treintena. Huraño y audaz, habría buscado para los matices del erótico lugar, los tonos de sombra y de color que tanto se prodigaron por los románticos, hasta el punto de que en el paisaje evanescente sólo se destacan con seguridad las figu-

ras del romance. Nos habría dado un libro en el cual la belleza femenina, sin quebrarse, se inclinase ante la hermosura del varón. O quizá, con el documento de una experiencia clínica, su genio decidor hubiese reventado en el tono alto de la tragedia, al crear un personaje acabado por dolencia imposible.

Mas ni de su tragedia interior se le ocurrió dejar alguna página semejante a la confidencia de los diarios íntimos, ni la disimulada confesión que hace el poeta, en nombre de los dolores universales, para que reconociéndose allí todos los hombres no puedan desdeñar el grito que salió de un solo pecho.

Y es que no estaba llamado para labrar la piedra de la elegía, ni para volatilizar el galante reclamo en la breve cadencia del madrigal, ni para escribir, en dístico apretado, el epitafio del amigo entrañable. Preparaba, con grande fe, en antecedente trabajo verbal, el ímpetu de la epopeya americana y como en alquimia certera elaboraba la pólvora para los días de Bolívar.

De su melancolía y de su euforia, de su severidad y de su júbilo, nos dejó algunos libros que se clarean con la intención acre de la burla o con la piedad superior de la sonrisa.

Severo por la responsabilidad de la cual se sentía grávido, en ciertas horas se desprende de su forma habitual algo que se parece a la explosión de una

risa. Pero su alegría no es falsa, ni le viene, tampoco, del indígena fervor que como en nuevo festín fáustico, da su salud de unos días a cambio de la dicha nerviosa de un instante.

Dolíase el doctor, en sus reflexiones acerca de la higiene de Quito, del goce nepéntico expendido en las chicherías de esta ciudad, en aquel licor que llevaba dos hierbas narcóticas llamadas huantug y chamico que tenían "la virtud de enloquecer y turbar la cabeza" y el cual, así como el zumo de Nephente entre los griegos, excitaba el ánimo alacre, quizá el discurrir desordenado y entusiasta del diti-rambo, acaso, al término, el horizontal abandono del somnífero.

No cedería al reclamo de una "capuchina del demonio", recibiendo de sus manos gordezuelas y de su sonrisa invitadora el mate de chicha de maíz en la cual estuviese hirviendo la infusión de **chamico**, hierbecilla oriental a la que atribuían la virtud de un bebedizo hechicero para que la voluntad de los hombres quedase doblegada por el cariño, unida como por magnético filtro a la de la simpática ofe-rente.

Alejaríase rumiando su inseparable filosofía, de sentrañando el alcance de los derechos del hombre, golpeando, como en música de dácilos, en los períodos de su prosa oratoria, trazando tal vez una homilía para su hermano el cura Juan Pablo.

No se le conocerían amores o no querría dejar memoria de ellos en sus libros. Mas, la verdad es que no llegó al matrimonio ni a la edad en la que su hermana doña Manuela logró impresionar a su joven amigo y en cierto modo discípulo, el doctor José Mejía, apoyándose en sus veinte años floridos e ilusionados con la lúcida templanza de su cuarentena: amor que se dijera de maduresces maternales(1)

Ni menos se daría a una nueva seducción como su cuñado el orador quiteño que venció con su continente atractivo y el fino entusiasmo de su palabra, a la gaditana Gertrudis Salanova y Benito, rubricando así su destino en la playa de Cádiz y dejando de ser, después de su decisiva prédica por las libertades y del coloquio que se tejería con esa vehemencia de los viajeros, que debe agravarse frente a la línea del mar, reflejadora nítida del día que se acaba.

(1) Sabemos de un curioso documento, todavía irrevelado, en el cual consta que Espejo fué padrino del matrimonio de Mejía.

6

A PARTE de los sermones, en el Nuevo Luciano, el Marco Porcio Catón y La Ciencia Blancardina, se contiene la obra puramente literaria de Espejo. Su pensamiento crítico se dispone como en regular triángulo y del ingenioso lado de los diálogos marcha al de la propia impugnación para llegar a la base de La Ciencia Blancardina, afirmaciones y auto recuerdos.

El Marco Porcio Catón siguió al Nuevo Luciano. Figura como su autor Moisés Blancardo y se intitula Memorias para la impugnación del Nuevo Luciano de Quito, dedicadas al señor doctor don Blas Sobrino y Minayo, Dignísimo Obispo de Quito del Consejo de S. M., etc... El premeditado anonimismo del opúsculo se completa con una indicación del lugar en el cual se supone fueron escritas: En Lima, año de 1780.

Esas memorias significaron algo como un índice de lo que se podía decir contra el Luciano, en frase del mismo Espejo, y en el nombre del supuesto autor, Moisés Blancardo, quiso retratar al gerundianista de la época y aún pudiera parecernos que la metáfora ilusoria encerrara cierta alusión colorista al mercedario, por el tono blancardino del hábito.

No anduvieron carentes de fundamentadas deducciones quienes atribuyeron la paternidad del Marco Porcio al Padre mercedario Juan Aráuz y es de creerse que en el mismo designio de su verdadero autor se formó el deseo de que tal conjetura llegase a tomar las proporciones de verdadera.

No disgustaba al doctor Espejo el capítulo de la impugnación. Al contrario, considerábalo indispensable para el acrisolamiento de un nombre y es así como en las noventa páginas de su original opúsculo, sintetiza y condensa la voz de la crítica y ejerce un auto ataque con frialdad de tercera persona, poniéndose resueltamente en el lugar que no habría desdeñado un nuevo Marco Porcio Catón, aquel historiógrafo lento de los orígenes de Roma, guiado por sistemático espíritu censorio, severo por naturaleza.

Acicateaba el mismo, con el Marco Porcio, el contrapeso de su gloria. Buscábase en el propio estudio acerbo la curiosidad de los otros. Elevaba al

Luciano, en pavés de impugnación, para el advenimiento de La Ciencia Blancardina.

Sonreiría el ingenio nativo, al paso de cada capítulo, de su frescura impávida para tejer tanta ironía descaminada, para falsificar tanto venablo quieto, sabiéndose el mismo blanco de su palabra en la cual resonaban los ecos más enconados y violentos de la frase de los otros. Mas, de los párrafos casi aligerados del Marco Porcio, y pese a su constante tono de negación, se nos antoja que la figura del Luciano va surgiendo con sus contornos de sombra, pero que hacen falta nuevas pinceladas para el trazo distinto, completo e inteligible de la silueta. Ya se las daría en La Ciencia Blancardina, en las Representaciones y en toda oportunidad en la cual su pluma vivaz y resuelta encontrara el ángulo propicio para el súbito o detenido clarear de su actitud yoista.

El abstracto Blancardo acaba un análisis que supone, además, total compenetración con la obra, de modo que su conocimiento perspicuo se delataría, a poco menester, más bien que como la disección de un enemigo, como la exagerada realidad de un examen socrático del cual no se hubiesen querido separar ni los tonos de la maledicencia.

Moisés deja al autor del Luciano sin patria y casi hasta sin nombre. Cae su duda, destructora, sobre la obra de Perochena, su objeto, su método, la



naturaleza de su estilo, sus plagios supuestos. Analiza su hinchada dedicatoria—no lo fué menos la del Marco Porcio,— desmenuza las conversaciones, empeñándose en la controversia y abrillantando la defensa de los sistemas de enseñanza y de los escritores criticados, persevera en la “apología de algunos cuerpos y algunos literatos”, particulariza la importancia de la figura del Provisor don José Cuero, del Padre Vara, de la del señor Magistral, muy especialmente de la de don Sancho de Escobar “esa lumbrera de nuestro hemisferio” cuyo sermón dió pábulo a las acideces más regocijadas y corrosivas de los diálogos. Los “motivos de proscribir al Luciano” fluyen, entonces, en lógico discurso de condenación irremisible y mejor no los hubiera dictado el Inquisidor, requiriendo el puñal, agitando la palma y golpeando sobre la piedra del sacrificio.

La crítica menuda y detallista llamada de análisis hallaría uno de sus dechados en el **Marco Porcio Catón**, pero de la lectura de sus veinte capítulos sospechamos que quedaría en la curiosidad de los quiteños el deseo de penetrar con más hondura en el espíritu del Luciano. No se hacían, por entonces, críticas de vena tan copiosa, e interesante debía de ser el **Luciano** para que sus diálogos provocaran réplica de forma tan obstinada. Espejo, aquel “duende de resabios literarios” como se hizo llamar

de Blancardo, se apercibiría del efecto seguro del Marco Porcio, elevador más bien de su Luciano, cuyo objeto "menos principal", fue el de "mofarse a satisfacción de los mayores letrados de nuestro siglo, fué reírse de las literaturas más finas de nuestras escuelas y fué querer ridiculizar y hacer pigmeos a nuestros sapientísimos gigantes, con la ironía ya más acerba, ya más osada, ya más pungente" (1).

El Marco Porcio comienza cada uno de sus capítulos con sentenciosa expresión, esencia de varias de sus lecturas, miga de estética, propuesta preceptiva, epifonema filosófico. Mas hay que notar como la seguridad axiomática de tales principios se ve, si no contradicha, por lo menos aminorada o resuelta en sentido contrario en ciertos desarrollos que se abren a su juego irónico o desenvuelven, ocultando, una característica antítesis de la cual nos parece ver surgir al "furioso despertador", como eludiéndose del golpe de Blancardo y dudando de la severidad de Catón, al lado del distante Luciano de Samosata, aquellos de hoy, estos de otrora. No de otro modo ha de decir el mismo Blancardo en defensa de don Sancho de Escobar: "Así o saliesen veinte Lucianos con el infame designio de denigrar su fama o apareciesen mil Catones para de-

(1) Espejo.— Escritos.— Tomo III.— Marco Porcio Catón, P. 254.

fendérsela, el doctor don Sancho, superior a las invectivas como a las aclamaciones, inmóvil a los dicterios como a los aplausos, insensible a los libelos como a las apologías, siempre se estaría, como se está, tranquilo, alegre e inalterable" (1). Véase la diferencia numeral entre los Catones y los Lucianos y el tranquilo pulso con el cual describe Blancardo la impasibilidad de don Sancho, quizá para buscarle en su herida irascible.

Encontramos en el Marco Porcio algo como una breve huella de los escritores españoles del siglo de oro, cuyo gusto fué tomado por Espejo en dosis de formación que se le volvieron propias, acordándose con su decir cáustico y sus pocas escapadas poéticas (2). La frase así conformada con una manera de mayor pulcritud que la de otras de sus obras, sírvele para ese continuo contraste que nos place señalar en el Marco Porcio. Sabíase sin reconocimiento pronto y quería traer para que se destacaran mejor sus líneas, todo lo que podía servirle de fondo de borrasca o de perspectiva de exploración y si se aplicaba, sin vacilaciones, todos los calificativos duros e injuriosos que se le habían prodigado, cuidábase, en cambio, de llamar al lector

(1) Espejos— Escritos.— Tomo III.— Marco Porcio Catón, Págs. 293-294.

(2) No conocemos un estudio de las virtudes castellanas de los escritos de Espejo que si las tuvieron, aun cuando no en grado máximo.

con cierta maña hacia la contemplación detenida del Luciano. Especioso, mordacísimo, ignorante, plagiarlo, envidioso, digno de compasión, infiel, rabioso, reñido con la gente de puerto de mar y de los países calientes, ciego, libelista, vituperante, ofensivo, se hace llamar con su próximo pseudónimo, pero el afinado amor de sí, condición del temperamento de nuestro indio, equilibra las tintas en el cuadro de su ensayo crítico, y no es raro, por lo tanto, que Moisés Blancardo diga, "admira ver cómo el autor del **Nuevo Luciano**, pudiese escribir con estilos tan opuestos en boca de sus interlocutores" (1) o que exprese, en palabras que quieren resolverse en sí mismas, sin atreverse a herir, apagándose en la inicial, arrepintiéndose de su comienzo de sonrisa, que "la escuela de niños en donde aprendió los elementos de la pronunciación castellana, estaría hasta hoy ocupada de sus admiradores y en todos sus rasgos que por travesura estarían en las paredes y bancas los muchachos se leerían aplausos al insigne Perochena"... (2) ¿No parece una ironía casi de suspiro al propio tiempo que una advertencia, tímida todavía, de lo que preocupaba a Espejo la memoria de la posteridad?

Asimismo, en otra vez, el impugnador deja correr aquella frase que hubiera estampado nuestro com-

(1) Escritos de Espejo.— Tomo III.— Pág. 259.

(2) Espejo: Escritos.— Tomo III.— Pág. 273.

7

LA aprobación del Padre Maestro Juan Aráuz y Mesía, Teólogo de la Universidad de Santo Tomás de Aquino, Examinador Sinodal de este Obispado, etc., a la oración fúnebre pronunciada por el doctor Ramón Yépez, abogado de los Reales Consejos, Cura y Vicario de la Doctrina de Tumbaco, en las exequias del doctor Manuel Pérez Minayo, del Consejo de su Magestad y Obispo de Badajoz, decide, para siempre, de la figura de Blancardo, del impiadoso desmenuzamiento de la oración fúnebre y de siete nuevas conversaciones eruditas con las cuales había de poblarse la relativamente pobre literatura de nuestra Colonia.

Después de abundante examen elogioso de la oración del doctor Yépez, el Padre Aráuz se refirió expresamente a Espejo: "No creo—dijo—que haya Aristarco el más severo, ni Zoilo por injusto

que sea, que muestre desagrado. Lo mismo debía prometerme de toda la oración haciendo memoria de que es tanta la aceptación que tiene su autor con el público, que la Envidia misma con el nombre de Luciano, lejos de atreverse a su ofensa le tributa veneraciones y aplausos a su mérito. No ha mucho que hizo ver su negra melancolía, vomitando su humor pestilente y un cruel veneno aun contra lo más respetable y sagrado; pero con todo, siendo así que cualquiera aplauso ajeno, por corto que sea, le había sacado lágrimas a su dolor, al ver al doctor don Ramón de Yépez disimuló los puñales de su pecho, y poseído del mayor susto, se echó a sus pies confesando la grandeza de su mérito, la elevación de su ingenio, la belleza de sus letras, hasta publicarlo dechado de oradores sagrados, jurisconsulto insigne, teólogo consumado. ¿Qué diremos de este talento gigante que a la misma envidia le pone la triste precisión de disimular con la serenidad del rostro la tempestad de su corazón?"

A Espejo le dolió, como nunca, la frase de Aráuz: "La envidia misma con el nombre de Luciano" y triturándola al comienzo, trató de buscarla expansiones aliviadoras, en la conversación, en el discurso, en la réplica. Ya entraba el mercedario en el círculo de sus parladores y de allí saldría caricaturizado y malo. Se dijera que nuestro escritor, con alguna pasión dantesca, solía edificar también, a su

modo, parajes de purgar las culpas y encendidas circunferencias para la fogata infernal de sus condenados y, como en el proceso seguro de los hombres de pluma que no han de abandonarla en ninguna de las circunstancias, tanto el objeto de su celo como la ideación de sus afectos, se le metían adentro, convirtiéndose en torturada imagen, pugnando por salir, hasta que se les diera la existencia del libro, longeva ya, de resistir a la mudabilidad de las estaciones. El mismo Perochena suscribe las conversaciones de La Ciencia Blancardina y se las dedica al Venerable y Muy Ilustre Clero de Quito, en el año de 1780. No vacila en reproducir como prólogo de provocaciones, el informe del Padre Aráuz y hubiera señalado con tinta de múrice las palabras que le penetraron como un corte doloroso. S. Juan Crisóstomo, el de la boca de oro y S. Gregorio Nacianzeno le dan de sus unciosos sermones epígrafes bastante conceptuosos para su método antitético que ahora volaría a través de las conversaciones, destruyendo y confesándose. La ruta de La Ciencia Blancardina es quizá una de las más positivas para el hallazgo de los datos íntimos de Espejo, aun cuando no dejaron de ser casi todos los papeles del despertador, recubiertos de anonimismo, como lo estuviera el espejo invertido o la luna de cristal, protegida con un velo o empañada adrede.

En esa "parte apologética de las pasadas conversaciones", el golpe polémico quiere destruir el discurso del doctor Yépez y la correspondiente aprobación del Padre Aráuz y lo consigue tras de fatigosa empresa en la cual han revisado Murillo, Mera y Blancardo casi todos los ciclos de la oratoria sagrada, enredándose a veces en el detalle de los recuerdos, recurriendo a parangones infelices e ignorando, con frecuencia, la índole verdadera de los panegíricos y de las homilias, de las oraciones y de los párrafos de catequesis que traían con profusa violencia. Así con tales testimonios de alcurnia mental, Espejo destaca y empequeñece a la vez la oración fúnebre que recibió el bautizo de la letra en la primera imprenta de Quito, dirigida por D. Raimundo de Salazar, y se goza en la contemplación de los caracteres de la ignorancia y del encono que va señalando lentamente en la faz del Maestro Aráuz, en obra de vengativa represalia.

* * *

En *La Ciencia Blancardina*, Mera ha perdido algo de su templanza y Murillo, en cambio, se acusa de cierto cuerdo don, que vuelve a su diálogo me-

nos evaporado y delirante. Este ha crecido, con seguridad, para el achicamiento de Blancardo (1). El auto recuerdo fluye con menores limitaciones y la presencia del **Nuevo Luciano** tiende a lucir. Hay algo así como un reconocimiento de su valía, a pesar de las notas de modestia que se graban a cada paso, diríamos mejor al término del tema de cada diálogo, como para que se anulara la creencia, fomentada por el P. Aráuz, de que Luciano y la envidia eran una misma cosa...

El afortunado y perseguido Ovidio, dando al exámetro el vigor propio del humanismo, trazó un retrato perfectísimo de la Envidia, patinando el rostro de la furia triste con el color amarillento de la dicha malograda en carne propia y admirada coléricamente en el feliz rostro ajeno. El poeta latino sería una de sus víctimas cuando pudo comprenderla y reflejarla en patético y repulsivo cuadro. El envidioso se confunde con ella y de tal alianza no puede, justamente, diferenciarse.

Espejo la define, pero en su vehemencia defensiva no se detiene a buscar la propia faz amarga del

(1) "Esta aptitud y habilidad de Espejo para cambiar de estilos demuestra sus conocimientos literarios y su temperamento de artista y casi podría decirse de novelador".— Víctor L. Vivar: *Hombres y cosas del Ecuador* (Eugenio de Santa Cruz y Espejo).— *Revista Ecuatoriana*, junio de 1.892.

gesto trunco o abolido de aquella máscara frecuente. "Siendo la envidia la aflicción del bien ageno —irrumpe Mera— ya se ve que es esta la pasión de las almas bajas. Pero, como no me podrá afligir ver la perversísima educación que han tenido hasta ahora nuestros famosos literatos? Conozco, si, que en virtud de ella son y fueron orgullosos, presumidos, resueltos, arrojados y que nada quisieron más que ser tenidos por doctos, siendo en realidad tan ignorantes, que no sabían, no diré la serie de las ciencias propias de su conocimiento, obligación y estudio, pero ni por donde habían de empezar a leer alguna obrilla que les dirigiese a formarse en la literatura?... Y esta educación o estos genios que no pudieron romperla y tomarla otra mejor, serán los bellos objetos de mi envidia. Parece que no; y desde luego confieso esta verdad, que entre la multitud de juicios, ya favorables, ya adversos a mi Luciano que he escuchado con grande paz en todo el espacio de un año y medio con estos oídos que ha de comer la tierra, no percibí que alguno me tratara de envidioso. Es atrevido, pero no sabe enseñar; es plagiarlo, pero ha leído mucho; es satírico, pero lleno de gracias; es formidable, pero dice la verdad; es de un estilo ramplón, dijo uno de aquellos a quienes se atribuye la obra. Dice Luciano lo que sabemos los doctos ha dicho otro. Nada trae de nuevo, gritaron los que se precian de letrados; y ésta es la

crítica que he oído. Pero escrito por pura envidia, no oí jamás" (1).

"Es tiempo de aguantarla con todo el cuerpo, señor mío. Le sacan a vergüenza pública, pues sufra como un belermo y sea por amor de Dios", responde Murillo.

En el mismo año y en carta dirigida a Fray José del Rosario para vindicarse de una especie de delaciones que se habían hecho, acusándole de murmurador del Betlemita, escribía: "Siempre me ha venido a la consideración que este género de envidia, como frecuentemente todos los demás, no tienen otras resultas que afligir inútilmente el corazón del envidioso, sin que pueda lograr en lo posterior ni un átomo del talento, ni un ápice de la sabiduría del envidiado".

De sus contradictorias experiencias al clarear de un día de paz, quizá nos hubiese dejado breve y original capítulo acerca de la envidia. Aquieta lo su orgullo y lejanos, en el tiempo o en el espacio, los cofrades enemistados, ensayaríase la sonrisa con más firme perseverancia... Pero en la hora inmediata sólo se proponía defenderse, bien que en el paso de sus dialogantes iban quedando los recuerdos de los libros y uno que otro de la vida que no se la ofreció, desde luego, por completo.

(1) Espejo: Escritos.— Tomo II.— Págs. 292 y 293.

Para las conversaciones de la Ciencia Blandardina, Espejo buscó nuevo escenario. Los diálogos se desarrollan en Ambato. "Aquí en este gustoso huerto, aún su soledad apacible, verde y amena, nos convida a hablar con algo de espíritu y de libertad", exclama Mera y añade Blancardo, molesto: "Siempre me acordaré de este ameno Miraflores, mas no tanto por su amenidad, cuanto por la recia descarga que en él he recibido (1).

El escritor quiteño quiso entrelazar esas pláticas de pronto desahogo en campo de vergeles que se prestara mejor a su fiebre reciente. Oportuno o apresurado, sabía vencer las dificultades y formarse, siquiera con artificio de invención literaria, las situaciones y las épocas. De la misma estancia de San Francisco saldría el replicador con violencias descompuestas. Gritaría. Mostraríase como un energúmeno estremecido. Buscó, pues, cómo enfriar a su Demonio y ya que no sobre el puente del tiempo, hizole pasar sobre la legua, asentándole al cabo en alfombra de las mejores y oxigenando, discretamente, su resentimiento ...

Después de desenvolver largos períodos de erudición retórica, sin que se le escapara la memoria de los escritores de su aprecio, de señalar en el prólogo de Fedro el error inocente y lamentable

(1) Espejo: Escritos.— Tomo II.— Pág. 184.

de "pura sospecha", de buscar la Gramática parda y la elocuencia oscura, de viajar por los géneros y las generalidades, en el diálogo séptimo—instante novelado de los cuales encontraremos abundante muestra en sus escritos—amanece Murillo con grande novedad, "digna de toda lástima". Blancardo al "primer canto del gallo, hizo ensillar su bayo y dijo que marchaba a Quito a negocios de mayor momento". "Por no turbar la paz de la casa— concluye Murillo dirigiéndose a Mera— y mucho más el precioso descanso del sueño en que usted tranquilo se sintió estaba sepultado, no se atrevió a tocar la puerta de su aposento"... "Buen muchacho, propio para seguir una conversación— insíste el poeta cultista en giro neto de quiteñismo— y es uno de sus mayores disgustos que lleva, no asistir a la de hoy, que juzgo será, queriendo Dps, la última" (1).

Blancardo, "ese joven de bello humor" ha fugado, a horcajadas, llevándose los papeles de los sermones y del informe como un mapa revuelto, tajado por la tachadura, apretado en paréntesis desiguales, manchado por la risa y la cólera.

Blancardo, despedido y huyente, se marcha, a campo traviesa, para declararse confuso y no atreverse a decir si Murillo es el mismo Demonio o si

(1) Espejo: Escritos.— Tomo II.— Pág. 268.

en el continente del modestísimo y sereno doctor Mera se esconde el Perochena del Luciano.

Mera y Murillo, sobre el valle cordial de Miraflores han quedado solos, como hace un año en el peripato criollo de la Catedral, cuando el Chushig les podía escuchar con los ojos, siguiendo su conversación por el movimiento de los labios. Y aquí asciende el júbilo y se dispersan como vilanos las hojas del sermón y se alargan y se contraen y se remblandecen y se rompen las letras de la frase blancardina: "La envidia misma con el nombre de Luciano".

Para escribir *La Ciencia Blancardina*, Espejo tendría presente la serenidad del Menexeno de Platón que en frase suya "no es más que una birla preciosa de las oraciones fúnebres", pero su natural riente y el ánimo del momento, le acercan, otra vez, a la inconfudible figura de Fray Gerundo.

8

COLONIA oscura. Pero en ella se desarrolla, de verdad, una de las más firmes inteligencias de la enciclopedia. Espejo vive en el siglo XVIII y se pertenece íntegramente a su espíritu.

¿Cuáles son las figuras representativas de la época en España? Feijóo y el Padre Isla. De ambas sabe tomar la más rica esencia de pensamientos y realizaciones. Para el conjunto de su obra no quedaría deslizado el nombre que Feijóo quiso inscribir en el frontispicio de la suya: Teatro Crítico Universal. Tendencia más discursiva la de Espejo, pero no por eso curiosidad menos vasta, ojo menos alertado. Del Nuevo Luciano a La Ciencia Blan-cardina, en ese viaje sagaz que desde la treintena se tiende hacia la edad de morir en la cruz o de amar en la tierra, se manifiesta, de preferencia, el literato:

revisión de los métodos de estudiar, retoricismo, disquisiciones estéticas. Después, la Defensa de los curas de Riobamba, en las formas dialécticas del legalista; las Representaciones por su prisión, las picantes Cartas Riobambenses y su libro del médico y el higienista: las Reflexiones acerca de las viruelas. En la cuarentena las Primicias de la Cultura de Quito, el Voto de un Ministro togado, la Segunda Carta Teológica y derramándose, desde el 779 hasta cerca de las vísperas de su fallecimiento, la facundia del sermonario cuyas manifestaciones corresponden a los años 93 y 94.

Feijóo, observante fino del suceso trascendental, descubriéndole en donde quiera que se hallase, (universalismo), gustó de elevarlo al plano de la contemplación, al teatro, examinándolo y recomendándolo sobre todo a la vida del conocimiento. Espectáculo y crítica. Acción y crítica. Hecho y juicio. Suceso e interpretación.

Espejo consigue, más bien, universalizar el localismo. No se ha propuesto llegar a ese fin, pero a él se ha dejado conducir por su divagar comparativo. Parece que del suceso de la plaza colonial se fuera al de la grande y moderna ciudad que lo tiene igual, pero de categoría. De nuestros literatos del siglo XVIII a los españoles y de estos a los griegos y romanos. Del galán criollo al retrato de Adonis.

El Padre Benito Jerónimo Feijóo y Montenegro merecería, por su múltiple gracia, el dictado de uno de los precursores del ensayo, pues que su talento vario no es propiamente el de la absorción compleja del tratadista. Así Espejo en muchísimas de sus páginas. Sería curiosa tarea la de extraer de ellas la oruga inquieta del ensayista. Principio inmemorial del género y biológicamente, entretanto al que hubieron de rendirse casi todos los escritores interesados en la persecución dramática de la época. ¿No dice Gómez de Baquero que las raíces del ensayo demoran en la tradición del moralismo y la didáctica, no señala al cordobés Séneca como a uno de los anunciadores del ensayo, no explica como aquel breve capullo de ideaciones y realidades, de paisajes y juicios, de figuras y sucesos, viaja de las fronteras de la didáctica a las de la poesía?

El Padre Feijóo, galicado en la dicción y en el pensamiento (hasta se le llamó Voltaire), llevaba consigo el alma del siglo. Espejo, pese a la distancia y al aislamiento, tomó de él todo lo que pudo. No ignoraba a los escritores franceses y, al contrario, sabíamente imbuído de las doctrinas del filosofismo las cuales le sirvieron como de incitante para el atrevido plan de libertar a las colonias de América.

La posición de nuestro Espejo también es semejante a la del jesuita José Francisco Isla. No da, como él, en la madurez de una novela clásica,

pero juega con los personajes y ridiculiza a los oradores. Sancho de Escobar y Ramón de Yépez son los Gerundios de sus críticos obstinados. Sus personajes se mueven, alguna vez, como en el tejido accionante de la novela, pero es difícil dar con ellos en el paso vivaz. Hay que buscarlos entre la frase frondosa. No así en el Fray Gerundio de Campazas. Pero del libro de Isla se habría borrado sin recelo el nombre de novela, pudiéndose aplicarle muy bien el concepto de **Andrenio** acerca de los personajes de aquella que nos dan la impresión de hallarse en tránsito hacia el ensayo, en "donde el diálogo es el vehículo de las ideas y las figuras son apoderados o procuradores de los pensamientos" (1). En el Fray Gerundio hallaríamos más que un hecho novelístico, un núcleo crítico extraordinariamente animado por la figura del Predicador. En los diálogos de Espejo las figuras vitales quieren formarlo y cuando surge la preocupación de que ha comenzado el episodio, el análisis riente o raramente grave se ocupa de desviarlo. Figuras, e históricas por añadidura, las de Mera, Murillo y Blancardo, las de Juan Papeles o de Madamita Monteverde, pero más que pasajeras o grávidas en el sitio del romance, impulsadoras de las ideas o de los juicios.

(1) Eduardo Gómez de Baquero: El ensayo y los ensayistas españoles contemporáneos.

E L C R I S T A L I N D I G E N A

No sabemos de otro escritor más próximo de las Colonias de América que hubiese, con presteza igual, comprendido y realizado las ideas del Siglo XVIII. Góngora llega a los lares nuestros con un siglo de retraso, aun cuando rebrille, sublimándose, en la trasposición ingeniosa de nuestro Padre Aguirre. Pero Feijóo e Isla se hallan con Espejo casi en espacio simultáneo. Y Voltaire también. Lector incontinente y cartógrafo de las geografías espirituales, cuando no conocía bien la faz de una idea se contentaba con adivinarla.

9

EN 1781 habían circulado algunas copias manuscritas del **Retrato de Golilla**, pero sólo 6 años después se hará valer como capítulo de acusación concreta para Espejo aquella “sátira violenta” que le abriría el camino de un extrañamiento, guiándole hacia la fructífera amistad de Nariño.

El señor Muñoz Vernaza señala las dos partes de las cuales se componía El Golilla: la primera contra el Monarca español Carlos III, despectivamente llamado “Rey de Barajas” y la segunda cuajada de “donaires amargos” para Dn. José Gálvez, Marqués de la Sonora, Ministro Universal de Indias, y llena de dudosas alusiones o de referencias precisas acerca de su honor y el de su familia. “Se aplaudía—dice el Sr. Muñoz Vernaza—el levantamiento que surgió entonces de los indios del Cuzco, encabezado por el Inca Tupac Amaru y

Catari, con cuya guerra se le amenazaba al señor Ministro y a los Visitadores Regios, manifestando que la rebelión era justa por cuanto sus promotores no hacían otra cosa que recobrar sus antiguos y legítimos derechos."

Las cuartillas de El Golilla, encontradas entre los papeles de Espejo cuando su segunda prisión y cuya paternidad negara repetidamente, han servido sólo para hipotéticas deducciones, sin que se haya escrito la última palabra acerca de las décimas intencionadas y sangrientas. Cree el señor Muñoz Vernaza que la primera parte y algo de la segunda correspondieron a un poeta francés y los últimos versos a Espejo, y don Isaac J. Barrera opina que aquel singular retrato obedeció quizá al ingenio de un español, alcanzando una circulación miedosa pero continuada.

Mas para entonces habíase afirmado el prestigio satírico del doctor Espejo y no se ponía en duda su tendencia anonimista. En todas las hojas que viajaban con clandestina impaciencia se creía ver su letra demoledora y se le acusaba de su vagar nocturno, sobrecogido, con el objeto de colocar en los sitios visibles de la ciudad papeles tiznados de injuria contra las personas más notables de Quito.

Estaba echada la suerte y en vano se disculparía más tarde con el tono serio de varios de sus

EL CRISTAL INDIGENA

escritos, con la tenacidad laudatoria de las dedicatorias de sus libros y con la defensa de sus representaciones. El ácido polémico diluiría aún los párrafos en los cuales trató, guiado por sus mejores libros, de contornear la forma, de la belleza. Pero si de sus páginas no pudo surgir la difícil concepción de lo sublime, en cambio el encuentro natural de la gracia se le venía por el imán de su sonrisa, juvenalesca en muchas veces y no solo alusiva, sino de clara longitud, como la de Aristófanes. Privado de la voluntad del coturno, Espejo no querrá dar altitud a sus figuras. No las encontrará dignas del pavés griego o no intentará buscarlas, y por eso, hasta en los momentos en los cuales hable de sí mismo, dejará deslizar el signo de la duda, traerá tal cual pincelada de sombra, deformará una línea, caricaturizará, aun cuando sea para marcharse, pesaroso y contradictorio, por ese no poder separar de sus cuadros y de sus pliegos, el tacto irónico, la risa en la cual parece revertirse un sollozo contenido.

Y es que en el fondo del humorista hay casi siempre un romántico degollado y en la línea de agudeces de la caricatura se afila el ángulo de la nariz que suspira.

El Golilla se nos antoja cierta gesta regocijada y nueva. ¿Hay algún problemático Turoldo en la génesis de las décimas, como lo hubo, de raíces



influyentes, en la propia gesta española? Quizá humor francés y gracejo hispano, completados por el ingenio indígena que pudo darse a la tarea de la paráfrasis o al gusto calcador y sin embargo renovado del parodista.

Vida engolada la de entonces. Gola de encaje, como en símbolo, si no frecuente, por lo menos no raro del cuello hinchado y vistoso del pavo real. Pero si los golillas no han desaparecido por completo, acrece, en cambio, la generación de los anónimistas, y estos sí de pluma ignara y basta.

Espejo alumbraría las Décimas, si en verdad las adoptó para uno de sus desahogos, con las lucecillas que fue descubriendo en su recorrer constante de los tiempos y, sin duda, en su obstinación aparentemente destructora, estaría levantándose su deseo de un futuro más feliz para las antiguas comarcas del Inca. ¿Quería libertar para libertarse? ¿Enseñando la fealdad ajena se proponía señalar su propia belleza, la de su espíritu?... En un día confesó que alguna de sus mejores aspiraciones fue la de confiar a otro cuaderno suyo la Historia de la Ignorancia que habría sido el ensayo del sapiente modesto en plano superior al de la vaciedad circundante. Allí cantarí­a la frase, queriendo revestirse de firmeza para volver al cabo a la definición socrática, resignadamente nihilista.

* * *

1783. El Presidente y Consejero de Indias, don José León y Pizarro designa al doctor Espejo para el cargo de Médico del grupo expedicionario que debía marchar al Marañón con el objeto de levantar la Carta Geográfica limítrofe entre las posesiones portuguesas y las españolas. El Comisario Requena llegó hasta esos lugares ribereños y de su trabajo existe la carta primitiva de nuestro territorio, pero el escritor quiteño buscó fácil evasiva, saliendo de esta ciudad, en la alta noche.

No se le ocultaría el pretexto de esa designación, pues ya se le acusaba, siquiera verbalmente, de propalador de injurias contra las autoridades y de mezclarse, según González Suárez, en el atónito concurso que solía leer los papeles fijados por él mismo para que se le supusiera extraño a ellos y más bien sorprendido de hallarlos.

Espejo ha referido las circunstancias de su prisión por este motivo, después de libradas las requisitorias legales. Aquí se le prende uno de sus primeros y más hondos desencantos, y, en palabra suya, es entregado como Jesucristo por un nuevo Judas que se decía su amigo, Vallejo, cuyo nombre ha de ser, desde entonces, incluido entre los de quienes sembraron de asperezas el camino del escritor.

Vallejo indagó, con aparente interés, por el pa-

radero de Espejó y recibió una carta suya, de confidencia amical, de la Villa de Riobamba. Espejo, despreocupado, recorría las calles de la ciudad y no trataba de ocultar su residencia "en la casa del Vicario Juez Eclesiástico". Por la presencia de su espíritu o la paz de su conciencia, añade enfáticamente el autor de la Defensa de los Curas de Riobamba, no le apresaría el Corregidor de Guano, poseedor de esta orden. Pero una noche se presentó el mismísimo Vallejo con la instancia de que saliera a ver a un clérigo enfermo, dejándole, con ladino engaño, en las manos judiciales de Manuel Pontón.

Vallejo habíase valido de la carta para indicar su paradero al Corregidor de Guano y de la primera de sus prisiones pudo librarle la intervención del Betlemita Fray José del Rosario.

Mas, en sucesiva progresión de análisis y sobresalto, continuaría en el trabajo de su temperamento y más tarde se le han de acumular nuevas causas, como la de la atribución del Golilla. La de la edad de su aparición será una de las más poderosas razones que se aduzcan para la defensa de Espejo (1). Pero la sátira, continuada o no por él

(1) Tardía acusación dirá cuando en 1787 sea encontrada la sátira en poder de una persona "que suprimió, por conmiseración, todas aquellas partes que podían perjudicar al procesado y la entregó diminuta al Juez de la causa".— Muñoz Vernaza.

E L C R I S T A L I N D I G E N A

en otro tiempo, parafraseada a su sabor o duplicada en ocioso trabajo de algún escribiente renegado, se unirá tan profundamente al destino del polígrafo quiteño que ha de perseguirla, como la luz mala, proyectándose en todos y en cada uno de sus pasos.

10

DESPUES de las **Reflexiones acerca de las vi-
ruelas**, en las cuales al paso de la disquisición
médica, de la cita de autoridades en los campos
de la investigación sabia, iba sembrando frases dis-
plicentes o duras para los médicos de Quito, debía
crecer, con tumultuoso carácter, una ola de resis-
tencia que le impulsaría definitivamente fuera de
los límites de la Patria.

En la Defensa de los Curas de Riobamba y en
las Representaciones por su prisión, hay datos
múltiples acerca de los que fueron, en su concepto,
autores o instigadores de su persecución: Dar-
quea, León, Vallejo, Barreto. Para el espinoso
cuadrilátero, con la parca salvedad de Darquea,
sujeta a cierta duda metódica, tiene frases de ca-
lificativo violento. Vallejo, el hipócrita pesquiza
de 1783 es para el doctor Espejo un envenenador,

y no sólo que fuga, con traza judaica, al lado del Corregidor de Guano, si no que quiere destruir al médico quiteño con el propio brevaje de su conocimiento: el tóxico.

El Presidente Villalengua y Marfil, insinúa al autor de las Reflexiones, como en recurso de conciliación, el abandono de la ciudad en donde había tanto zarzal quemado con su fuego.

Los médicos y los padres betlemitas heridos en las Reflexiones, y, esquivándose, pero con intención apoyadora, los literatos tocados en El Luciano, cooperarán en esta nueva empresa represiva.

Espejo salió de esta ciudad con ilusionado itinerario. Se iría a Lima como llegó a decir a Villalengua. En la carpeta de sus propósitos se dispondrían los planes rejuvenecidos y el mapa de las andanzas. Hacia Lima, tal vez hacia Cajamarca para resucitar el pulso del abuelo, por evocaciones filiales, en la piedra del monumento pulida por el padre de Luis Espejo, a discurrir entre la arquitectura del Cuzco, a verse como desde la cepa, desde los orígenes, cuando se sentía venir indio, pobre, pero fuerte para el camino que ha de hacerse a ojo enjuto, sin lágrima.

Pero Espejo no conocería, sobre el dorso del mar, ni el rumbo del velero, desorientado con avance. Fáltóle el sonido multilocuo de la inmensidad. ¡Cómo se hubiera impreso en su corazón

apretado de sufrimiento un rumbo de regreso y de vastedad! Si no le fue dado ver el color marino y sólo presintiéndole, le invade a veces cierta tentación viajera como si se deslizara sobre el azul grumete de un tono oceánico diluído, hasta sin sentir el remolino de nueva Caribdis, aplacado y tranquilo, buscando el asidero de una isla de paz. Mas cuando vuelve de la breve fuga, la dureza de los caminos de tierra le ponen en su habitual acecho, sabe de la carretera prieta limitada por el paisaje y quisiera pasar, deteniéndose. Y así al iniciarse el saboreo de la fruta de la primera estación, su vida sin pausa le obliga a pensar en nuevo jalón de aventura.

* * *

Ambato, Riobamba. Esta es la época de la "Defensa de los curas de Riobamba" (1786) y de las "Cartas Riobambenses" (1787). Suspenso el itinerario marítimo quedaríase en nuestro campo de sierra, con la voluntad mensuradora de la pobreza indígena y el descubrimiento de los tipos y caracteres de nuestros pueblos de la cordillera. Y entonces, como nunca, su ingenio dúplice ha de lucir sus mejores argumentos en defensa que se

dijera contraria a las ideas por las cuales trabajara con empeñado impulso y mostrándose libertario como ninguno y reivindicador de los derechos de los indios. Se ha dicho que recibió en pago de aquel alegato, un barril de vino, como antaño los poetas españoles y hasta el puro alejandrino Berceo quisieron reclamar, para el final de sus cantos, el vaso de "bon vino".

¿Conciencia de que correspondía la justicia a la causa de los curas de Riobamba? ¿Pasión de manchar cuartillas prestando su rasgo veloz a los asuntos más diversos con el goce de conocerlos y discutirlos? ¿Plan de alguna contrarréplica más efectiva y dominadora? La verdad es que en la "Representación de los curas de Riobamba, aparece, sobre la cuidada lógica del legista, la maña superior del polémico que no encontró en el tardo rumbo del siglo la respuesta escrita para contradecir. Pero al dejarse sorprender la faz del abogado atisbando por detrás de las páginas de aquel infolio (1), en ese como en las breves **Cartas Riobambenses**, centellea el propósito de un dramatismo que si se presenta cruel en la Defensa, toma en las Cartas un aspecto de calma casi cínica que pudie-

(1) "Consta que durante algunos años ejerció la Abogacía en el despacho del doctor Ramón Yépez". González Suárez: Los manuscritos de las obras de Espejo. Tomo I. Pág. LXVIII.

ra distraer al lector de esas misivas. Parece que la frase bastante aligerada de las Cartas fuera un gracioso eslabón en el cual la ironía se mantiene sin huella de ligamen. Pero nos place, más que todo, la intención recta que consiguió darlas en contrario afán, el escritor que llegaba, en juegos peligrosos a las severidades más inocentes.

En la "Representación de los Curas de Riobamba hecha a la Real Audiencia de Quito para impedir la fé que se había dado a un informe que contra ellos produjo don Ignacio Barreto", más que en el impulso de la defensa, más que en el cumplimiento de su deber de jurista improvisado, encontramos la pluma privada por extraer de las pequeñas heroicidades de provincia el rasgo cómico y, especialmente, el punto del resentimiento que no se quedaba en esa reabsorción piadosa, a veces cumbre de desprecio superior, sino que se movía, más bien, dando amplitudes a su desahogo.

El informe de Barreto, Comisionado principal de la Real cobranza de Tributos, se refería a las fiestas de indios, obligadas por los curas, a las contribuciones que percibían los eclesiásticos y a esa especie de monopolio que pudieron hacer de las rentas públicas, hasta el punto de que se creyera que una gran parte de la riqueza colectiva se hallaba en las arcas religiosas por la virtud de reclamos conocidos y en esta vez delatados.

La Defensa es ensañada, vengativa, cerrada en grandes períodos retóricos, florecida de lógica, aristada de repentinos entusiasmos.

En seis motivos se presenta la figura moral del Alcalde don Ignacio Barreto y la de su amigo inseparable, el Licenciado José Miguel Vallejo, como antecedente destructor para el análisis, en treinta y cuatro reflexiones, del informe motivo de la Defensa. Los curas eran parcos en la cobranza de los impuestos. Los curas no fatigaban económicamente a los indios. ¿Cómo había de permitirse por antojadizo documento “la ruina de sus pequeños intereses y de su plausible reputación”? (1) Y, luego, ¿quién era Barreto? Espejo nos lo presenta como al seductor relajado, negociante sin escrúpulos y calculador mendaz.

Primero el cobrador avaro y después el de las andanzas mujeriles en una serie de conquistas vedadas y de caídas públicas: Ramona Vícuña, “ya difunta”, cuyo escaso caudal dilapidó en “desahogos deshonestos”; Micaela Cosío, mujer de rango por la cual perturbará hasta el exceso la paz del cónyuge prudente; esa perdida y popular Achogcha que pudo ser otra de sus mínimas cobranzas; la pintoresca Laura, traída y llevada de Quito a Ibarra y doña María de Chiriboga y Villavicen-

(1) Espejo: *Eseritos*.— Tomo III. Pág. 5.

cio que hubo de seguirle de pueblo en pueblo, "manifestándose en público" y "presentándose en fiestas y corridas de toros" (1). Barreto se perfila trágicamente en las primeras páginas de la Defensa. Porque no es un noble galanteador ni un caballero de pulidos modales. Viaja del negocio de bayetas de Guano a los brazos morenos de Achogcha y se vale de sus profusos intereses de prestamista para un asedio a las señoritas más encopetadas de la Villa. Aquel sensual confinado en Guanando, una mezcla extraña de Mefistófeles y de don Juan, de Tartufe y de Menteur, será flagelado por los curas de Riobamba en más de un centenar de hojas que se abren hoy para verse como patinadas por el color del encono antiguo y para figurarse la estatura que tendría ese perseguidor incansable del dinero y de las mujeres, con vehemencias de Alguacil y sutilidades de Alcalde.

Hablan los curas del odio de Barreto para los eclesiásticos y de su amistad con el Licenciado Vallejo en cuya vida íntima se penetra con igual minuciosidad moralista, refiriéndose picantes anécdotas de su "abarraganada" existencia, de su murmuración y picardía, para que cayera al cabo, so-

(1) Espejo: Escritos: Tomo III. Pág. 13.

bre el texto del informe, párrafo por párrafo, el análisis de las reflexiones.

Allí se desenvuelve el verdadero tono de la réplica, matizado de citas eclesiásticas y hasta de reflexiones que se dijera ascéticas, en medio de las cuales parece brillantarse la inocencia y el pauperismo de los curas, su desprendimiento y su piedad y su actitud de misioneros evangélicos, al lado de la fiesta congénita de los indios, encendida en la llama de ópalo del aguardiente y sofocada en el oro licuado de la chicha....

Esta parte de las memorias pudiera considerarse, además, como un noticiario, si no sistemático al menos útil en su desarreglo, de las costumbres indígenas de la época y de su organización en todos los aspectos que llamaríamos civiles, dando a la frase cierto equívoco triste (1).

Espejo atacaba a sus indios en la palabra de los curas y la esencia de las reflexiones consiste, precisamente, en atribuir a una condición inseparable de aquellos, la mayor parte de sus características indisciplinadas y defectuosas. El fatalismo indígena, la superstición, el abatido dolor que se lleva como la esteva monótona en los días del labo-

(1) En los últimos números ha escrito Espejo una memoria perspicaz, si bien incompleta, acerca de la agricultura colonial.

EL CRISTAL INDIGENA

reo y el enardecimiento de la borrachera que se pronuncia en el grito de alegría bárbara.... Así, en vestidura de abogado, estará contra sus hermanos de la tierra dura. ¿No se le quebraría, en el fondo, la verdad de sus determinaciones? Pero ha de reaccionar el contradictorio y al paso de su texto apretado, al término de cada reflexión, a pesar de que la vista de los curas se diese por satisfecha del cuadro reconstruido con ambiciones de defensa, descubriremos la vida de los obrajes, la fiesta repetida e incesante en las luminarias y la pólvora creadora de nebuloso aturdimiento, la posición genuflexa del concierto, la dicha falsa del huasipongo, las aves de los indios volando hacia el arca de Noé y sus panes en ofertorio para las almas de los difuntos, el giro del danzante en loco remolino de un colorido que le costaría el salario de todo el año y el ponderoso tributo de la mita sobre la cabeza del mitayo....

11

PARA varios de los lectores del doctor Espejo es María Chiriboga y Villavicencio la que regresa en las **Cartas Riobambenses**. Giro de presteza el de las misivas escritas en la villa pacífica e insinuación de un aparte de novela que se continuaría en otros desenvolvimientos, de tomarse desde el comienzo la relación de los personajes y seguirles en su existencia que aquí aparece truncada o en breves apariciones. Pero siempre el propósito encubridor, el intento escabullido de la semi-luz, el decurso mudadizo. Quienes son la Manuela de las Cartas y el Juan Pérez y Covarrubias para el cual estuvieron destinados esos pliegos de sugestividad escondida? Se marcan con títulos de amable disertación y varían en algo, desde su rótulo primitivo hasta el desenlace inesperado: "Sobre la nobleza del pensamiento, sobre mi causa escanda-

losa, sobre el tumulto contra mi bulto, sobre los cuidados de mi Juan Pérez, sobre las pasiones bien ordenadas de mi Juan, sobre lo que se va a leer, sobre mi inocencia oprimida....”

Aquellas se referían, ciertamente, a una defensa figurada de la dama cuya reputación pudo ser herida en la Defensa de los Curas de Riobamba, pero su vaivén tornátil da más bien en el brío de la mujer animosa para quien no existen los prejuicios y ama, de verdad, al amor, sin el velo discreto que cubriría los mármoles venusinos en los museos de vigilancia metódica....

“Nos morimos por los guapos —dice Madamita Monteverde— y así, a un hombre que enristre con vigor la lanza, que tome una cuerda y la ponga con destreza sobre la media luna eclipsada de un toro, que sea membrudo, ancho de espaldas, fuerte de bigotes, esforzado de ojos, tieso al andar, más tieso al escupir, bien nutrido con cecina, entre montañés y castellano viejo, y que piense noblemente, a uno de estos, digo, le meto en lo más íntimo de mis entrañas, quiérollo como a mi misma, peno, lloro y muero por él” (1). Fortaleza “en el corazón y en las pasiones”, admira en don Juan pensándolo como al de Mañara o Timoneña con empuje suficiente para “hablar satisfecho y ento-

(1) Espejo: Escritos. Tomo I. Pág. 107.

nado, advirtiendo al enemigo los golpes que se le preparan para no herirle desprevenido" (1).

El presente sáfico, capitoso y resuelto, acaba por enardecer a la que busca en las cartas la confesión desahogada o el simple curso de sus envíos amorosos. "Nos hemos tratado con la mayor coherencia y amistad"— dice a Juan Pérez, hablando de Vargas y añade que en Riobamba, porque las costumbres "están todavía a la romana" se tienen por pecados, por deshonor y por causa escandalosa "un momento de pasear, de beber, de comer, de reír y de dormir alegremente". Madama es una mujer asequible y ha de satisfacer, siquiera con leve simpatía, a quienes se sacan el sombrero a su presencia y asustadizos y obsequiosos se delatan en el nacimiento de un fuego de no apagarse....

Manuelita se refiere a Madama Monteverde y quiere excusarse de su amistad con Vargas, en anticipación de otras melindrosas delaciones Mujeres de pro que casi se confunden en el rumbo de las Cartas y tan de fuga sobre la desértica modosidad del siglo, que hoy mismo se vinieran, modernas y casi triunfantes, abandonando el miriñaque, para decirnos, como Manuelita, que "más vale un pedazo de vida amable, que la de Matusalem si ha de ser seria" (2).

(1) Escritos. Tomo I. Pág. 108.

(2) Obra citada. Pág. 114.

Repítese, como en un ritornello, la queja de la "inocencia oprimida" y en concurrencia de disculpas, se plantea en letra de mujer, el episodio de la varonilidad, ese sí corriente y exculpado. "Ella sería fina, torneada, halagüeña y con voz quebrada y amable— comienza Manuela.— Sí, señorita, dijeras, quien no ciega al resplandor de estos ojos; quien no arde en las ascuas de su boca; quien no se derrite, derrama y perece en la ceniza caliente de la nieve de tus carnes" (1).

A la franca Manuelita no han de conceder el reposo. Con catalejo de intuición han penetrado hasta sus sueños de alcoba, a pesar de que ella solía dormir "con toda libertad, extendiendo bien el cuerpo como si fuese soltera", y así la heroína de amoroso combate, para consolarse en el hostil bullicio, dirá como liberada: "Debo ser muy amable y muy hermosa, pues me persigue la fortuna por todas partes. La Habana no se tomó por los ingleses con tanto furor. Estoy sitiada, los castillos tomados, las banderas por tierra, la ciudadela ganada" (2). Mas la típica forma del regreso se marca en sus palabras sucedáneas. Está cierta de que no tiene enemigos que no sean otros que los que trataban de sitiar su propia hermosura y hasta se nos ocurre que Manuela callara, distraidamente, la his-

(1) Obra citada. Pág. 114.

(2) Obra citada. Pág. 116.

toria de la cólera en retirada de los que no fueron capaces de llegarse, provocativos, hasta las almenas de su gracia.... En los cuidados de su Juan Pérez ha hilado, en pronta rueca narrativa, la complaciente libertad del varón y al fin la maliciosa, la de ceremonias y confidencias epistolares, al dirigirse a su petrimetre como fatigada de la charla y convencida de su copiosidad, le dice en remate explosivo: "Sabe mi precioso Juan que las mujeres reventamos si algo se nos queda adentro.... (1)

* * *

Cuadros de grande vivacidad los de las **Cartas**. De su antinomia varia no se supiera como ha salido Manuela, si vencedora o vencida. Pero nos la figuramos, rubia y sensual, en contraluz de atribuciones pecaminosas y de resueltas defensas. Aquí ha disertado Espejo con indistinto goce acerca de los escarceos del amor y como lo quisieron los novelistas, se ha valido de las confidencias de mujer. Penetración, en todo caso, de los secretos de aquella con el fin de retratarla en sus ademanes. Para la espectación circundante la Manuelita de las Cartas resbalaría en distancia proclive, pero él mismo había de cuidarse de la exclamación com-

(1) Obra citada. Pág. 123.

plementaria: "Estos herejes, bien se ve que no saben lo que es virtud y por eso son tan rígidos y la pintan áspera, desapacible y cruel. Con razón hay tan pocos que la sigan" (1).

Mas, las cláusulas afiladas de la Defensa y de las Cartas habían de volverse, al término, contra esa armadura de obsidiana de su corazón a la vez oscuro y reluciente. Manuela defendida y acusada; Juan Pérez y Covarrubias, festejado y atraído por amorosos reclamos; Juan Papeles, una figura de literato en la cual se han creído ver algunos perfiles de sí mismo....

* * *

No sería don Juan Pérez y Covarrubias el prototipo del amador de Espejo, ni menos el incansable Barreto. La vivisección de las almas de los otros servíale como de ensayo para el estudio que haría de la suya. Ni doña María, libre y ddivosa, ni el regazo común de Achogcha.... Así hubo de pasarse el de la pura estirpe bronceada en una grave y burlona errabundez de chapetón, templando con el calor de su plática, con el fuego de su in-

(1) Obra citada. Pág. 138.

ventiva, la frígida estancia de la villa que se corona con las nobles canas del Chimborazo.

Le veríamos, en Quito, buscando la caricia de la mujer o en espera de la tentadora llegada. En vaivén de fugacidades quizá se le habría revelado la perfección condicional de lo humano. Pero no se desparramó para contenerse. Acaso, en la alta noche solo la partida lúgubre de la lechuza rasgó en el aire el sincronismo de una de sus marchas de desengaño. Al abrirse la portezuela de alguna casa de San Roque, el ala de su capa y el perfil violento de su faz se confundirían con la tiniebla. Y no es que se tratara de una visita médica ni de un trato de conspirador. Sus memorias se confunden con el múltiplo desigual de sus visiones. Imposible separarlas por completo. Por eso no sabemos si alguna criollita batiría para él, en la jícara familiar, el chocolate de las doce....

12

EN creciente incontenible la animadversión de los betlemitas y de los médicos influyó en el ánimo de Villalengua para que recordara a Espejo de su proyecto de viaje al Perú y su demora en las ciudades del centro, aun cuando en el Presidente existiera alguna intención de apoyo al llamarle a esta ciudad cuando tuviese "proporción para ello, por convenir su venida a diferentes asuntos interesantes al público".

Pero la sindicación cayó de nuevo sobre su destino de perseguido. Era el autor del Retrato de Golilla, y Villalengua ordenó su prisión. Ardidos estarían el fácil corazón de doña María y la entraña codiciosa de Barreto. Y el padre José del Rosario y los literatos...

En setiembre de 1887 fue detenido en Riobamba por Mazorra, el Corregidor de Latacunga, cé-

lebre por sus arriesgadas pesquisas y por la seguridad fría y cumplidora con la cual ajustaba el grillo, interpretando, con rectitud jamás contradicha, hasta la última letra de la consigna (1). Entonces se halló, entre sus papeles, el Retrato de Golilla "en cuatro fojas manuscritas". ¿Escritas antes y denunciadas después? Espejo se defenderá con una de sus ligeras artimañas dando razón al tiempo y a la lentitud de los encuentros.

El viaje a Quito y la cárcel. En ella escribiría sus Representaciones ante el Rey, sincerándose y defendiéndose. Y otra vez las sombras de sus enemigos se alzarían en sus evocaciones.

El Presidente Villalengua, lento y calmoso, con ciertas severidades de Gobierno atemperadas por una paternal vacilación, no quiso secar a Espejo detrás de los muros de la cárcel, y resolvió extrañarle, enviándole a Bogotá, con el objeto de que el Virrey resolviera de su causa. "Atroz, sangrienta y sediciosa sátira", denomina a la del Retrato de Golilla, añadiendo que cualquier Tribunal de Europa tendría lo bastante para encerrar a su autor en un castillo de por vida. Pero Villalengua se excusa de aplicar la pena, no obstante

(1) El Sr. González Suárez observa que la prisión se hizo en Latacunga. Los señores Barrera y doctor Viteri Lafronte, señalan la ciudad de Riobamba.

su conocimiento de la justicia de una sanción, por cuanto estima que resultarían cómplices "muchos sujetos de clase distinguida, amigos correspondientes y confidentes de Espejo", lo cual ocasionaría en la provincia "un incendio difícil de apagar" (1).

Para su juicio en Bogotá "como reo de Estado, libelista famoso y perturbador de la paz pública", cumplido su breve encarcelamiento, en noviembre de 1787, emprendió en ese viaje de obligación y de premura, pues que se le había impuesto un destierro de dos años.

No sabemos qué pensamiento amanecería en su tema viajero al abandonar la línea fronteriza y hacerse al camino por la soledad de Ipiales en donde la esperanza del exilio suele fingir el distendido horizonte de las nubes verdes. Bulliría en su mente el esquema numeroso de algún libro que no llegó a escribir, e iríase, de venta en venta, dando al azar del huésped el aliciente de la llegada.

Trecho de tierra para quien hubiera deseado el rompiente gigantesco del mar. En Popayán, el atisbo, detrás de la quieta ventanilla de reja española, de dos ojos azules, nietos propios de los de una abuela castellana. El valle caucano de ilímite

(1) Carta de Villalengua al Virrey Gil y Lemos.

distancia para el potro asustadizo. Kilómetros y kilómetros.

Y en una mañana, después de muchas jornadas, Santa Fé de Bogotá (1788).

* * *

En la ciudad virreinal se fortalece una de las amistades más influyentes en la vida de Espejo: la de don Antonio Nariño, consagrado como el Precursor de la libertad americana. Sin prueba ilusiva bien se puede reconocer en nuestro compatriota un ascendiente poderoso en los trabajos del prócer colombiano. Espejo era un hombre de cuarenta y dos años y el joven Nariño estaba en viaje, apenas, hacia el primer meridiano de los treintas, loado por Fernando González en agrídulces páginas. Nariño comprendió de inmediato a nuestro Espejo que se volvía denso de conciencia. La conversación se mantendría en los mejores límites de un intercambio que se tiende en firmes paralelas y que, sombreado de simpatías, no trepida en su deseo de avanzar. Y al lado de Espejo y de Nariño, Zea. ¿Cuántas de las ideas que preocupaban a Nariño no serían acicateadas e impulsadas por el doctor Francisco Javier Eugenio de Santa Cruz y Espejo? Ambos profundizaban en la idea de la transformación francesa. No se trata-

ría de una amistad de peripato, pero es de creerse que la plática de Espejo removió en el joven colombiano los anhelos que frutecieron después en el mundo gran colombino. Nariño tradujo, en 1792 la **Declaración de los Derechos del Hombre**, tres años antes de que nuestro indio cayera, sin sospecharlo, en el duro regazo carcelero, para salir, casi desfalleciente, hacia el pobre lecho que debía recibir su cuerpo para la distención sin latido. Entre los libros libertarios que se alineaban, como en escuadra de vanguardia, en la estantería del Precursor colombiano, se halló un ejemplar del Discurso de Espejo dirigido a los quiteños, invitándoles a formar la Escuela de la Concordia...

* * *

Una sola luz de fraternidades ciertas clarea en la vida de Espejo: el Marqués de Selva Alegre, don Juan Pío Montúfar. No hay línea de asperezas diferenciales en el convivio de estos dos personajes. Espejo aparecido por el desdeñado callejón del indigenismo y el Marqués, azuleado de genealogías, dorado de heráldicas, escoltado de pergaminos. Pero esa selva alegre llega hacia esa otra selva que se dijera oscura no obstante la curiosi-

dad despejadora del zapador que por ella transi-
taba. Espejo deja correr de su pluma el elogio en-
trañable del Marqués, "ese joven más ilustre por
sus virtudes patrióticas que por el esplendor de su
cuna". Menor que él con más de una decena de
años, estuvo a su lado, lo expresa él mismo, desde
su niñez, honrándole con su amistad. El Marqués
ostentaba, sin vanidad, la fisonomía de su aristo-
cracia: rostro enmarcado por una melena que le
caía discretamente hasta los hombros; frente lim-
pia y quieta sin los surcos pronunciados de la con-
tracción dolorosa y severa; ojos tranquilos, claros,
expresivos, leales; nariz de línea aguileña; boca
de apretura franca; mentón ligeramente redondea-
do. Para el retrato físico el anímico. El Marqués
fue noble de veras. Su voluntad de oyente se in-
clinó al rumor lento de las semillas aborígenes y
en la tierra removida por Espejo dejó caer, más
tarde, el sudor fructífero de su sangre que se hu-
biera podido oxigenar, en complacida quietud, con
los aires alegres de la selva del linaje próspero.
De la tranquilidad de su carisma volvió los ojos
hacia el mundo de Colonia, menesteroso de ampli-
tudes nuevas y fue, con la gentileza de sus dos es-
taturas, la del cuerpo y la del ánimo, uno de los
continuadores más eficaces de las ideas del anun-
ciador. Está en primera línea en el movimiento
de 1809 y el voto de sus compañeros le unje con

la elección para Presidente de la Junta de Gobierno de Quito.

* * *

En 1789 el Marqués de Selva Alegre llega a la ciudad de Santa Fé de Bogotá, por sus "negocios particulares", Encuéntrase con Espejo y el calor de sus antiguas correspondencias alcanza mayor vivacidad lejos de la Patria que debió acoger de modo tan distinto al joven de ilustre rama y al indio creador y revoltoso. Con tan grato advenimiento, aplacárase la oscura nostalgia de Espejo, quien llegó casi a creer "que la Patria, lejos de aceptar sus oficios le despedía de su amable seno y proscribía para siempre como arrepentida de haberlo producido"....

Entonces, del mismo fondo de la queja se levanta, por reacción, un empeño ferviente de proselitismo y Espejo y el Marqués plantean la forma de la Escuela de la Concordia para que acercando a los quiteños, invitara a su seno a los hijos de la Nueva Granada. Parécenos esta una anticipación precisa de la Anficciónía bolivariana. No sería entonces el plano del Istmo la sede de la presagiada concordia, sino la quebradiza e historiada ciudad de Quito, cuyo cielo, captador de varios horizon-

tes, es cubierta de la fortaleza y sorpresa del aguacero....

Aquí florece el famoso discurso de Espejo que ha de aguardarse en la más cariñosa antología de Quito y el Marqués, con afecto mecénico, lo saca de las prensas, en vestidura de propagación.... Grande alegría la del indio visionador de la posteridad, al ver esos pliegos impresos.... Ya viajarían, en letra de molde, algunas de sus páginas, con distinta fortuna de la de aquellas que pasaron hasta por sobre la convexidad marina, en manuscrito trabajoso, destinado eso sí a la perpetuidad de los archivos y a la curiosidad de las revisiones.

* * *

Espejo se dirigía a la muy ilustre y muy leal ciudad de Quito, representada por su Cabildo, Justicia y Regimiento, hablando a los quiteños acerca de la necesidad de establecer una Sociedad Patriótica que se llamaría la Escuela de la Concordia. Había, en antes, cultivado igual idea, sin darla aptitud de avance, pero el Marqués la despertó frente al paisaje de Santa Fé, al ordenarse los recuerdos de la Patria, aquilatando su destino: premura del indígena desterrado y afán del noble

criollo que se volvería cuando quisiese a su lar de la inquisición y el lauro germinante.

Espejo quería la concordia porque casi siempre la echó de menos. Concordia formada a imagen de sus adelantados sueños no podría conseguir en el lustro para el cual habíale señalado la vida. Crearía la discordia, destruiría para construir, pero no le aguardaba el reconocimiento de su obra. La Escuela de la Concordia contó, en definitiva, sólo con sus dos socios fundadores: Espejo y el Marqués de Selva Alegre. En otro tiempo alcanzaría realidad el deseo de nuestro compatriota, a partir de los oficiales establecimientos del Rey. Cierto que con su rumbo adivinador, la desviará hacia la concordia revolucionaria, guiándola por el sendero de las **Primicias**, mas no ha de conseguir la organización viva de promesa con la cual fantaseara a la diestra de su amigo el Marqués, en las veladas de Bogotá.

Los quiteños creyeron ver en el ingenio desaforado del doctor Espejo el índice de la discordia. Mas, de acercarse a su conexo sentimiento, se aperibirían de que aun en los módulos de su actitud displicente había madera concordante. Haríase, por lo mismo, con su guiador apoyo, el cónclave formal para la cultura y la liberación de Quito. Así lo creyó el Marqués aproximándose a su bullir incesante. Por lo demás, para la venialidad de

sus intemperancias, el contrapeso de su ideal último debía de ser aceptado como de validez incontestable. Allí estaban el Espejo reflejador y el Marqués de Selva Alegre. Aquel, el discordante descontento o acedado, buscando el sustentáculo de la concordia en ágil columna de nobleza despierta. Ciertamente que buscará con impaciencia el flanco de higienizar o recomponer. Pero su identificación con el bien de la ciudad nativa le fué lealmente concorpórea. Había en su operoso camino espacio para sedar. Sólo el oído del Marqués recogería de su difusa, de su incomprensible profundidad, esa palabra que debió de asombrar al currutaco cuando salía de sus labios desdeñosos en forma de buida discordia, pero con raíz concordante.

13

SIN encontrar bastante justificación para la causa que se le seguía, el Virrey Ezpeleta decretó la libertad del doctor Espejo, concediéndole, por lo mismo, el permiso correspondiente para que regresara a Quito. Los autos se despacharon en marzo de 1789. A fines del propio año se hizo de nuevo al camino y debió llegar a la ciudad de los Shyris a principios de 1790.

Habíase cuajado en su bronce anímico la fuerza de la cuarentena. Todos los datos para la obra futura estaban dispuestos de modo completo, pero ya no perseveraría como en otro tiempo en la grave o traviesa labor, pues su golpe de audacia estaba listo para salir y divulgarse.

En noviembre de 1791 se le concedió el cargo de Bibliotecario Público y para obtenerlo sacó a relucir aquel curioso documento que trata de ates-

tiguar su procedencia ilustre y que campanillea en la sonoridad de sus apellidos.

Allí, en su reposo de bibliotecario le visitaría, súbita, la última prisión de la cual marchó pronto a la Muerte. Cerca de los volúmenes confiscados a los Jesuitas, cerca de los sabios libros que pertenecieron a la Biblioteca de la Universidad de S. Gregorio y a la de Santo Tomás de Aquino, plantearía, para sus nuevas absorciones de saber, el esbozo del próximo libro, de aquel que se aparece en un conjunto perfecto para deslumbrarnos con su llamada. . . . Espejo es el primer bibliotecario público de esta ciudad, como lo es, asimismo, el primer periodista de la República. Doble título de precursor y de realizador (1).

* * *

El 30 de noviembre de 1791 se fundó en Quito la Sociedad Patriótica de Amigos del País, de conformidad con los estatutos organizadores expedidos por el Rey Carlos III, el cual estableció la "Económica de Madrid" y quiso que funcionaran, en las colonias, sociedades análogas, dependientes del Consejo de Castilla, para el fomento y propul-

(1) La Biblioteca se puso al servicio del público en mayo de 1792.

sión de los oficios, de las letras, de las artes, de la agricultura y el comercio.

Espejo habría querido que la Sociedad se formase con la mensura libre que su natural abierto y ambicioso distinguió para la Escuela de la Concordia, en sus inolvidables conversaciones con el Marqués de Selva Alegre. Pero la misma flexibilidad del Monarca, adelantando, sin sentirlo plenamente, el radio de las libertades coloniales, concedió facilidades para la inscripción de los socios que serían todos los que demostrasen voluntad de pertenecer al nuevo organismo y suprimiendo diferencias de "clases y categorías", pidió una directiva incomplicada compuesta de un Director, un Censor, un Secretario, Contador y Tesorero.

He aquí como desde la misma Regencia madrileña comenzaban a darse siquiera las primicias de una legua de tránsito para los colonos impacientes. Sociedad casi democrática la de los Amigos del País que abrió sus puertas en festividad notable, con la concurrencia de las damas más ilustres de la ciudad y de unos dos centenares de obreros, ante los cuales desgranó las frases entusiastas de su discurso invitatorio el Obispo don José Pérez Calama.

En la Sociedad figuraban las siguientes personas: Presidente, don Luis de Guzmán, Presidente de la Audiencia; Director, Ilustrísimo José Pérez Ca-

lama, Obispo de Quito; Subdirector, don Joaquín Estanislao de Andino, Regente del Tribunal; **Secretario, doctor don Francisco Javier Eugenio de Santa Cruz y Espejo**; Tesorero, don Ramón de Aspiazú; Censor, don Ramón Yépez. Socios: Lucas Muñoz y Cubero, Juan Moreno y Avendaño, el Marqués de Villa Orellana, el Marqués de Selva Alegre, Juan Bernardo Delgado y Guzmán, Jerónimo Pizarra, Juan de Larrea, Gabriel Zeintagoya, José Javier Ascázubi, Mariano Maldonado, Pedro Quiñones Cienfuegos, Agustín Martín de Blas, Antonio R. de Tejada, Nicolás Cabezas Merizalde, Francisco Villacís, Joaquín Arteta, Carlos Pizenti, Pedro José Aguilar, Pedro Calisto y Muñoz, Melchor Ribadeneira, Juan José Boniche, Andrés Salvador, José Aguirre (1).

Los estatutos, trabajados por Espejo, Yépez y Salvador, fueron sancionados por el Presidente Muñoz de Guzmán el 24 de febrero de 1792.

En la Sociedad se dispusieron cuatro comisiones: de agricultura, de ciencias y artes útiles, de industria y comercio y de política y buenas letras. Según el señor González Suárez se proponían dictar conferencias y editar folletos de divulgación, sin llegar, desde luego, al cumplimiento de sus inmejorables deseos.

(1) Apellidos de la mayor difusión en las generaciones quiteñas.

* * *

Del grupo de consocios había de levantarse para la dirección del periódico el de la pluma fácil y las acendradas experiencias librescas, el doctor Espejo, y así, en el propio mes y año de la fundación de la Sociedad de Amigos del País, circuló, impresa, la instrucción previa acerca del papel periódico intitulado "Primicias de la Cultura de Quito", con indicaciones nimias pero necesarias a propósito de la forma de obtener suscripciones "a razón de real y medio de plata cada pliego" en la "tienda de Antonio Andrade."

El primer número circuló el día jueves cinco de enero de 1792, impreso en la tipografía de esta ciudad, por D. Raimundo Salazar (1).

Había nacido el primer periódico y su bautizo participaba en algo de las auras de frialdad de un recibimiento receloso. ¿Por qué Primicias de la Cultura de Quito?, se habrían preguntado los literatos de la ciudad pacífica, alterada solamente por la revolución de las alcabalas e iluminada con los fuegos de artificio de las fiestas populares. Primicias... Y los discursos de cuidada forma y

(1) Enrique Garcés, al referirse a las *Primicias*, en nota diarística ha comprobado, con datos cronológicos, no sólo el decanato del periódico de Espejo en el Continente, sino su antigüedad universal.

de enjundia de saber, y las poesías de los jesuitas y las flores de Viescas y los poemas itálicos de los Larrea y la preceptiva latinista de Ayllón y la sabiduría de Villaroel y la épica de Orozco y las imágenes de Aguirre, aparte de sus sistemas filológicos, esencia de los más novísimos conocimientos?

Dubitativo el nombre del periódico para el momento de rivalidad y de zozobra, y aun cuando fueron invitados a colaborar en él todos los amigos del País y quienes simpatizasen con la empresa, sus siete números se llenaron casi íntegramente por Espejo, aparte de la página del Obispo de Quito, felicitando al Director de las Primicias por la carta que dirigiera al Padre Artieda acerca de la enseñanza primaria, la del doctor Antonio Marcos y una versión parafrástica del salmo de Horacio *Beatus Vir*, anónima y fechada en Cuenca el 11 de febrero de 1792 y que se compone de imperfectos endecasílabos.

* * *

La ruta del ingenio solitario o del talento enciclopédico se había, claramente, marcado en las **Primicias**. Espejo es el redactor total de su papel

periódico, como lo fué Addison, como lo fueron, relativamente, Montaigne en sus ensayos escritos bajo el diapasón del tiempo y Feijóo en las apuntes varias y penetrantes de su **Teatro Crítico Universal** y más tarde, en la propia tierra ecuatorial, D. Juan Montalvo, con su aguerrido viajero **El Cosmopolita** y con su periódico de un americano en Europa, **El Espectador**.

La curiosidad del siglo se refleja tácitamente en las **Primicias**. Aun en la nota que se creyera más lugareña, aun en el escrito para determinados lectores, déjase guiar su pluma con el rumbo panorámico de quien quería descubrirlo todo y tenía en la frente como un ala invisible por su sistemática posición de oteador.

El primer número de las **Primicias** se abre con una disertación literaria, desarrollo de un precepto de Horacio a propósito del **buen gusto** y se completa con la carta dirigida a los maestros de primeras letras con insinuaciones que serían estimadas entonces como de novísimo descubrimiento, para la enseñanza y educación de los párvulos. En nuestro mismo tiempo la reflexión estaría de actualidad. Pide una enseñanza viva, no mecánica. No solamente la forma de la letra, sino su pronunciación, su significación y su aplicación. Cree en las relaciones que las materias de conocimiento deben guardar entre sí, armonizándose pa-

ra la comprensión del niño y ya marcha, si bien de modo incipiente, con una de las muchas adivinaciones que le fueron tan propicias, a los postulados que preconiza la escuela activa, cuando recomienda al "querido maestro" como debiera explicar a su educando lo que es imprenta, impresor, redactor, papel periódico, suscripción, sociedad, etc., en alusivo recuerdo a la tarea grata del primer periódico de Quito.

Se va ya —hemos de mirarle en un fondo casi bisecular— contra el rigorista axioma que todavía no han destruido los de palmeta disimulada: "la letra con sangre entra", y confía en el valor de la máxima: "hacerse primero amar que temer", de la cual han de aprovecharse los maestros de verdad de todos los tiempos, así en el tranquilo locutorio de la Yasnaia de Tolstoy como en los jardines libres de Santiniketán de Tagore. A tono con los procedimientos de la Inquisición seguiría todo el sistema de la Colonia. El fuego para la herética pravedad y la sangre para el camino de la letra, casi clavada como a golpes de martillo. Espejo combatía las inquisiciones, y de su mundo espiritual, poblado cotidianamente, alcanzaba esas síntesis claras y sencillas, aparición indudable del don del magisterio. Por eso ha dicho con justicia uno de sus más fervientes comentaristas que se

puede hablar mucho de "la pedagogía de Espejo" (1).

El "riguroso misceláneo" no puede ocultar, y al contrario, afirma en cada hoja, su devoción por la enciclopedia. Aquí los descubrimientos han madurado y hay como una meridiana cordura que gobierna en sus afirmaciones. La flor de las curiosidades y las interpretaciones que se abre en el temperamento del ensayista, tampoco es extraña para Espejo y como en varios espacios de sus libros, aparece más distintamente en las **Primicias**, en ese capítulo recomendado por él mismo con el título de ensayo: **Sobre la determinación de los caracteres de la sensibilidad**. Allí acierta con la divulgación de una teoría nueva y para que nada faltara en esa arquitectura breve y varia, acude al episodio de la bella Caco-Moria cuya sensibilidad, sin vibrar por las calamidades públicas más dignas de lamento, arrancábase en histérico grito porque se le habían quitado el "collarín" a su perrita....

(1) Homero Viteri Lafronte: Libro autógrafo de Espejo. Pág. 59.

LAS obras del doctor Francisco Javier Eugenio de Santa Cruz y Espejo son las siguientes:

- 1779: El Nuevo Luciano.
 1780: Marco Porcio Catón. La Ciencia Blancardina. Carta al Padre La Graña sobre indulgencias.
 1785: Reflexiones acerca de las viruelas.
 1786: Defensa de los Curas de Riobamba.
 1787: Cartas Riobambenses. Representaciones al Presidente Villalengua acerca de su prisión.
 1792: Primicias de la Cultura de Quito. Voto de un Ministro togado. Memoria sobre el corte de las quinas. Segunda Carta teológica.

Cinco sermones:

- 1779: Sermón de los Dolores de la Virgen, predicado por el doctor Pedro Dávalos, Cura

del Santuario de Cicalpe en la Villa de Riobamba, el día 26 de marzo.

1780: Panegírico del Apóstol San Pedro, predicado en la Villa de Riobamba, el 29 de junio por el Licenciado Juan Pablo de Santa Cruz y Espejo.

Sermón moral predicado por el doctor Domingo Larrea, Cura de Cayambe, en el Carmen de la nueva fundación de Quito, en la profesión de dos carmelitas, primas de dicho cura.

1793: Panegírico de Santa Rosa de Lima, predicado en la Catedral de Quito por el Licenciado don Juan Pablo de Santa Cruz y Espejo el 30 de agosto.

1794: Segundo Panegírico de Santa Rosa de Lima, predicado por él mismo el 30 de agosto, conmemorativo de la Santa.

Además, un informe de la necesidad de que los cadáveres no sean sepultados dentro de las iglesias y las décimas contra el Marqués de la Sonora, cuya paternidad no se ha comprobado lo suficiente.

Y, finalmente, las obras atribuidas a Espejo por el erudito doctor Pablo Herrera, autor de la primera historia de la literatura ecuatoriana: El Anti Luciano Pío y Carta del doctor Rebolledo al autor del Anti Luciano Pío, escritos que debieron ser posteriores al Luciano y a sus ingeniosos comple-

EL CRISTAL INDIGENA

mentos el Marco Porcio Catón y La Ciencia Blancardina.

* * *

En menos de tres lustros la letra de nuestro compatriota extiéndese, más sedienta de saber que de enseñar, por varios libros y opúsculos, sin dejarse vencer por el asunto múltiple que se le ofrece.

Casi toda la producción mental de la Colonia se manifiesta en el acento de la oratoria sagrada. En las conversaciones del Luciano hay un ejercicio fatigante en el párrafo de los nuevos Paravicinos y el mismo estilo de Espejo está viciado de oratoria. Ampuloso, cerrado en grandes períodos, discursivo, de fatiga.

Los **Sermones**, conservados por su cuñado el orador Mejía, quien escribió en la primera página del folio una declaración terminante acerca de su procedencia, pueden lucir por su mérito literario, aun cuando el juicio eclesiástico encuentre en ellos muchos puntos de rectificación o de observancia. De entre sus críticos, el severo Monseñor González Suárez, indica que están carentes de la virtud poética como inspirada que fue la piedra del toque de la oratoria sacra: la unción. Si no se le-

EL CRISTAL INDIGENA

vantan en el fulgor santificado de la plegaria y si no logran herir nuestra simpatía de profanos con las punzantes flores de espino que suelen caer de la cátedra sagrada para el pasto de la penitencia, se distinguen, en cambio, por cierta gracia leve, recordación modesta del Panegírico, desarrollada en citas claras y en locuciones de poética medida e imágenes de santidad que pasan ligeramente miradas, como si descendiendo del propíleo en el cual demoran ya inmunes y perfectas, quisieran acercarse a los eriales del mundo.

Correspondía, por otra parte, tal sermonario de voces humanizadas a las de su hermano el Clérigo Juan Pablo en cuya estancia se abriría sólo el ventanil de un ambiguo ascetismo en las horas de su retorno y no de los jardines de las margaritas celestes sino de la inquietud de los búcaros terrenos.

Espejo leyó, siquiera en parte, a los Padres de la Iglesia griega y romana y no pudo ignorar las oraciones de los del siglo de oro castellano, especialmente las de Fray Luis de Granada, inclinándose también, por sus preferencias ya conocidas, a las páginas de los admirables predicadores franceses de la Corte de Luis XIV. De todos ellos hay insensible recuerdo en los sermones.

Todos se marcan, en su comienzo, con fecha conmemorativa. El elogio orante del Panegírico.

San Pedro, Santa Rosa de Lima y otro casi contemporáneo del de su fustigado don Sancho de Escobar....

Alguna innovación introduce en la forma oratoria y después de brevísimo comienzo o exordio que se apaga con la invocadora Ave María, desarrolla su panegírico en dos partes, la primera de las cuales es una narración de los más destacados momentos de la vida del Santo y la segunda encierra la esencia del sermón, elogio de sus virtudes y de conformidad con su espíritu de aleccionamiento, el fervor de presentarlas como dechado, procurando que sobre la piedra fundamental de Pedro labrasen los oyentes el símbolo de la cruz y que de las cenizas evocativas de Rosa vieses nacer, como en milagro de transformaciones, la flor purísima de su nombre.

El latinajo de la proposición es siempre propio. "Tu eres Pedro y sobre esta piedra pondré los fundamentos de mi Iglesia", lee en los evangelios de S. Mateo para elogiar al santo del 30 de junio y al trazar, en el agosto de sequía penitencial de dos años consecutivos, el Panegírico de Santa Rosa, cita al mismo Evangelista en aquellas palabras sentenciosas: "Las vírgenes sabias que estaban preparadas con antorchas, entraron con el Esposo al aposento de las nupcias, cuya puerta se cerró para las vírgenes necias", completadas por las del



segundo Panegírico.... "Pero las vírgenes prudentes recibieron en sus vasos el aceite de las antorchas"....

Si como lo sostiene González Suárez, los tres sermones conocidos "están trabajados según el modelo de la predicación francesa a lo Massillon y a lo Neuville" (1), para nuestro personal agrado representan la parte más elegante de sus escritos. Pedro, pastor impávido y pastor vigilante para la Iglesia perseguida y Santa Rosa "ligada a la unidad de la Iglesia por misericordia del Todopoderoso y a la grandeza del Estado por la eterna Providencia". Tales son los temas que desarrolla en los dos primeros panegíricos, explicando, en el tercero, los atributos dados por el Evangelista a las vírgenes prudentes, acercando a la limeña al simbolismo de las lámparas por la luz de su prudencia y la sublimidad de su fe y descifrando en la parábola de los vasos y del aceite la figura del corazón de Rosa "y los ardores de su caridad".

Para Lima y Quito quiere que odore esa virgen "paisana nuestra", pues no solamente por el vínculo geográfico e histórico que nos unía, como algo propio, al Virreinato del Perú, sino también por las especiales condiciones de su procedencia, Espejo no quiso separar de la fraternidad de las ciu-

(1) González Suárez: Observaciones. Escritos de Espejo. Tomo II. P. 589.

dades a la sede de la Universidad de San Marcos del asiento de los viejos claustros de Santo Tomás de Aquino.

Rápida y modulada apología de la hija de María de la Oliva, criada por su madre para que fuera gala de los salones y lograra un matrimonio ventajoso, la que acaba Espejo en su templanza de los cuarenta y siete años y en la penúltima grada de su deseo de ascender. Nos cuenta como la prevenida consigue desviar y al fin abolir todas esas cariñosas antelaciones maternas y "aunque obedientísima a los preceptos de su madre, o los ahoga en su dolor o los modifica en su pena, o los resiste en su piedad. Una llama voraz abrasa y consume las manos en los guantes; un agudo alfiler punza y penetra las sienes en la corona, que, de verdad fue como el áspid, que muerde oculto entre las flores. Una loza enorme, de propósito derribada sobre el pie, quita la acción al cuerpo y rompe la porfía de verificar una visita. Un cabello, cortado con desaliño, disminuye el auge de la hermosura y arranca de raíz los lazos tendidos a la virtud"... (1)

Magnífico desarrollo explicativo de la vida física que ha de sentirse propicia y cultivada por los mimos maternos y de la otra, renunciante, que

(1) Espejo: Escritos. Tomo II. Págs. 571 y 572.

se marcha, como ciega para las visiones de aquí, hacia la catacumba de la clausura, florecida no obstante de otras luces. Pedro, rudo y limpio, que ha de ser el angular cimiento de la Iglesia. Rosa, desvestiéndose de la mundanidad, hallando insaboras las frutas de la tierra y raramente sápidas las uvas del cielo....

Sólo en los sermones, aparte de la Defensa de los curas de Riobamba, el escritor quiteño se desdice de la defensa que había de merecerle la raza indígena: Manco Cápac idólatra; Huayna Cápac, injusto, lúbrico y lascivo; Atahualpa cruel, alevoso y parricida y la Inquisición de las Indias la recompensa del mérito. Ese es el cuadro que recompone para el primer panegírico de Santa Rosa. Pero no es difícil justificarlo en gracia de las necesidades del encargo y atendiendo a la circunstancia de que su hermano el clérigo predicaría frente al grupo solemne de la Real Audiencia y dirigiéndose al Presidente de la misma, después de la invocación al Espíritu Santo y la frase sacramental y respetuosa.

* * *

La Memoria sobre el corte de las quinas y el Voto de un Ministro togado. ¿Quizá el tratado magistral? Mas bien la proporción de la memoria,

EL CRISTAL INDIGENA

el alcance ilustrativo del informe. En la primera abundan los conocimientos de la geografía, de los puertos de salidas del artículo, de los lugares de producción, del corte y expendio de las quinas.

El voto fué minuciosamente escrito para el Oidor D. Francisco Cuadrado, el 7 de marzo de 1792, a fin de que se presentara al Rey, probando la inconveniencia del establecimiento del Estanco de cascarillas, propuesto por D. José Miguel García de Cáceres. Ese documento henchido de meticulosidades sería honroso para un funcionario de pro. Estado presente y futuro de la provincia con la necesaria especificación de sus fuentes de riqueza, de sus posibilidades de industria y de comercio y lo que es más, con el apunte de las vías de expansión para los artículos que se producían o se produjeran. El ganado lanar, el lino, la seda, el estado subsidiario de la provincia, las personas para el corte de las quinas y los parajes de la cascarilla, la elección de los árboles y luego, en alineado y sagaz desfile de prevenciones, el examen de "los temores" y el planteamiento de "las satisfacciones", es decir la consideración de las dificultades que se opondrían a esa provechosa labor y la manera de obviarlas. Caminos, trabajadores, comestibles, necesidad de subir los jornales, multiplicación del valor de los acarretos, tránsito mular, etc.

"No toda tierra es a propósito para todo fruto.

Virgilio que no sólo fué excelente poeta, sino también gran naturalista, ya lo había experimentado y dicho" (1), escribe casi al comenzar el voto.

No diremos que Espejo hubiera llegado con firmeza al campo de la poesía didascálica, pero hay minucia de cierto agradable color en asunto que se nos anunciaría de arideces y tal como en el camino de la Geórgica, de vez en cuando un breve y en este caso tosco canto en prosa se levanta desde la piedad de la tierra que sabe devolvernos en el trigo o en la cascarilla el sudor que tenemos de entregarla en cumplimiento de la ley adánica.

La carta del Padre La Graña podría ser considerada como la primera teológica. En ella trató Espejo acerca de las indulgencias, tomando el nombre de un religioso franciscano, estimado por su vastísima erudición. Está dirigida a D. Pascual de Cárdenas, en respuesta a una consulta y fechada en abril de 1780 en el Convento Máximo de S. Francisco. Abundantes citas y cánones atestiguan el casi saber teológico por el que también se distinguió el cuádruple doctor, médico, jurista, clérigo a ratos y digno de ser doctorado, para el alcance del siglo, siquiera en una incipiente Facultad de Filosofía y Letras.

La Segunda Carta Teológica se refiere a la In-

(1) Espejo: Escritos. Tomo II. Pág. 175.

maculada Concepción de María y fué escrita a petición del Comisario del Santo Oficio, quien había denunciado al Tribunal de Lima una tesis propuesta por los dominicos sobre el "pecado original y su trasmisión o propagación de la cual no se exceptuaba a ningún descendiente de Adán", la misma que alarmó a los quiteños, pues "no se decía ni una palabra acerca del privilegio de la Santísima Virgen" (1).

Ya se aprecia el prestigio de que gozaría Espejo para una consulta de tal naturaleza. Por lo demás, aquietados los ánimos se cultivaba entonces en el criterio general un buen concepto de su compostura (2).

(1) González Suárez: Dos Palabras.— Escritos de Espejo. Tomo II. Pág. 573.

(2) "En este escrito manifiesta Espejo conocimiento cabal del punto teológico y noticia exacta del estado en que, a fines del siglo décimo octavo, se encontraba la controversia entre los defensores de la *sentencia piadosa* y los adversarios de ella".
González Suárez: obra citada. Pág. 574.

15

E SPEJO quiteño, Espejo y Quito sería amable motivo para un ensayo. El aura nativa imprime cierta característica especial en la fisonomía del hombre. Es verdadera la influencia del ambiente en el modo personal y ni los viajes más renovados consiguen transformación absoluta en el temperamento del individuo. Se podrá no solo vestirse de cosmopolitismo, sino también incautarse de los aires extranjeros. Se vivirá, exteriormente, en el desfile de los países, y al cruzar los mares y vencer las carreteras, nos sentiremos henchidos de paisaje o habrása fijado en la retina tanta gracia cambiante. Pero también, desde cualquier mirador subjetivo, asistiremos, a veces ignorados, al espectáculo del mundo. Mas, el gusto cosmopolita de desparramarse física o mentalmente, no aminora la fuerza, reconocida más premiosamente en la hora de

los extrañamientos, de pertenecerse a la tierra que nos mantuvo en los pasos del comienzo y que habrá de prolongar el eco de nuestras voces o de apagarlas, maternal y certeramente, si nos hemos perdido en vano discurso.

No se le pudiera aplicar, ni con una intención desviada, la parábola del hijo pródigo. Nada dilapidó en la tentadora fiesta de afuera, ni fue su retorno el del abatido y valetudinario que mira reflejarse, casi hermana del bordón, la sombra de sí mismo, flaca y triste, cerca de la gradería de la casa del padre. Ni le aguardaban brazos prontos y corazón perdonador. Al contrario, rodeado de abundancia de aspiraciones, no pudo llegar al lugar abondo. Ahogábale la seguridad de merecer y de no lograr. Pasaba, como nictálope, rompiendo la tiniebla, y en el jardín de las complacencias visuales, su posición extraña es más bien que la del ordenador de la gama de los matices, la del antófago. No obstante, solía volver de sus preeoces o de sus maduros desencantos y en la tinta oscura que le sirviera para el apunte de sus críticas contumaces, vertía, para clarificar, el agua de sus más puros entusiasmos.

Se rectificaba, o buscaba, mas bien, por las treugas de su esperanza, el poder de los antídotos. De manera directa o en la disimulada de la tercera persona, quería desdecirse sin bruscas contradic-

ciones. Y así fluctuaba, como en viaje por la quebradiza ciudad, viéndola ya pintoresca, ya simple, hostil o acogedora, burlona o de templado juicio, indiferente o vigilante.

No ha de parecernos extraño, por lo mismo, su tránsito de los golpes del Luciano al de las cláusulas filiales de las Primicias. No veremos, además, al doctor Eugenio Espejo, en actitud invariable. Todos sus pseudónimos concurren, si, a la formación de su personalidad, pero nos habla desde distintos lugares y para cada cual sabe graduar el timbre de su voz y la frigidéz o el fuego de su discurso y si allí es el burlón despertador, en las Reflexiones acerca de las viruelas es el higienista y en las Primicias el quiteño de pluma que no vacila en elogiar para estimular y que se abandona a la ampulosidad de la hipérbole para buscar el círculo de un entendimiento fraterno.

No nos ha sido posible dejar de contemplarle en su ánimo resentido. Buscaba cierta numerosa armonía el que no pudo sino vislumbrar las notas de un concierto en cuya creación se afanaba con tan desiguales procedimientos. Mas el secreto de sus alejamientos y de sus llegadas se mantiene en aquella reinspiración que de modo inesperado le anima y le enciende en el fondo de sus fatigas y así, vuelto de las millas más distantes es casi un resurgen-

te y del pedernal de su tristeza nacen chispas de alegría compensadora.

Le fué difícil encontrar su Némesis y tal alternativa de confianza y de duda, de copiosidad aparentemente satisfecha y de contenido pesimismo, ha de formarse en fuerza de las solicitudes de su lucha y por tanto los mejores contrastes del retrato que no quisiera copiar solo el aspecto exterior del rostro cetrino, serán los de las cambiantes luces de su resolución y de su suerte detentiva, de su valor y de su miedo.

“Ama a su Patria sobre todo lo que acá puede amarse de terreno y frágil”, declara en las Primitias y no hay obra desvertebrada entre sus críticas y sus elogios, pues si a esas se consagra con ímpetu sanificador, a estos se aproxima cuando comienza a vivir en la creencia de que no se han de perder sus ideales y sus promesas en la desestimación de los otros.

Ya, desde las primeras páginas del Luciano nos habla de “la constitución leal pero infeliz del quiteñismo” y prosigue en el juicio de la mala educación que recibían los niños de esta ciudad, en “su suerte deplorable para las letras” y aun cuando la consideraba como “bien poblada”, en la palabra de Mera dejaba escapar el concepto de que ningún individuo de Quito poseía tales y tantos libros como los citados en el Despertador de los Ingenios....

Así hay que seguir a Espejo en su episódica antología quiteña. Ni desdén ni nada que se le parezca. Interés más bien de contribuir al mejoramiento de la materna estancia.

“Poseamos la verdadera teología —dice Mera— porque en Quito, ciudad exenta de toda novedad peligrosa, ciudad piísima, por misericordia divina, hay ya cierto lenguaje libertino sobre ciertos asuntos” (1).

El suyo era el sistema de despertar por antiteísmos. Bien sabemos de la gota de Voltaire que se había vertido en la copa estimulante de Espejo y no hemos olvidado como de otro breve instante de sus conversadores se levanta una defensa sin conclusiones del vestido de las mujeres quiteñas, —descotes para los besos del aire y para las miradas de los hombres,—sosteniéndose sólo en el libre testimonio de las modas europeas y marchándose de la sonrisa murillesca al entrecejo de Mera....

Conocía y amaba, como pocos, las felices disposiciones de los quiteños para el arte y la belleza y como si su ingenio hubiese sido un amplio espejo para recoger esas imágenes de insólita predestinación, las ofreció sin reservas en el Discurso de la Concordia y en la continuación de aquel, la His-

(1) Espejo. Eseritos. El Nuevo Luciano. Pág. 428.

toria Literaria y Económica (2). En la misma insistencia con la cual habla de la belleza de su espíritu ha de reconocerse el tono de su convencimiento y hasta diríamos, por fin, que en el reverso de sus Lucianos puntillosos y de sus Blancardos inexorables, hay quiteños dispuestos a recibir y conservar las impresiones de la estética.

En la Ciencia Blancardina y no sólo para dar pávulo al análisis del fracaso de los estudios, sino más bien para mostrarlo frente a las grandes disposiciones de los quiteños, se refiere a los "espíritus bellos" que nacen en Quito, "ignorantes en las ciencias y no obstante escolares en el aula universal de las gentes, de su trato y comunicación" (2).

Y sin que fuera como en un decurso bicéfalo, al cabo de pocos años quiere desdecirse, cuando escribe en las Primicias: "El genio quiteño lo abraza todo, todo lo penetra, a todo lo alcanza..." (3).

No hay, entre todas sus cuartillas, elogio más férvido que aquel del Discurso de la Concordia. Parece suyo propio. Viene como de fuerza origi-

(1) Recogiendo la frase de los quiteños, los cuales llamaban "transportados" a los conciertos de flautas y violines que ejecutaban arias o folias italianas, nos revela el orgullo de una tendencia nativista.

(2) La Ciencia Blancardina. Pág. 317.

(3) Primicias. Página 64.

nea. Admira a los obreros "que agobiados al peso de su miseria" se congregaban en las cuatro esquinas, ensaya la loanza de las artes liberales ejercitadas por los quiteños y les recomienda en su labor, subrayando mentalmente un título de alguna estética aborígen que pudiera concordar con el tratado de lo bello útil que señalaron los amigos de la Caleología.

"En un ángulo de mala tienda" trabaja el quiteño, supeditando a la necesidad de la conquista económica el ideal de la obra perfecta. "Sin instrumentos —dice— iguala y a veces aventaja al europeo industrial de Roma, Milán, Bruselas, Amsterdam, Venecia, París y Londres...."

"Pues allí el pintor y el farolero, el herrero y el sombrerero, el franjero y el escultor, el latonero y el zapatero, el omnívoro y universal artista presentan a vuestros ojos preciosidades que la frecuencia de verlas, nos induce a la injusticia de no admirarlas. Familiarizados con la hermosura y delicadeza de sus artefactos, no nos dignamos siquiera a prestar un tibio elogio a la energía de sus manos, al numen de invención que preside en sus espíritus, a la abundancia de genio que enciende y anima su fantasía" (1).

No es, además, vanidoso, continúa y pluralizan-

(1) Espejo: Primicias de la cultura de Quito. Pág. 65.

do las virtudes del quiteñismo, añade: "Les oís el dicho agudo, la palabra picante, el apodo irónico, la sentencia grave, el adagio festivo, todas las bellezas en fin de un hermoso y fecundo espíritu" (1).

El también, como los obreros quiteños, hubo de buscar, hasta en las reflexiones de utilidad temporal, el reflejo, traslucido por lo menos, de la belleza y en la curva pesada de sus escritos desparramó igual ingenio epigramático, mezcla de gravedad sentenciosa y de agudezas conceptuales, de picanterías epítetos y adagios de brillar repentino y nuevo, aun en medio de la repetición popular en la cual debieron ser concebidos. No puede llegar empero a la forma breve y suscitadora de aquel madrigal de la sonrisa que es el epigrama y si alguna vez logra dar en el acróstico malicioso, como aquel que dedica Murillo a Mera: "Milagrosa lira con plectro sonoro—Esplendor brillante del quiteño abril— Ruiseñor que canta, parlero candil— Abeja económica en métrico coro—", al paso de sus cláusulas deja caer una que otra redondilla, como la siguiente, antigramatical pero de templada guapeza: "Vuestro papel recibí— y el desafío no abono— que no quiero matar mono— ni que mono mate a mí". Desarrolla más bien, en su prosa ceñida, motivos epigramáticos y tal como en la pauta

(1) Primicias. Páginas 65 y 66.

de su destino, nos sorprende con locuacidades incontenibles o con los súbitos ocultamientos de su pitagorismo; ese lino de silencio y esa vispera de frugalidad que tratara de imponerse, cuando se refería a los consejos que para no remover a la envidia con su mérito, recibía el prudente Mera, imagen suya en muchos de sus caminos dialécticos y de sus altos de mudez.

Así le observaremos, haciendo rebotar los gerundios de su animada conversación contra las paredes multiplicadoras de los ecos del arco de Santo Domingo a la diestra del culto poeta Murillo o guardándose, en trabajo de cierta recatada elocuencia, las locuciones que gastaría cerca de Mera, al cruzar el arco de la Reina, a ras de la piadosa morada de don Cosme de Caso....

Cree en que el del quiteño es "el verdadero talento universal" y alude a la altura de Quito, "superior a la de muchas ciudades". Así se complace en aquella especie de mirador espiritual que debería representar, hasta por su postura geográfica, el casi aislado altiplano. "En este momento me parece señores —exclama— que tengo dentro de mis manos todo el globo; y yo lo examino, yo lo revuelvo por todas partes, yo observo sus innumerables posiciones y en todo él no encuentro horizonte más risueño, clima más benigno, campos más

verdes y fecundos, cielo más claro y sereno que el de Quito" (1).

Supone, entonces, que el entusiasmo poético "se señorea de él" y sugestionado por tal pensamiento quiere mirar a la ciudad que se levanta allí en donde "forma un crucero con la meridiana del Ecuador" y asistir al momento en el cual toda la Europa fija los ojos en vosotros"... Pero un desencanto súbito, como golpe de realidad en la vena apolínea, le vuelve a la paralela corriente de otra frase concisa de las suyas: "No nos mueven los estímulos del honor y el buen gusto anda lejos de nosotros", para escribir, por último, esa formulación de su deseo: "Quiteños, sed felices; quiteños, lograd vuestra suerte a vuestro turno; quiteños, sed los dispensadores del buen gusto, de las artes y de las ciencias" (2).

Espejo reconoció en los quiteños esa natural aptitud de la vocación artística y descubriéndola en el vulgo hubo de hallarla con notas personales en los artistas del lienzo y de la forma que poblaban de imágenes y de figuras los retablos de la Colonia. El Padre Carlos, "superando en los troncos las vivas expresiones del pincel de Santiago", Caspicara con el mármol y la madera, Cortez "con la tabla y el lienzo", completan el cuadro de ingenios para

(1) Primicias. Pág. 66.

(2) Primicias. Pág. 69.

EL CRISTAL INDIGENA

los cuales soñaba con el acicate pulidor de la Academia y de cuya línea emergía el ímpetu creador de Santiago: "Cuando estaba negado todo con la Europa, y que apenas después de muchos años se recibía con repiques de campanas el anuncio interesante de la salud de nuestros soberanos, el que bárbaramente se llamaba el Cajón de España, entonces estampaba las luces y las sombras, los colores y las líneas de la perspectiva, en sus primeros cuadros, el diestro tino de Miguel de Santiago, pintor celeberrimo" (1).

* * *

De las vehemencias de sus deseos hay tránsitos sensibles a las veras de la conformidad: "La pobreza de Quito, dice Mera, es sabia y misericordiosa providencia del Señor, pues si cuando más la lloramos, prevalece el fausto, domina el lujo, tiene su ascendiente la torpeza, descuella la profanidad, sube de punto la destemplanza, son de la moda más rigurosa y urgente las mesas exquisitas, y todo género de vanidad, ¿cuál sería la corrupción de Quito en la abundancia del oro y de la plata? Advierta Ud. una cosa: que aquellos lugares y ciu-

(1) Primicias. Pág. 83.

dades donde se dan estas preciosas heces de la tierra, carecen de los alimentos más nobles y los frutos más necesarios a la conservación de la vida; y, si los logran, les viene de fuera y en un estado si no de entera alteración o fermento, a lo menos en el de sustancia evaporada. Barbacoas, Popayán, Cali, Buga, tienen oro y no tienen pan. Quito no tiene oro, y aunque le tenga en sus minas, lo oculta la Providencia porque goza, sí, de sus aires y temperamento benignísimo de sus alimentos dulces, nutritivos y delicados" (1).

En el discurso de don Sancho de Escobar se había, imprudentemente, comparado a Quito con Jerusalén, para que sobre iguales ruinas cayera el lamento jeremíaco.

De nuevo, Murillo, en sutil comentario, revuela en el contraste y pasan trozos de primavera entre la niebla de una incontinencia invernal:

"Me había parecido puesta a nivel Jerusalén con Quito. Las mismas nubes, los mismos rayos y tempestades; los mismos aires jerosimilitanos y los mismos catarros y tabardillos quiteños. Allá, el mismo porfiado llover, y acá, el mismo pedazo de primavera media y de un infinito invierno; y así de todo lo demás, entrando hasta las papas"... (2)

No de otro modo ha de prolongarse el paisaje de

(1) El Nuevo Luciano. Págs. 554 y 555.

(2) El Nuevo Luciano. Pág. 555.

EL CRISTAL INDIGENA

su pesimismo y de su audacia: fulgores breves en los cuales revientan consolaciones florales y largos decursos helados, monótono caer de la hostilidad pluviosa.

* * *

“El quiteño, cualquiera que sea, es amigo de la gloria. ¿Cuál alma noble no es sensible a esta reluciente corona del mérito? Así se elevará sobre sus fuerzas naturales”, anota en la página nonagésima de su Discurso de la Concordia y reflejándose en ese perfil gallardamente ambicioso, también alude a la emulación de nuestro pueblo y al cariz del “quiteño orgullo” que había de buscar compensaciones en el rendimiento de las circunstancias: “Hacerle imaginar a cada uno que por error de la pluma no ocupa lugar destacado....”

.....

Suele fijar visiones que se dirían antagónicas, pero que concurren a la formación del cuadro del ambiente en el cual desarrolló su obra precursora: mañanas de inesperados albores y en medio del bochorno de un sol perpendicular, los latigazos bruscos del granizo y, al término, un cándido iris de pacificación. Entusiasmos veloces y súbitos desánimos. Inteligencia de raras prontitudes, amor

por el elogio hiperbólico, rápido examen y complacencia igual para buscar el defectuoso carácter del objeto de la misma simpatía antecedente y apasionada. Promesa honda, honda, pero llevada en juego de fugacidades, como para consolarse de la longitud de salir con cierta prisa irónica de quedarse.

En la cuartilla del apunte antológico hay muchas frases de nuestro Espejo. Se oponen y se contradicen con tacto parecido al de los interlocutores de sus diálogos, pero no es difícil encontrar en ellas un enlace esotérico, como el de su drama y el de su anécdota, como el de su frialdad y su ardor, como el de la pendiente pedruzca que nos invita a descender elevándonos a otra vereda plana y sin fatiga.

Aparentemente no hay concierto entre la risa severa del Luciano y la presteza complacida del doctor de las Primicias. Para este, aparte del elogio del sabio Maldonado y de otras citas singulares como la del "intrépido quiteño" Mariano Villalobos, el descubridor de la canela, por poco no salían "del seno de la Patria los Homeros y los Demóstenes, los Sócrates, los Platones, los Sófocles, los Apeles y los Praxiteles...."

"Tristísima y más que desventurada ciudad", silabea quejumbrosamente su Mera. "Bellísimo Quito, seno de paz, Quito discretísimo", escribe su

Blancardo en el **Marco Porcio**. "Cabrera de Quito el aguado", grita en una de sus epístolas la Manue-lita de sus Cartas Riobambenses y buscándose en la impugnación de su Luciano, concluye: "Si él fuera de Quito tuviera, siguiendo la apacible serenidad de su templado clima, un temperamento suave que le hiciera escribir, más sus glorias, que no sus defectos o lunares" (1) y en tan sinuoso proseguir, ya ve a la ciudad de su nacimiento "espirituosa y sensible", ya la considera de "turbulenta y desapacible comunicación" y ya la contempla "con ojos de luz en sus apacibles constelaciones" (2).

Aquel que aguardaba "del mismo cielo de Quito la renovación de la faz de su patria" (3), fuese, chispeante o pesaroso, insistió en la plática de rumio que habría de volcarse en la profusión de sus papeles. Distendió, en nervios propios, la tan invocada "paciencia de los quiteños" y como ellos, prendándose del buen gusto, desparramó donaires para buscar en el motivo de la sátira, con instinto de aguijón, el alfiler zumbante. Mas, si en el radio de sus críticas no se le hubiera juzgado absolutamente como a un dueño de acritud destructiva,

(1) Marco Porcio Catón. Pág. 249.

(2) Marco Porcio Catón. Pág. 232.

(3) Segundo Sermón de Santa Rosa. Escritos. Tomo II. Pág. 585.

tampoco se le asignaría, de seguirle en sus elogios, el apodo de ingenio candongo. Ni fustigador ni zalamero. Vase, como quiteño entrañable, buscando en las piedras del camino un acicate de avance para su deseo cimero. Ama ciertamente a Quito y sabe, por lo tanto, que para el silencio de sus encajes pétreos ha de pedirse la gracia descubridora de los soles nuevos. No halla episodio para una estancia sofóclea, aun cuando siente latir, casi en el socavado dominio de una tácita inexpressión, la nota inacorde de una tragedia singular, mezcla de tacto y de impotencia, como la del muñón que conserva el recuerdo del brazo, la memoria de las falanges y quisiera extenderse, angustiosamente, hacia la gloria del aljófara...

Pero muchas cosas se resuelven en la figura costumbrista de la volada (1) y tiene la pausa de la vida, detrás de las paredes andinas, algo de las premuras y de las contenciones de un golondro.

No sabrá decir de sus imprecisiones ni de sus

(1) "Ulloa da a los mestizos como autores de esta bellaquería. El noble descuidado o el chapetón rico y bobo que se aventuraba sin abrir mucho los ojos por las calles de la ciudad, se encontraba de repente con que el sombrero, el rico sombrero de castor blanco, adornado con cintas de tela de oro y plata y hebillas de diamantes y esmeraldas, había volado de la cabeza. Un pilluelo escondido tras de la esquina, atrapaba el sombrero y se ponía en fuga con gran celeridad".— Isaac J. Barrera: QUITO COLONIAL. Pág. 32.

EL CRISTAL INDIGENA

certezas, pero ha llorado, de noche, sobre la piedra inánime de Santo Domingo, ara propicia para la inmólación de su **Salva Cruce** o apareciendo, como un fantasma, por entre las elevadas quiebras de San Juan, ha rompido el silencio con su risotada en la cual se extrangulaba una queja.



16

El retrato literario ha querido relacionar las facciones físicas con las del espíritu y a tal compenetración se refirieron quienes trataron de definirlo o explicarlo. El retrato literario ha de construirse en todo el espacio de la exploración biográfica y como en la desigualdad armónica de la iconografía no será el mismo, exactamente, en todos los lienzos, el semblante buscado. Demorará con sus rasgos dominantes, pero la variedad de la existencia ha de ir reflejándose en cada nuevo cuadro y ya no aquí de manera semejante a la de la creación pictórica, sino más bien en el escorzo del episodio, del hecho, de la realidad.

Mayor empeño el del retrato literario que persigue la estatura del espíritu. En el fotográfico ha de conseguirse, en la medida relativa que podría ser dilucidada por los matemáticos, la figura equi-

valente para la dimensión del cuadro. De la justeza del primero responderá la graduación del foco anímico, pero el proceso penetrativo no terminará ni en donde comiencen los más hondos secretos de una "vida". Al contrario, allí se han de iniciar el golpe adivinador o la seguridad tacteante del buceo.

El retrato literario, tal como ha sido comprendido en los días actuales, ya no figurado en un solo plano, aun cuando dispusiese de la gracia de la figura por la "plasticidad", aun cuando fuese un retrato de los llamados escultóricos, no ha de contentar al biógrafo con su posición inmóvil dotada sin embargo de la viveza que nos llamaría con la actitud en la cual se ha quedado, hablándonos desde el recuerdo de su resurrecta imagen. Pretende hoy el observador de una vida que la figura se anime y emprenda, de nuevo, en sus antiguas jornadas y no solamente en las que aparecieron más nítidas y claras frente a la espectación de la mayoría, sino en aquellas que pudieron escaparse. Así se volcaría la fiebre miguelangelesca sobre la cabeza marmórea, de magnífica expresión, pero carente de la virtud arrebatadora de la palabra.

* * *

Para reconstruir el retrato de Espejo, se acudió a los datos consignados en su filiación, cuando se le perseguía por orden del Gobierno: "De estatura regular, largo de cara, nariz larga, color moreno y en el lado izquierdo del rostro un hoyo bien visible".

Estos datos han sido recogidos por cuantos quisieron trasladar al lienzo la imagen del tardío huésped de la primera biblioteca de Quito, pero resultan incompletos y pobres de no penetrarse, integralmente, en su vida. El mismo ha recordado, como si hubiese dispuesto de un espejo permanente, como cambiaban de fulgor y de vivacidad sus ojos inquisidores y como se le ponía el rostro sucesivamente silencioso y animado.

Cabello lacio, cortado a la usanza de la época, en recta melena de reciedumbre de azabache, sombreábase en el rostro de oscuro tono, casi enjuto, agudo por el desarrollo de los pómulos, e iluminado arriba, por los ojos inquietos o móviles, pequeños, recelosos, alternativamente tristes y burlones. En ellos la pupila negrísima parecía fijar en la meditación el trazo del surco enérgico de la frente combada y abierta y el duro entreceño podía responder a la severidad de su continente o al sentido de su azo-

ramiento equívoco. En el rostro largo, la nariz erásmica, de ángulo pronunciado, como en capacidad constante de olfatear y bajo la boca larga, de labios desiguales, predispuestos contrariamente para la injuria o la sonrisa, el mentón hoyuelado y no en línea de dulzura, sino más bien como en el camino para la evasiva del discurso, como en la ruta breve que se trazó en muchas veces en los rostros de los ironistas, así para los ácidos de Voltaire como para el helado sedimento de la charla rabelesiana....

El ojillo de fulgor curioso estaba como pronto a disparar la flecha crítica hacia las imperfecciones que reparaba o, retrayéndose, dada quizá en el propio blanco de su inconformidad. El pómulo, acusado de fuerza, rebrillaba en la broncea forma de la tez, aprestándose al combate, y el labio inferior, desdeñoso, resaltando en la móvil apertura de la boca, guardaba la palabra o parecía elaborarla, pero con matices de premeditación y de audacia....

¿Serenidad o inquietud en la figura total? El mismo nos ha revelado, en varias de sus páginas, el rumbo dúplice de su ánimo, y ya se le reconocería en algo, cuando se trató, en su tiempo, de definirle con esa frase dual: "serenidad en el rostro y tempestades en el corazón". De "regular estatura", iríase por los caminos del diociochesco San Fran-

cisco de Quito, a merced del demonio interior que le presionara o supiera remover en sus profundas, en sus confusas alegrías: cabizbajo de pesar casi rencoroso, ensimismado de pensamiento, ágil de novedades, girovago de indecisiones sobre el estepario de sus dudas, erguido de soberbia....

Paso inmesurado el del indio triste y fogoso, rostro de luz y sombra, desconfianza y ambición, garfio y laurel.

Nuestro pintor Villacrés, evocando su indumentaria, le ha visto sentado en su butaca de cuero, en la de sus días últimos, con vestidos coloniales: la levita, el chaleco encarnado, los puños amplios, la pechera de encaje, el calzón corto, abotonado en las extremidades.

Pero hay un retrato interior, de grandes revelaciones, por cuanto allí se vierte, con el acento del auto encomio, la declaración de sus caracteres íntimos. En "La Ciencia Blancardina" alude Mera al autor de "El Nuevo Luciano" y le califica en los siguientes párrafos:

"Su estatura es regular y nada tiene de defectuosa. Su rostro, siendo serio, no es déforme, y en su fisonomía se reconoce que no es rudo; pero no manifiesta toda la viveza que interiormente le anima, y aunque le pone en una continua acción que siempre le tiene inquieto. En sus ojos puede cualquiera engañarse; porque, pareciendo éstos marca-

dos con el sello de la modestia, suelen ponerse demasiado caídos, o luego vivaces y movibles con ímpetu, según el humor que le domina. Cuando se presenta a cualquiera impone (sin querer), con gravedad natural; pero tratado con franqueza, se ve que es mucho lo que ríe a vista de todos, pero muchísimo más es lo que a sus solas se ríe; porque casi en todos los hombres halla con facilidad ese lado por el cual son más hombres, esto es, vestidos de más o menos ridiculeces y sobre las suyas propias que ha podido conocer, él mismo no se perdona, se burla él mismo, y procura corregirse. Desde bien muchacho frecuentó, sin que aún supiesen su nombre, a algunas personas de crédito en la Provincia casi entera, y oyendo sus proposiciones llenas las más veces de ignorancia y de satisfacción orgullosa, nunca los desestimó, y mucho menos descubrió a otros el defecto que padecían. Antes, de tales ejemplos sacaba motivos para ser exactísimo en su modo de pensar, y aun más en la expresión y en las citas. Como ha sido éste su porte, ha logrado que todos los satisfechos y presumidos de doctos le tengan por estúpido, y aun le hayan comunicado especies muy mentirosas y muy surtidas de variedad, pero no ha sido de un carácter maligno que haya, con nuevas preguntas, obligado a estos doctos que profiriesen más desatinos. Ha quedado, sí, en semejantes ocasiones muy

abochornado, como si él fuese el que había incurrido en aquellas culpas de amor propio. Habla poco, regularmente sin vivacidad, sin alegría, sin cultura y a veces tartamudeando. Con todo, cuando quiere decir, toma la tarabilla, y es conversación esparcida, festiva, y con su poquillo de sal. Es mucho lo que reflexiona y piensa, por lo que las más veces acierta en sus juicios y conjeturas; de suerte que, en los negocios no favorables, teme el meditar, por no anticiparse la noticia y el dolor de un suceso poco ventajoso o del todo adverso. Sus compañeros son: Su Biblia, su Cicerón, su Virgilio y su Horacio, y con ellos pasa gustoso por donde le place. Su memoria es firme unas veces, otras veces ingrata, y aun tiene sus alternativas de muy feliz y de muy fácil, según las materias y los objetos. Debía llamarse monstruosa, porque tanto tiene de buena como de mala, aunque en los lances de honor ha sido fidelísima a su dueño, como se puede conjeturar por los lugares citados en el "Nuevo Luciano", y en cuya formación casi no abrió un libro, y de muchas obras que había leído y citaba, no las tenía a mano ni podía probablemente conseguirlas. Concibe luego las ideas de cualquier objeto que se propone y las coloca sin ninguna confusión en su entendimiento, para sacralas cuando le gusta sobre el papel. Así su modo de estudiar ha sido escribiendo siempre, y ha di-

vertido su pluma en muchas disertaciones latinas y castellanas, y en algunas oraciones panegíricas que escribe con la mayor facilidad del mundo, y en el espacio de muy pocas horas. Con la misma ha compuesto algunas piezas en verso, y tiene aptitud para formar lo que en el lenguaje de los doctos se llama sátira y ha sido del gusto del público. Su imaginativa también es variable y a veces es lánguida y poco limpia, por lo que, en esas ocasiones, está con ella de riña el entendimiento. Pero ha conocido por experiencia que no se puede saber si no se estudia con la pluma en la mano y ha hecho apuntamiento de buenas especies desde que en su menor edad leyó el consejo de Verulamio acerca de los libros en blanco. Para poder apuntar ha estudiado, algunos meses, cuando tuvo diez y seis años, hasta doce horas por día, diversas facultades; y haciendo memoria en la noche, de sus especies, hallaba distintamente conocidos y en su lugar los objetos. Mas, no duró mucho este género de estudio, porque es de naturaleza muy sensible, débil y delicada. Pero siempre su lectura es rapidísima y en breves horas acaba de leer cualquier volumen. Su pasión dominante es la lectura, y parece inurbano siempre que halla oportunamente algún libro, porque a él se tira. Ha leído los ajenos, y los suyos son escogidos en toda literatura.

Si se le ha visto por parte del espíritu, míresele ahora por la parte del corazón. No deja de tener buenas cualidades de franqueza, de desinterés, de deseo de hacer el bien, y, sobre todo, del amor del bien común. Por eso, con el mayor disimulo, cuando ha hallado oportunidad, ha sugerido a muchos jóvenes el deseo de un mejorado estudio, el de la sabiduría; y les ha dado a conocer el uso y elección de las buenas obras. No encubre lo que es conducente a adelantamiento literario de alguno, con tal de que conozca la sinceridad y aplicación. Aborrece el orgullo y, mucho más, se ofende de que el necio le quiera persuadir que es hábil y el ignorante que es docto. Tiene muy pocos amigos que ha escogido, y hace por donde conservarlos con la fidelidad, gratitud y una estima verdaderamente cordial. Ni con ellos, ni con los demás quiere ser estimado por ingenioso ni por instruído, sino por un hombre de rectitud y de verdad, capaz sólo de no ser indigno de la sociedad. Desprecia el fausto y la gloria vana, y, aunque desea las alabanzas, quiere las de las gentes hábiles, de probidad y sinceras, que no tengan con él alguna conexión ni interés. A la edad de quince años deseó ardentemente ser conocido por bello espíritu, y aunque logró las celebridades de los jesuítas, el vulgo le despreció, por lo que, tomando opuestos dictámenes, se ocultó lo más que pudo, y así ha

conseguido el arte de esconderse, de tal suerte que ha logrado ventajosisimamente que se piense muy mal de sus alcances, conocimientos y literatura. No envidia ni sabe hasta ahora cuál es la molestia que causa el escozor de pasión tan villana, y cuando ve buenos talentos, no solo los estima, sino que se apasiona por ellos con demasiada vehemencia, y los acaricia, aun cuando en la conducta moral sean o díscolos o viciosos. Está contento con su fortuna, que siendo escasa no le aflige ni solicita, especialmente por caminos torcidos y de baja. Obra mejor, respeta a los superiores, pero si se ofrece hablar con ellos, les habla con modesto desembarazo, aquello que no quieren ni gustan oír. Hace mejor el negocio de los otros que el suyo propio. Nadie lo trata, que no lo quiera, y nada comunica a quien no desea obligar y servir; tiene un solo lazarillo, perspicaz, vivo, inteligente, popular, amistoso y del trato común, que bebe en buenas fuentes muy puras, la verdad de los hechos, y se los comunica fidelísimamente, y éste es, señores, el duende que, así dicen, está pintado con los colores de la vanidad y el amor propio; pueden echarle todo el lacre en un "mentís" encima y toda la tinta de la misma envidia, para que no aparezca ni su retrato. Pero él es duende a quien nadie le cogerá y si hubiese de decir de alguno alguna cosa, por envidia, lo hu-

biera hecho con libertad integérrima" (1).

Entonación clásica y sostenida la de su auto retrato, no predominantemente físico, sino más bien introspectivo. Apenas dice, como de adeshala, algo de su estatura y de su rostro y recarga, en cambio, la ponderación de las prendas de su carácter y de las de su poder mental. Habríale gustado la figura garrida, precaria pero atrayente para la vista que se paga de la gracia corpórea y privado de aquella, quería mostrar la faz proteica o apasionada de su alma. Por tal manifestación Espejo se nos aparece romántico, aun cuando sepa levantarse, muchas veces, desde el fondo de sus deseos truncados. No se conmovería, bajo el miriñaque, la fronda sensible de la entraña criolla, cerca del imán de sus ojos. Faltábanle los perfiles de la perfección o de la simpatía másculas, pero en cambio, había de triunfar su estructura espiritual sobre la felicidad anodina de los otros. ¿Cómo hubiera escrito el libro de su vida? Enfático tal vez como los de casi todos los hombres de pluma que suelen poblar sus soledades con la fantasía de los advenimientos amorosos, y no propiamente que hubiera querido dispersarse en capítulos de vaniloquio, sino perseverar en la interpretación de lo que pudo conseguir... Abandona por allí un episodio descabala-

(1) La Ciencia Blancardina. Págs. 332-335.

A U G U S T O A R I A S

do de su mocedad, proponiéndose completarlo más tarde. Pero involucra los deseos, y si el escozor de la zarza interna le lleva hacia la lucha, van marcándose, lentamente, en su rostro, las líneas de la fatiga. Se dijera que en sus labios se dibuja la forma del respiro colérico. No tendrá tiempo de buscar el parlamento elegante y quebradizo. En cada nuevo día se amarga más y parece diluirse la sonrisa bajo su ralo bigotillo de indígena....

17

PRECURSOR más certero y adelantado que los otros. Ya, desde 1790, como nos lo recuerda Azpurúa, los Virreyes del Perú, México y Santa Fé y el Presidente de la Audiencia de Quito habían comunicado a la Corte de Madrid que “en la cabeza de los americanos fermentaban principios de libertad e independencia peligrosísimos para la soberanía de España”. Aparte de su viaje expansivo a Colombia, la correspondencia de nuestro compatriota salvaba las distancias y prendía en lejanos países el fuego contagioso. Mantuvo relaciones políticas con personas de Lima, Santa Fé y Popayán y es de recordarse que en el año de 1794 confirió poderes universales a Luis Prieto como si se dispusiese a un viaje largo. Afirmábase entonces en el deseo de liberar a las colonias de América y su propósito se hacía de raíces profun-

das en la fortaleza de su pensamiento. Así en el primer grito de la independencia debió escucharse la voz del doctor autóctono que formó su doctrina libre con la influencia de los libros de los filósofos franceses, el ejemplo de la liberación de las colonias inglesas y la tremante memoria de los sucesos de la Bastilla.

Su fortuna, paradójamente incompleta, se le anuncia, así en la política como en la obra literaria, en adivinaciones que parten desde los campos frecuentados de su conocimiento. Quiere una proclamación simultánea de la independencia en todas las sedes de los virreinos y de las audiencias, pero ya confía en la virtud de los estados individuales, en el valor de la autonomía y se plantea, a la luz de las conquistas francesas, el panorama feliz e igualitario de la democracia y la República. Y no se queda en los límites platonianos de una ideal organización, en la cual cupieran los mejores y sobre todo los capaces. Piensa en el establecimiento de gobiernos propios, con la sola intervención de los nativos de cada colonia, sin que por esto se volvieren herméticas las fronteras y se decretara, en consecuencia, expulsión absoluta de los extranjeros. Así trata de establecer, el primero en tierras de América, la carta de la nacionalidad y de la ciudadanía. En lo económico, aboga por la distribución justa de las rentas y se atreve a tocar un

problema que para la época significaba un límite al viaje de los valores: la nacionalización del clero. Si es la verdad que sólo de los procesos seguidos en contra de los hermanos Espejo se desprende con exactitud la concepción de sus planes liberadores, también es cierto que aquellos se esbozan en gran parte de sus escritos. (1).

El doctor José Mejía ha de llevar hacia las cortes de Cádiz igual bagaje de resoluciones y de promesas y las ideas de Espejo, irisándose en el fuego dialéctico del orador, han de dispararse a veces en ágiles venablos para buscar el fin de los tormentos inquisitoriales, la igualdad de los derechos de los americanos, la libertad de imprenta, la manumisión de los esclavos. La fidelidad convencida del Marqués de Selva Alegre mantendrá la tradición del Reformador y, a la postre, del saloncillo de doña Manuela Cañizares, saldrán en un día, con el vuelo de la fé, los próceres que se hicieron al camino breve, trágico y glorioso de los dos agostos... La poderosa exclamación del 10, es el acento, ya triunfante, de Espejo.

El episodio es de los más conocidos. Tiene hasta cierto interés dramático y señala el comienzo de

(1) Se podría tratar del socialismo de nuestro Espejo, ese sí de pureza y de aplicación a las necesidades de las colonias de América. Ni mixtificado, ni ambicioso.

la obra. El 21 de octubre de 1794 aparecieron en lugares visibles de la ciudad, banderitas de color escartala con la siguiente inscripción latina: **Liber esto. Felicitatem et gloriam consequuto. Salva cruce.**

Esa sentencia breve, canto elevado y rápido, hubo de fijarse después en la columna de piedra levantada en un ángulo de la plaza de Santo Domingo, para que se conservara esa leyenda romántica y brava.

¿Quiénes colocaron las banderolas del escándalo? Quizá Marcelino Pérez, el "pobre maestro de escuela" o don Vicente Peñaherrera, "hombre instruido, bachillerado en el Colegio de San Fernando, con grado en la Universidad de Santo Tomás y amigo de Espejo" (1). Detrás del primer sindicato y de aquel cuyo nombre surgió posteriormente en la causa seguida contra los gestores de la revolución del 809, la mirada de las autoridades quiso descubrir al antiguo propulsor de la Escuela de la Concordia. Eran en verdad los númenes de Espejo los que se habían efundido en el Maestro Marcelino, acusado de pronto como el de las inscripciones agitadoras y aun cuando no hubiese sido de su puño la letra del Salva Cruce, de la imaginación investigadora de la Audiencia no se podría

(1) Muñoz Vernaza.

separar el revoleo de la lechuza sabia sobre las cruces elocuentes en el grito de la libertad, dicho en frase de clerecía. . . .

Conspiraba el doctor Espejo a pesar de su aparente retraimiento y si se le veía silencioso y aplicado a la tarea de ordenar los legajos de la biblioteca, se sospechaba de lo que inspiraría con el rasgo contraído de su pluma o con la sentencia de su charla.

Su hermano el cura Juan Pablo era su colaborador y confidente y a él debió entregar, en su totalidad, el plan de liberación de las colonias de América.

No era el cura Juan Pablo un hombre que se guardara los secretos y en tal virtud hemos de suponerle alejado del sigilo total del confesonario. No sería un padre confesor. Las pláticas de mujeres esbozarían en su mente cuadro más urgido de devolvérselo al lienzo de la descripción que aquellos en los cuales ensayaba el pincel la viveza de sus tonos en el fondo tranquilo de la época. Por lo demás, Juan Pablo—la carne flaca bajo del oscuro sayal y encandilado el ojo de amar, pese a la beata tersura del breviario,—había fortalecido una amistad con Francisca Navarrete, soltera de este vecindario a quien nos la figuramos gordezuela en la primavera forzada de los cuarenta mayos, “ancheta de caderas” como diría el Arcipræs-

te, recatada como las dueñas al descurrir por las calles de la urbe en promesa de florecer y encendidas de ligero rubor las mejillas morenas en cuanto la campana loca de su entraña ensayaba un arrebato a la llegada del padre cura.

El clérigo Juan Pablo debió de llegar una tarde a la morada de la Navarrete, casi al derramarse el cofre del secreto y con la lengua expansiva, Habrále puesto elocuente el vino de los dinteles del año y no vaciló en volcar en el oído frágil de su amiga todos los propósitos de su hermano y es fama de que los besos no pueden cerrar sentido de mujer....

La "mozueta", como ha sido llamada con cierta piedad despectiva por González Suárez, no dió reposo al tiempo en la presteza de referir a su madre los planes de Espejo y ella, de asombro en inquietud, hizo llamar a su hijo el religioso franciscano Vicente Navarrete para revelar todo lo que sabía, con detalles y señales.

Y el franciscano, sigiloso y en posesión del gravísimo secreto, se lo depositó, como bomba de dinamita criolla, en las manos poderosas del Presidente de la Audiencia....

Después de breves horas Muñoz de Guzmán decretaba la prisión de los dos hermanos Espejo.

El día viernes 30 de enero de 1795 penetraban en el recinto de la Biblioteca de Quito, el Presi-

dente de la Audiencia, un sobrino suyo, el escribano Juan Ascáray y cinco soldados. El Civilizador no dejaría de adivinar el objeto de la visita y en la media luz arrojada por la llama del pabilo al pergamino de su lectura, contemplaría el paso de las sombras: una, dos, hasta siete....

La octava resbalaría, quebradiza, casi abatiendo la llama, porque la figura del Presidente, de rondón, le daría en el rostro con latigazo de nerviosas interrogaciones.

Un cabo, un sargento y un centinela de vista reforzaron la guardia y después de seis días le trasladaron a la cárcel del cuartel público.

Viernes de noche. El largo aullido de un perro agonioso taladraba el aire gélido y mientras Eugenio retorció en sus viajes mentales un tema de soliloquio, el cura Juan Pablo pensaba en el camino de saeta de los oídos a los labios de su Francisca Navarrete.

18

EN otro viernes, el 27 de marzo, día de concilio, se abrió la puerta de la cárcel, con el fin de que pudiera cumplir con los preceptos de la Semana Santa, al cuidado de un centinela y con la orden de volver a la prisión. De allí ya no salió sino "en medio de una escolta", para recetar a los enfermos que reclamaban de sus cuidados y por fin, cuando en diciembre de 1795, desfalleciente, pedía el recurso de la confesión y el alivio del testamento.

No adivinaría el quiteño perseguido que detrás de las rejas de su encierro, debería disponerse, como el complutense del siglo de oro, para la escritura de estribillo irónico de la despedida: "Puesto ya el pie en el estribo"....

Detrás quedaban las huellas de su lucha contra el dolor y la muerte. Las Reflexiones acerca del método para curar las viruelas, las notas para la hi-

gienización de la ciudad de Quito y entre unas y otras su vastísimo recorrido por el panorama de las más ilustres ideas de los médicos y de los científicos, sus marginales de aprobación a las teorías que le parecían admisibles y salvadoras, el paréntesis de su duda para las que resbalaban, incompletas, del plano de sus creencias.

El que pudo terminar en veinte y cuatro días un plan adecuado para la curación de la epidemia variolosa, no podría detener la fatal desintería que le minaba el organismo, acompañado de fiebre latente, privado de libertad, respirando humedad y apagándose en cuadro de penumbra, con la pesantez de los grillos, lejos de sus amigos los libros. . . .

Conocía del origen y del proceso de las más lesivas dolencias, de los males de Job y de aquellos que fueron estudiados por Hipócrates a quien llamaba "el astro de la Medicina", y si había intimado con los grigeos del pensamiento persecutor de la belleza, también le seguía, con el milagro de su alquimia aliviadora, el mítico Asclepiades.

No le tocaron los males venusinos, ni acaso los que solían llegar por "el vehículo del aire" y después de su largo desenredo de teorías y de su continuada búsqueda de hipótesis, filtrábasele, con avance de terca incontención, el veneno de la muerte.

Habrá querido recomponerse, restituirse, volver.

En un párrafo de sus Reflexiones acerca de las viruelas, escribe, hace más de un siglo, una sagaz advertencia a propósito de la vitalidad endócrina:

“La vida, pues, en este sentido, ¿qué es sino el perpetuo giro de la masa sanguinaria? Conforme corre ésta, y según por donde da sus permanentes vueltas, se obran todas las filtraciones de los líquidos o materias acomodados a los diversos diámetros de las partes glandulosas. Y ellas son buenas o malas, correctas o viciosas, naturales, ya por la correspondencia regular o ya por la pérdida de equilibrio y el resorte de aquella y de estas últimas. Para comprender esto no hay sino echar la vista a la fuerza elástica del corazón que según el cálculo de Borelli puede superar a la resistencia de 180.000 libras” (1).

Fuerza del corazón.... Mas la riqueza glandular aminoraba en el antiguo interno del Hospital de la Misericordia y en breve las “filtraciones” de las cuales habla en su tratado médico, serían escasas y penosas.

¿Qué libro perspicaz nos habría dado Espejo de vivir en el siglo que sirve de cauce natural a la plática científica de Gregorio Marañón? Con su ingenio sonriente hubiera reparado en la manzana hombruna en la cual se prolonga el valor nutritivo

(1) Reflexiones médicas. Págs. 100, 101.

de la glándula tiroide, "la piedra de toque del arco endocrino". Don Juan de Mañara la tuvo enérgica y aguda y apenas como almendrilla tímida el de la leyenda del espejo del lago, el del amor de sí, nombre de flor y rostro de totales doncelleces. ¿Y Juan Papeles y el mismo doctor Eugenio?

En su ruta explicativa y profundizadora escribiría una veintena de páginas para el elogio técnico de la pituitaria, aquella forma ovular que se desarrolla detrás del ojo y en la cual se ha querido reconocer la visión de inteligencia y dominio, o trataría de la pineal, ese "único vestigio del tercer ojo que se cree debió tener el hombre primitivo en la parte posterior del cráneo".

La tarde de morir debe anunciarse en angustia lenta, como la del que ha ido desvaneciendo poco a poco mucho de sí mismo, o en un súbito dolor, miedo de lo desconocido y de lo extraño, xenofobia.

¿Para qué volver atrás si ya no es posible que se contenga la desintegración?

Y sabía Espejo de la antigüedad de los males venéreos y había casi proclamado, en defensa fraternal de las indias, la idea de que fueron traídos por los españoles, pese a la magestuosidad de su "bellida barba" o al continente de su sangre que se reflejaba en ondas azuleadas en la blancura de sus rostros.... Y conocía del contagio y de las fiebres epidémicas y se había reído de Gaubio y de su sis-

tema patológico, y explicado, con Rhazis, el problema de las "levaduras de la sangre" y meditado amargamente en que de la pobreza y de la suciedad se levantaban las flores espantables de la destrucción de la vida, y habíase adelantado a Pasteur en el descubrimiento de las bacterias....

* * *

Ya deshauciado pudo obtener libertad, por intervención de los contados amigos que le quedaban, para que pudiese salir a su casa.

Mientras tanto el Gobierno de Santa Fé, el 25 de octubre de 1795, había dispuesto que se archivaran los procesos y se le diera libertad "si no era otra la causa por la que estaba prendido"....

La sentencia liberadora debió dictarse casi por sobre el viaje de un moribundo

Sólo doña Manuela supo de sus últimos instantes y escuchó en la voz hermana, quebrada por el respiro difícil, el testamento que más se asemeja a una confesión dolorosa.

En él instituye a doña Manuela como a su heredera universal. ¿Heredera de qué? Mas bien en el leve maletín del doctor Mejía iriase a España algo de una herencia que no pudo contarse en acer-

vo aurino, pero ni siquiera en el metal argentado de los días coloniales.

Espejo trata, en su testamento, de pequeñas deudas contraídas por él y que deberían ser satisfechas con el cobro de sus sueldos de Bibliotecario que jamás llegó a recibir....

Designa a sus hermanos para albaceas y confiesa menudos dolores de su vida trabajosa. Dispuso de unos pesos de propiedad de su hermana en "asuntos de gravedad y honor" y para devolverse-los piensa en la escasa renta de la biblioteca, en la venta de sus ropas y ruega, al cabo, que lo demás "le sea perdonado por amor a Dios".

Deja pequeñísimas mandas, de uno y de dos reales, para el culto de la "venerable sierva de Dios Mariana de Jesús y para la Casa Santa de Jerusalén"....

* * *

No es difícil que creyera Espejo en el asiento del alma, al lado de la fé de Platón. Hay en sus libros memoria de tales meditaciones aligeradas y para el encuentro de la Muerte nos parece verle revestido de certezas adamantinas.

No pensaría, como los amigos de la ciencia esotérica, en ese recuerdo difuso y a veces presente

de una existencia anterior, ni sabría de la muelle consolación de otras y de otras vidas, pero solía dar su incomplejidad de aquí, su gozo mútulo, su idea mártir, a una esperanza perpetua.

“Nos vengamos en cierto modo —escribe— de esa precisa ley del morir, que procura no sólo separarnos del mundo de los que quedan, sino aun borrar del todo y para siempre la memoria de que alguna vez habitamos sobre la tierra, nos vengamos en cierto modo, digo, de la muerte y de sus fueros, labrando en los elogios un monumento de fama, de celebración y de duración a la memoria. Mas, en verdad, que de ésta, todo el interés que puede resultar es para nosotros, y la ventaja toda es nuestra” (1).

Más tarde y como si quisiera replicarse, acude a la cita hebraica: “Los muertos no saben ya nada ni están en estado de merecer y su memoria ha quedado sepultada en el olvido”. Los muertos no saben ya nada. Así buscábase en la insidia de su esperanza. Después, cuando haya de revestirse el “fosalario”, (armoniosa gravedad de Berceo) con la piedad vegetal de aquella devolución sobre la tierra, los muertos que ya no saben oír no están en estado de merecer. Esa es, sin embargo, la suerte prolongada de la memoria. Aquellos que no pue-

(1) La Ciencia Blancardina. Pág. 251.

den recibir han penetrado, no obstante, en nueva vida y se levantan en depuraciones verdaderas. El decurso anteico no tiene término y en vano ha de gritar el poeta, anticipándose a la tarde de la inanidad: "Pero no tienta al alma mía —dulce mirar o labio pulcro.—Yo pienso en el tercero día—de permanencia en el sepulcro" (1). Del efimerismo de las horas, de la inconsistencia de las cosas, del convencimiento de pasar, han brotado otras ramas amargas de la flora del *Eclesiastés*. Si se es pasajero y la voz del *vanitates* tiembla sobre todos los instantes como una lágrima inmanente, hemos de aferrarnos al tiempo, extendernos en la entraña de la raíz o tejer, a lo menos, leve polígono de ensueño con el cuerpo múltiple de *Aracné*, símbolo de la mano prolífica.

De que los que se han ido ya no pueden oírnos, lo sabía Espejo al citar a San Ambrosio repitiendo algunas frase de su oración fúnebre dedicada al Emperador Valentino y creía con él en que descansamos con el recuerdo de las personas que son el objeto de nuestro dolor y que, por lo mismo, al evocarlas, las tenemos presentes y es como si conversáramos con ellas.

(1) Medardo Angel Silva.

* * *

27 de diciembre de 1795. En los brazos fraternos de doña Manuela de Santa Cruz y Espejo dejó el último respiro el tenaz autoplasmador y en su faz de cuarenta y ocho años alcanzó el bronce de la estirpe la inmovilidad definitiva.

Cuanto nos hubiera dicho aquel enamorado de la belleza de la invasora legión de los insectos que forman sobre el cuerpo inánime algo como la colmena varia y monstruosa de la desintegración. De su frase, con realismo menos tremendo que el de la descripción de Barbusse, hubieran partido las mariposas de la necrofagia, llevando en sus alas afortunado color, pues nuestro compatriota creía descubrir auroras resurrectas.

Dejó de existir, nos lo dicen quienes le han seguido en su brava jornada, como un perfecto cristiano. Con el hábito de la Orden de San José por mortaja, su cuerpo fue depositado en una de las bóvedas de la iglesia de la Recolección de Nuestra Señora de las Mercedes, el día 28 de diciembre de 1795.

Su hermano el cura Juan Pablo iría al Convento de Misioneros de Popayán, con la pena de reclusión de dos años y en el afecto de doña Manue-

la quedarían los rasgos póstumos de su retrato muriente.

... Afuera, en el camino, ronda insensible y dicharachera, en pasco de inocentes, iría golpeando el aire con el chiste donairoso por el cual se animaron algunas de sus líneas, epigrama casual, elaborado sin prisa de sorprender, cuyo vuelo fue seguido por él desde la vera del siglo.

Erguiríase frente al libro de los mestizos, de los indios, de los negros y de los mulatos en el cual se inscribió su partida de defunción, la sombra admonitiva o burlona del clásico doctor de Cía y Peróchena.

Y después, sus restos, no predestinados para el cofre de la reliquia, fugarían, se perderían, se multiplicarían en el milagro millonésimo del polvo....

* * *

Mucho ha llovido en Quito desde entonces o mañanas clarísimas, de una tibia y envolvente tranquilidad, se han ceñido, con la dádiva simple de la naturaleza, a nuevos y nuevos viajeros.

En el antiguo potrero del rey, el retoño de los álamos y más tarde, sobre breve columnilla, la efi-

gie, en busca enteco, del autor de las "Primicias de la Cultura" (1).

Grupos de escolares en torno de aquel para depositar la ofrenda de flores y oír de los labios del maestro el apretado resumen de la vida de quien logró fundir el oro indígena en crisol quiteñísimo.

Soles perpendiculares, espadas de canícula sobre la cabeza de busto del Espejo de la Alameda y luego latigazos de la lluvia y acaso, en las mañanas de bruma, gotas congeladas en sus ojos de mármol.

....Cae más de un siglo sobre su memoria lejana y el que paseó su disgusto de inmensurables deseos por los claustros del Hospital de la Misericordia, ya no puede saber cómo su nombre se difunde, en ecos de admiración, por las amplias y acogedoras salas del nuevo Hospital de Quito.

Allí, sobre la figura del Cristo del Hospital, se ha grabado un versículo de Job para cuando los milagros de la Clínica y de la Cirujía ya no pueden vencer al dolor ni detener a la Muerte:

"El Señor lo dió, el Señor lo quitó, sea bendito el nombre del Señor".

(1) "Como Camilo Enríquez, el fundador del periodismo chileno, no tiene aún el monumento debido a su gloria".— Víctor L. Vivar: Hombres y cosas del Ecuador.

BIBLIOGRAFIA

Obras publicadas:

Discurso para la inauguración de la Escuela de la Concordia.— Santa Fé de Bogotá (1789 o 1790). Editado a expensas del Marqués de Selva Alegre y reimpreso en las Primicias de la Cultura de Quito. (*)

Primicias de la Cultura de Quito (1791 y 1792). Reeditado por el doctor Alberto Muñoz Vernaza.

Francisco Gil, Médico del Escorial: Método para curar las viruelas, segunda edición, con un apéndice en el cual constan las Reflexiones médicas de Espejo.

(*) "El Mercurio Peruano" consagró excepcional elogio al Discurso de Espejo, estimándolo como "pieza delicada, fina, sublime, que no solo hace honor a Quito, sino a toda la América".

Escritos de Espejo.— Tomos I y II.— Edición ordenada por el I. Municipio de Quito y encomendada al Ilmo. y Rvmo. Sr. Arzobispo de Quito, Dr. Federico González Suárez.— Con prólogo y notas del editor.— Quito, Imprenta Municipal, 1912.— (Volúmenes de más de 500 páginas).

Escritos de Espejo.— Tomo III, publicado por los señores Jacinto Jijón Caamaño y Homero Viteri Lafronte, miembros de la Academia de la Historia.— Prólogo de Homero Viteri Lafronte.— Quito, 1923. Editorial Artes Gráficas (volumen de más de 300 páginas.)

Reflexiones médicas sobre la higiene de Quito, por el doctor Francisco Eugenio de Santa Cruz y Espejo. Edición Municipal como un homenaje al Libertador Simón Bolívar en el primer centenario de su muerte.—Introducción del doctor Gualberto Arcos.— Quito, Imprenta Municipal, 1930.

Manuscritos:

De "El Nuevo Luciano" de Quito:

a) En la Biblioteca del Convento de San Francisco de esta ciudad.

b) En la Biblioteca Pública de Bogotá, obsequiado por el señor don Miguel Antonio Caro y del cual ordenó sacar copia el General Julio Andrade.

c) En la Biblioteca particular del Ilmo. Sr. Dr. Manuel María Pólit Laso.

d) En la Biblioteca Pública de Lima.

De "La Ciencia Blancardina"

a) En la Biblioteca de S. Francisco.

b) En la Biblioteca del Ilmo. señor González Suárez.

Del "Marco Porcio Catón"

Un ejemplar de propiedad del doctor Pablo Herrera.

De los "Sermones Varios"

Un ejemplar perteneciente a la rica biblioteca de don Jacinto Jijón y Caamaño, cuyo título corresponde a la letra del doctor José Mejía.

Aparte del manuscrito que sirvió para la primera edición municipal, dirigida por González Suárez, el precioso ejemplar comentado por Homero Viteri Lafrente y que se conserva en la Biblioteca del Instituto Nacional Mejía, fechado en Quito, a 11

de noviembre de 1785, reflexiones "otra vez dedicadas cuando se iban a imprimir al Rey N S Dn. Carlos IV". (Se guardó, hasta 1918, en poder de Juana Cerpa, entre imágenes de santos y libros antiguos, especialmente médicos, como refiere H. Viteri Lafronte, y sus pertenencias pasaron al Instituto Mejía, en cumplimiento de la ley respectiva, pues falleció sin testar). (*)

SOBRE ESPEJO

Biografía y Crítica

Francisco Campos: Galería Biográfica de hombres célebres ecuatorianos.— Guayaquil, 1885.

Pedro Fermín Cevallos: Resumen de la Historia del Ecuador.— Tomo III.— Cap. I, Lima, 1870.

Federico González Suárez: Estudio biográfico y literario sobre Espejo y sus escritos. (Prólogo a la edición de la obra de Espejo, decretada por el I. Concejo Municipal de Quito. Quito, 1912).
Notas a los dos tomos.

Federico González Suárez: Historia General del Ecuador. Tomo VII.

* En la Biblioteca Nacional existen, con su autógrafo, algunos libros que pertenecieron a Espejo.

Homero Viteri Lafronte: Un libro autógrafo de Espejo (edición especial del Boletín de la Academia Ecuatoriana de Estudios Históricos Americanos). Vol. IV. N° 12). Quito. Tipografía y Encuadernación Salesianas.— 1920.

Isaac J. Barrera: Quito Colonial. Siglo XVIII. Tres escritores del Siglo XVIII: Espejo, Velasco, Aguirre.— Memorias de la Academia Nacional de Historia.— Vol. I. —Imprenta Nacional, Quito, 1922.

Edouard Clavery: Trois Precurseurs de l'Independence des Démocraties Sud Américaines: Miranda, Nariño, Espejo. Imprimière Fernand Michel.— París, 1932.

Camilo Destruge: Album Biográfico Ecuatoriano.— Tomo I.

Gualberto Arcos: El doctor Francisco Javier Eugenio de Santa Cruz y Espejo: Prólogo a la edición municipal de las "reflexiones médicas sobre la higiene de Quito".— Quito, Imp. Municipal, 1930.

Estudios literarios, crítica, comentarios, notas, rectificaciones, lecturas comparadas

Pablo Herrera: Ensayo sobre la Historia de la Literatura Ecuatoriana. Quito, 1860.

Antología de Prosistas Ecuatorianos, Quito, 1895.

Espejo y sus escritos (Memoria de la Academia Ecuatoriana. Tomo I, entrega segunda.— Quito, 1885.

Víctor L. Vivar: Hombres y cosas del Ecuador: Don Eugenio de Santa Cruz y Espejo. Revista Ecuatoriana. Año IV, N. XLII, junio de 1892. Quito.

Roberto Espinosa: Un sabio ecuatoriano.— La Unión Literaria. Cuarta serie, entrega segunda, Cuenca, 1909.

Marcelino Menéndez y Pelayo: Historia de las ideas estéticas en España.— Tomo VI.— Siglo XVIII.— Cap. 3º.— Madrid, 1904, segunda edición.

Alberto Muñoz Vernaza: Obras de Espejo.— La Unión Literaria.— Entregas cuarta, quinta y sexta.— Mayo, junio, octubre de 1913.—Cuenca.

Homero Viteri Lafronte: Al Lector (Notas a la Defensa de los Curas de Riobamba y al Marco Porcio Catón). Introducción del Tomo III de las obras de Espejo, editado por Jijón Caamaño y Viteri Lafronte.— Quito, Editorial Artes Gráficas, 1923.

Cristóbal de Gangotena y Jijón: Los primeros bibliotecarios.— Boletín de la Biblioteca Nacional del Ecuador.— Nº 1º, 1920.

Manuel María Pólit Laso: Para la segunda edición del "Nuevo Luciano de Quito". (Memorias de la Academia Ecuatoriana correspondiente de la Real Española). Nueva serie.. Entrega segunda, octubre de 1923.

Gualberto Arcos: La Medicina en el Ecuador.-- Tipografía L. I. Fernández.-- Quito, 1933.

Luciano Andrade Marín: Notas bibliográficas sobre "Un libro autógrafo de Espejo". Boletín de la Biblioteca Nacional. Quito, 1920.

Camilo Destruge: Historia de la revolución de octubre y campaña libertadora de 1820-1822.

Carlos Arturo Torres: Cita en su Idola Fori.

Cristóbal de Gangotena: Anotación biográfica en "La Prensa" de Buenos Aires.-- 1933.

Este Libro es propiedad de la Biblioteca
Nacional de la Universidad de Cuenca
Su Venta es prohibida por la Ley

DEL MISMO AUTOR

Del Sentir

Poemas Intimos

En Elogio de Ambato

El Corazón de Eva

Mariana de Jesús

Virgilio en Castellano

La Estética del Barroco.